

ALTÈS

HISTORIETAS
TERESIANAS

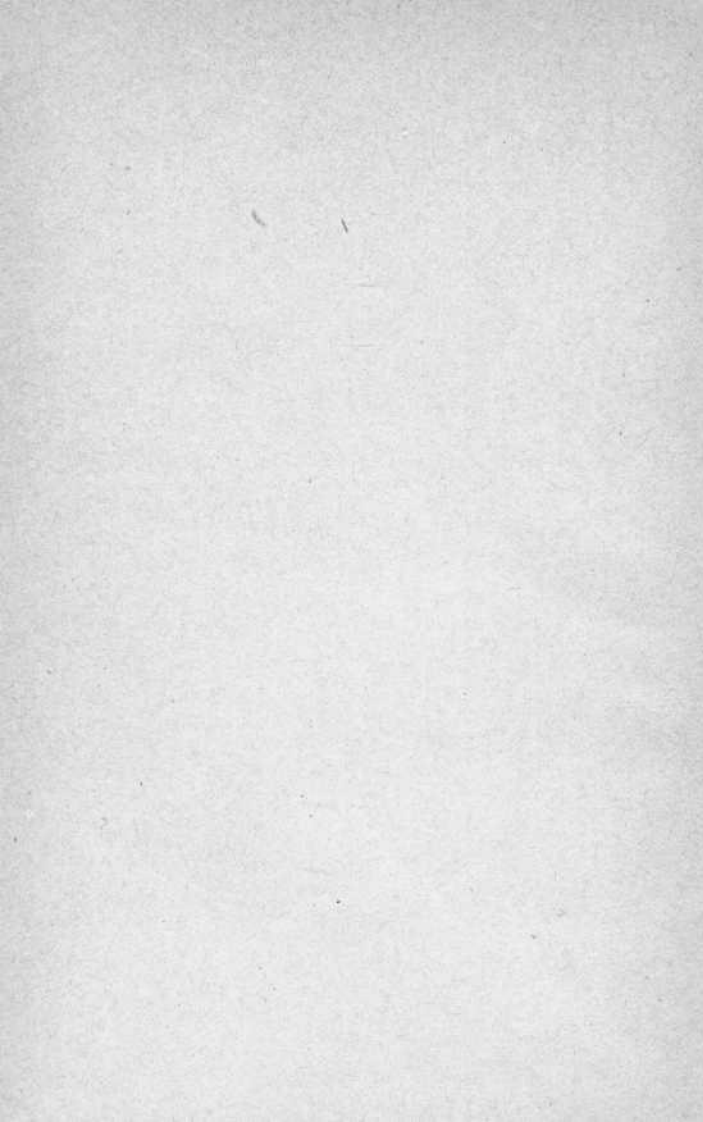






HISTORIETAS TERESIANAS





HISTORIETAS TERESIANAS

POR

D. JUAN B. ALTÉS Y ALABART

Presbítero

Catedrático del Seminario conciliar de Tortosa



CON APROBACION ECLESIASTICA



BARCELONA
LA PROPAGANDA CATALANA
Librería de Quintana y Puiggrós, Paja, 31
1884

Es propiedad.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, Barcelona.

A LAS HERMANAS

DE LA

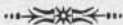
COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS

dedica estas páginas

EL AUTOR



AL LECTOR



AUNQUE tú, lector de mi alma, no me lo preguntes, ni te importe gran cosa el saberlo, agrádame, sin embargo, manifestarte en estas breves líneas que, á guisa de prólogo, te dedico, el motivo ó razon por que he bautizado estos ligeros esbozos con el nombre de historietas, y no con el de novelitas, leyendas, cuentos, narraciones, etc.

El motivo de haberlo hecho así, lector querido, has de saber que no es otro que el de

ser, en el fondo, verdaderos, muy verdaderos los sencillos sucesos que voy á contarte, y no peregrinas ficciones imaginadas por ociosa fantasía para vano entretenimiento de cabezas que, por ventura, no necesitan de muchas alas ni de dilatado espacio para volar.

Aunque, tal vez sin conseguirlo, he procurado iluminar estas sencillas relaciones con un poco de luz, y prestarles cierto hechizo, con el objeto de hacerte más sabrosa y deleitable la lectura, créeme, lector ó lectora, si te digo que... no quisiera yo engañarme, pero creo que no faltarán (y eso guárdalo, como un secreto, para tí) ojos brillantes que se empañen con ligero vapor de lágrimas, y corazones buenos y sensibles que palpiten con desusado movimiento al verse en estas páginas, yo no sé hasta qué punto, retratados.

Como que atrévome á decirte que tú mismo puedes conocer, y acaso conoces, á *Lucila* y *Amelia*, cuyo trato buenísimo estoy seguro que, demás de serte agradable, ha de hacerte no poco bien.

Cuanto á *Beatriz*, baste decirte que era sobrinita de santa Teresa.

Si he de decirte lo que yo siento, pocos ti-

pos me he imaginado yo tan bellos como éste, y aún me atrevo á añadir que, á haberlo yo sabido dibujar medianamente, ibas á enamorarte de veras de la niña Beatriz.

Concepcion, La hermana del militar, Elisa y Teresita son tambien... Pero ¡tate! que podrian algunas de ellas oirme y echarme en cara mi culpable indiscrecion.

Por donde puedes comprender que no me falta razon al dar á estas relaciones el nombre de *Historietas*, no así como quiera, sino *Historietas teresianas*, porque teresianas son por sus cuatro costados, como quiera que santa Teresa juega en ellas el papel más importante, y, yo no sé si es atrevimiento el decirlo, pero quisiera que fuese verdad lo que afirmaba un amigo al lisonjearme diciendo que el espíritu de la más amable y jovial de las Santas impregnaba estas humildes páginas que ahora te ofrezco.

Si ellas merecen del público buena acogida, la acogida que yo espero, por ser cosa de santa Teresa de Jesús, yo te prometo, lector teresiano, ó lectora más teresiana aún, que, á no tardar, podré ofrecerte, Dios mediante, un tercer tomito titulado «Viaje teresiano,» que,

tanto por el asunto como por el fondo y la forma, no ha de ser indigno de estar al lado de «Cuentos y cuadros teresianos,» y de «Historietas teresianas,» escritos, uno y otro tomito, en obsequio de la esclarecida doctora santa Teresa de Jesús.





LUCILA Y AMELIA

CORAZONES jóvenes y apasionados, almas soñadoras y tiernas, que en peregrinos relatos soleis ir á buscar el pasto que os es más dulce y sabroso, porque en aquellas páginas ligeras no acertais á descubrir sino vuestros propios aéreos ensueños y vuestros deseos sin nombre; escuchad.

Ni me negueis tampoco vuestra atención, yo os lo suplico, tímidas y pudorosas almas, corazones sencillos y virginales, que, guarecidos en apacible y deleitosa sombra, exhalais en silencio suavísimos y misteriosos perfumes que recogen y atesoran los Ángeles del cielo.

Escuchad, si os place, la peregrina historieta de dos hermanas, de dos corazones tan inte-

resantes y bellos, que estoy seguro sabrán merecer vuestra amistad y confianza, al franquearos por conducto mio los escondidos senos de su corazon.

Que me perdonen Lucila y Amelia si, al fin, despues de vencer mil escrúpulos, me decido á revelar, á las que merecen ser amigas suyas, los secretos, no sabidos hasta ahora, de sus almas.

I.

ENSUEÑOS.

Era una hermosa noche de Febrero, una de esas noches de luna, tan llenas de encanto y de misterio.

Era una de esas noches tan amadas de los corazones adolescentes, porque en ellas se nutren de sueños tan vagos y caprichosos, como serlo parecen los objetos envueltos en los mágicos rayos de la luna.

Era, en fin, una de esas noches que ama tambien el alma religiosa, porque en ellas descubre escondidas bellezas de un órden superior que la arroban en extático recogimiento.

Los lejanos montes, la dilatada vega, los viejos y pardos muros que dominan y defienden una antigua ciudad, el apiñado caserío, las aguas de un ancho y caudaloso rio, todo parecia nadar en una especie de vaporoso y plateado flúido, al ser encantado todo por los prestigios de esa hada benéfica que parece presidir los destinos de la noche.

Los rayos más puros y aquilatados parecian ir á besar amorosamente las sosegadas ondas del Ebro, sobre cuya tersa superficie se reflejaban en fantásticos rieles como si titilasen de inocente placer.

Dibujado á una luz pálida y con medias tintas, ¡qué hermoso era este cuadro para quien sabe contemplar y sentir estas bellezas!

Sentirlas y contemplarlas sabian Lucila y Amelia, las cuales, apoyadas en el hierro de su balcon, que daba al rio, é impresionadas por este espectáculo, platicaban de esta suerte:

—¿No es verdad que es muy hermoso todo esto? decia Amelia á Lucila. Mira, hermana, las dudosas claridades de la luna, las sombras transparentes como velos de encaje, los armoniosos sonos que nos trae desde la vega la callada brisa y que semejan ruidos de vestidos de seda; el blando murmullo de esas olas, que acarician los sentidos como los com-

pases de un wals; este armonioso silencio, este misterio dulce y embriagador: ¿no es verdad que todo esto habla al alma, hermana mia?

— ¡Oh, sí! contestó Lucila. Todo esto habla al alma: tienes razon, Amelia. Pero habla solamente al alma que, feliz y venturosa, sabe comprender este sublime y escondido lenguaje. Pero mucho me temo que todo esto no hable sino á tu imaginacion y á tus sentidos. Misterios de una dulzura inefable descubre en el fondo de todas estas cosas el alma interior y recogida; pero misterios de un amor purísimo, eterno é infinito, que se complace en ser adivinado y comprendido tras estos velos; misterios de una ternura inagotable, que jamás cansa y, por delicada manera, recrea siempre, como sólo puede recrear la ternura que se desprende del corazon de todo un Dios.

— ¡Siempre lo mismo! repuso cariñosamente Amelia. Te elevas tanto, hermana mia, con esas tus místicas aspiraciones y devotas fantasías, que no dudo confesarte que llego á perderte de vista, ni comprenderte puedo cuando me hablas con ese extraño idioma.

— Y yo no quisiera engañarme, hermana querida, dijo Lucila, al creer que te abates demasiado con tus ensueños quiméricos y vanos, asegurándote que lastima no poco mi

alma el pensamiento de que tu corazón, tan bueno por otra parte, se deja llevar demasiado por el viento de la vanidad, que á tantas jóvenes lleva al retortero en estos tiempos, sobre todo en esta temporada.

—¡ Jesús, Lucila! agregó Amelia. ¿ Hago por ventura mucho mal al permitirme estos divertimientos, tan propios de nuestra edad y tan naturales en estos días? Mira, no te enojes conmigo, Lucila, que yo te prometo darte gusto en todo, el próximo día de Ceniza.

—¿ Y por qué, Amelia, no quieres darme ahora ese gusto, y sí sólo el día de Ceniza? ¡ Ah! cuando vaciemos nuestro corazón del divino perfume de la gracia de Dios, y lo llenemos solamente de vanidad y miseria; cuando tengamos la imaginación cargada de imágenes que turban la paz de la conciencia; cuando la memoria tenga que luchar con recuerdos que entristecen á nuestro Ángel bueno, entonces, Amelia, ¿ crees tú que es tiempo á propósito para volver á los brazos de Dios? ¿ Sabemos si entonces nos querrá recibir?

—Pero ya ves, Lucila, que el Carnaval sólo viene una vez al año. Y cuando pasa, ¿ no podrémos tomar parte en sus alegres diversiones?

—¡ Ah! cuando pasa, has dicho; pero cuando pasan sus locuras y sus máscaras y sus bailes, sólo una cosa no pasa, hermana mía, y

son los remordimientos que torturan la conciencia, y el dejo amargo que suelen tener las locuras de Carnaval.

— ¡Pero, Lucila! ¿Te has propuesto entristecerme en esta noche? Ya sabes que se lo he prometido á mis primos. Vendrán á buscarme. Yo no puedo volver atrás. Mira, Lucila: ya me vendré cuanto antes... ¿Oyes? Es la orquesta que invita al baile. ¡Qué ecos tan dulces! ¡Qué suaves armonías! Parece que sus resonancias sean prolongadas por las ondas del Ebro y por las brisas de la vega. A una le palpita el corazón sin quererlo. ¡Y aún no han venido mis primos!

— ¡Pobre hermana mía! exclamó Lucila para sí; y luego, alzando la voz, le dijo: Marcha, sí, marcha, pues tanto lo deseas, á donde no puede acompañarte tu hermana, por grande y tierno que sea el cariño que te profesa. Pero, mira, Amelia: no te olvides de nuestra mamá (que esté en gloria).

En esto llamaron á la puerta. Eran dos jóvenes de elegante porte, primos hermanos de las dos hermanas. Con ellos fuése sin tardanza Amelia, no sin besar antes en la mejilla á su hermana Lucila.

II.

HERMOSURAS DE UN ALMA.

Si conociéseis á Lucila, diríais con muchísima más elocuencia que lo digo yo, que su alma es de las más delicadas y bellas, encerrada en la cárcel de un cuerpo no menos bello, digno de tan hermosa prisionera.

Aunque á ella no le importe gran cosa el parecerlo, ni menos ostentarlo, el mundo dice que es hermosa, por los rubios rizos que coronan su límpida frente, por su tez blanquísima, por la angelical expresion de su rostro, por sus azules y serenos ojos.

Pero yo creo que lo que avalora sus gracias, lo que, áun para el mismo mundo, aumenta sus hechizos é idealiza su hermosura, es el encanto de su modestia, es el velo de su pureza, es, finalmente, la atmósfera de virginidad que la circunda y envuelve por todas partes.

Como no podia menos de suceder, las miradas de muchos jóvenes se han fijado, aunque inútilmente, en ella, y no pocos pensamientos atrevidos, que osaron subir hasta la sublime region que ella ocupa, no han tardado en re-

conocer su yerro , confesando, los que á tanta gloria aspiraban , que Lucila no habia nacido para los hombres.

Sola, aunque bien acompañada de Dios y de sus Ángeles, Lucila, ha quedado en casa mientras su hermana, dejándose llevar del hervor de su juventud, y no sabiendo resistir á las seducciones del mundo, dirigia sus pasos á un baile de máscaras.

Un sentimiento de compasion por su aturdida hermana, ha brotado en el corazon de Lucila.

«¡Pobrecilla! pensaba. Corre desalada en pos de la felicidad y ventura , buscándola lejos de sí misma, cuando tan cerca de sí la tiene. ¡Dios mio! Haced que siempre yo la busque y la encuentre, como ahora, en el seno de mi corazon.

«¿Podrá el de mi hermana sentirse tan alegre y dichoso allá entre las máscaras de Carnaval, como se sentirá el mio aquí en mi habitacion y en la presencia de Dios?»

Y entrando en su cuarto, amueblado no con lujo, pero sí con gusto exquisito y con un aseo y pulcritud incomparables, se sentó delante de un piano.

Pendia sobre él, estando colgado en la pared, un bellissimo lienzo encuadrado en rico marco dorado, de cuyo fondo, hermosa y gentil sobre toda ponderacion, se destacaba la

imágen de santa Teresa de Jesús, encendido su rostro en seráficos ardores.

Ya era de creer que Lucila amaria no poco á la grande Heroína española, viendo á su retrato ocupar el lugar preferente de la sala; pero se hubiera uno convencido perfectamente de esto, al observar cuán tiernas y cariñosas eran las miradas que de vez en cuando dirigia la bella y virtuosa jóven á la que debia ser su celestial Patrona.

Empezó á recorrer con sus sonrosados dedos las teclas del piano, del cual sabia arrancar armonías tan puras y celestes, que no parecian sino ecos escapados de lo íntimo de su alma.

Entre aquellos sonidos, luego comenzó á vibrar, trémula y vibrante, una voz: era la voz de Lucila que, dando cuerpo y color á los ardientes anhelos de su corazon, cantaba con santa Teresa de Jesús aquel *Vivo sin vivir en mí*, rapto sublime de la celestial Poetisa.

Aquella era la révelacion de más altas y maravillosas armonías.

¡Qué suavísimo y arrebatador concierto de sonidos, de voces, de sentimientos, de gracias y de virtudes!

Los Ángeles no podian mirar sino con embeleso aquel cuadro, en donde mirábase al alma imperando en excelso trono, y recibiendo los homenajes de la gracia, de la naturaleza y del arte, maravillosamente enlazados.

Allí no tenía la virtud que ruborizarse ante el realismo y desnudeces de ese arte corruptor que no sabe ni quiere deleitar sin ofender la modestia.

Allí era la poesía santa, santa era la música, como santos eran los sentimientos que, como el vapor del incienso, se elevaban de aquel corazón juvenil, que no podía ser también sino santo.

Si engrandecer el alma y elevar los sentimientos es el destino de las bellas artes, en ninguna parte como en el cuarto de Lucila se realizaba tan bello destino.

Apenas hubo cantado aquella estrofa bellísima que dice :

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva,

como si fuese movida de un resorte interior y poderoso, se levantó de su asiento, diciendo al mismo tiempo:—«¡Dios mío! ¿Qué es lo que hago? ¡Durante esta noche se ofende mucho al Señor! Hagamos lo que hacía en ella mi amadísima santa Teresa.»

Y cogiendo en sus manos un libro de la mesa, se arrodilló en un reclinatorio que había en uno de los ángulos del aposento.

Pero ¿qué es lo que se proponía hacer allí Lucila?

Sí, digámoslo muy fuerte, aunque haya de reirse por ello ese mundo que tanto se enloquece durante estos días.

Lucila, como todas las almas del mismo templo, estaba orando por el mismo mundo. Elevándose con aéreo vuelo su espíritu de la tierra, creíase ya habitar entre los Coros de los Ángeles, en presencia de Dios, y, como ellos, vivir ya la vida de los cielos.

Acariciada por el misterioso arrullo de las alas de los Ángeles, que en derredor estaban, el alma de Lucila amaba, gemía, cantaba, gozaba...

Contemplaba con la fe, acataba con la humildad, buscaba con el deseo, gozaba con la caridad.

Gozaba el secreto dulzor de esas noches esperadas por los amadores de Dios, y las delicias interiores del sueño que ellos duermen.

El alma de Lucila arrollábase como dentro de sí misma, y empezaba á dormir aquel sueño velador, al cual se refería la Esposa de los Cánticos cuando decía: «Yo duermo, y vela mi corazón.»

Sin duda que al verla en sus divinos brazos adormecida, el divino Esposo le guardaría el sueño, y mandaría que nadie se atreviese á despertarla, diciendo:

«Conjúroos, hijas de Jerusalem, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis á mi Amada hasta que ella quiera despertar.»

¡Ah, sí! Dejemos al alma de Lucila abrevarse en el torrente de delicias que se desprende impetuoso desde la montaña de la oracion.

Allí se enardece su corazon con celestiales llamas, allí cobra superiores é invencibles fuerzas su alma, renuévase allí todo su sér, y allí, finalmente, está ofreciendo al Señor un sacrificio de justicia y alabanza.

Dejémosla, pues, por ahora: no la despertemos de su sueño de vida.

III.

UN BAILE Y UN RECLINATORIO.

Tambien estaba Amelia soñando en el salon del baile de máscaras.

¡Pero qué sueño tan distinto del que gozaba su hermana Lucila en la soledad de su habitacion!

¡Ah! De carácter alegre y bullicioso, de rostro gracioso, franco y encantador, de talle

esbelto y distinguido, con imaginacion lozana, con deseos de agradar y ser querida, ¿no era muy fácil cosa que Amelia se dejara seducir por los halagos del mundo?

Como ligero tamo á merced del viento, así la pobrecilla era arrebatada por aquel vértigo de seducciones peligrosas, siquiera le pareciesen inocentes, que enloquecen á la juventud.

El salon de baile, amueblado como estaba con asiático lujo, radiante de viva luz, que se reproducia en numerosos espejos, cubierto de ricos tapices y de mullidas alfombras, henchido de armonías voluptuosas, animado por una juventud ávida de aturdirse y de gozar, logró al principio ahogar en el alma de Amelia hasta el recuerdo de Lucila.

Y el recuerdo de Lucila significaba para Amelia nada menos que el recuerdo de todo lo santo, y noble, y tierno que para ella habia en la tierra, y aún más allá de los umbrales de la muerte.

Y debo yo decirlo: Amelia, aunque buena y juiciosa en el fondo, pues habia recibido una educacion tan cristiana como distinguida, consiguió aturdirse como una loquilla, al halago de aquellas palabras tentadoras que sonaban á su oido con más dulzura y atractivo que los sonidos de la orquesta.

Su corazon se estremecia de placer, sentíase

presa de una agitacion tan dulce como funesta, los ensueños de su fantasía adquirian cuerpo y figura al percibir el acento de una voz acariciadora y el roce de unos brazos que, al ceñir suavemente su talle, ponian tambien grillos á su corazon.

Mas no por eso se crea que llegó á apagarse en su conciencia aquella luz latente que derrama viva claridad sobre las oscuras profundidades del alma.

«¿Si se habrá ya acostado Lucila? pensaba. ¡ Me ha dicho que piense en nuestra madre, que esté en gloria ! ¿ Por qué me habrá dicho esto ?»

Y sin ella quererlo ni advertirlo, hubo de dedicar tiernos recuerdos á la santa memoria de su difunta madre.

Y se quedó pensativa en su asiento, mientras por delante de ella pasaban como arrebatadas por un furioso torbellino las parejas de máscaras, poseidas de loca embriaguez.

Luego, sin darse tampoco razon de ello, Lucila no se sintió tan feliz. Una cierta inquietud, un extraño desasosiego, una desazon involuntaria depositaban algo como una gota de acíbar en su corazon.

¡ Ah ! ¡ Cuántas veces, tras esas seductoras sonrisas que parecen hijas del contento, tras esas frases que al parecer anuncian la ventura, tras esas guirnaldas de olorosas flores que

parecen velar el templo de la felicidad , no se oculta sino un corazon devorado por las venenosas sierpes de la envidia , los celos , la rabia, el despecho, el odio, la desesperacion!...

Una y otra vez dejóse Amelia llevar y envolver por el oleaje rápido de aquel baile, deseosa casi de acallar aquellas voces que, en son de censura, oia levantarse severas desde el más profundo seno de su alma ; y una y otra vez la hicieron sonreir y la halagaron por todo extremo aquellas mismas palabras que tan dulces y atractivas habian sonado antes á sus oidos.

Algo, sin embargo, encontraba allá en un rincon de su corazon que no la contentaba del todo, y cuyo pensamiento pugnaba ella para apartar de su mente.

«Sí, sí, se repetia á sí misma ; me lo ha dicho muchas veces ; ¡ me ama ! ¿ Por qué he de estar inquieta ? »

Al acabarse el baile, fué acompañada por sus dos primos hasta su casa, en la cual entró procurando no hacer ningun ruido para no despertar á Lucila.

Mas al entrar en su cuarto, Amelia observa que todavía hay luz en el de su hermana ; se adelanta unos pasos , y la contempla en su reclinatorio descansando al parecer en brazos del sueño.

Pero es lo cierto que Lucila no dormia sino

ese sueño misterioso que durante la oracion suelen dormir las almas justas descansando en los brazos de Dios.

— Pero ¿qué estás haciendo aquí tan tarde, Lucila mia? le preguntó.

— ¿Y qué quieres que haga sino orar por tí y por los que como tú se olvidan en esta noche de su alma? contestó Lucila.

Amelia se calló al oír estas palabras de su hermana.

— ¿Te has divertido mucho? le preguntó ésta.

— ¡Bah! fué la única contestacion de Amelia. Y luego añadió: ¿Y tú, Lucila?

— Yo, contestó ésta, nunca me he sentido más profundamente consolada y verdaderamente feliz, si cabe acá serlo, que en esta noche.

— ¡Dichosa tú, Lucila!

— Y á tí, Amelia, ¿deberé llamarte infeliz?

IV.

PERFUMES DE CUARESMA.

Lució el dia santo de Ceniza.

Triste y sombrío por demás para los ojos de Amelia, ¡cuán rico de consuelos y de esperanzas amaneció para Lucila!

El aura apacible de aquella mañana al venir á acariciar su rubia cabellera, despertaba ya en su alma los más hermosos y cristianos sentimientos.

«¡Ah! ¡Qué dulce y agradable es este vientecillo! se decía. ¡Es el vientecillo de Cuaresma!»

Es que consideraba ya venida la temporada más santa del año, pues aunque aparezca revestida de las austeridades de la penitencia, encierra sin embargo un tesoro de consolaciones inefables y de tiernas emociones para los espíritus cristianos.

¡ Con cuánta elocuencia hablaba al alma piadosa de Lucila, aquella ceniza que ya por la mañanita fué á recibir sobre su frente poniéndose de hinojos en la grada del altar!

Si por una parte se llenaba de un santo desprecio por las frívolas vanidades de la tierra, por otra se sentía como rejuvenecerse y llenarse de indecible júbilo al considerar los inmortales destinos del alma.

A vista del templo que respiraba penitencia, y al oír el eco de los cantos de los sacerdotes impregnados de santa melancolía, germinaban en su corazón sublimes aspiraciones y deseos infinitos.

Al órgano sonoro, que solía derramar por las anchas naves ríos de suavidad y de armonía, substituyeron aquellos instrumentos plañi-

deros, cuyos sonidos, semejantes á los suspiros de Jeremías, armonizaban perfectamente con las graves y acompasadas voces de los cantores.

El alma de Lucila se sentia impresionada vivamente por estas bellas revelaciones del culto católico, pues con el instinto de su piedad comprendia su profundo sentido espiritual.

El espectáculo de los fieles, que en ese tiempo se acercan con más frecuencia á los altares de Dios, que llenan los templos, que van á escuchar la palabra divina, que frecuentan los santos Sacramentos; ese espectáculo infundia en su alma un bálsamo interior que se traducia muchas veces en una leve sonrisa que, sin ella advertirlo, dibujábase en sus labios.

Una de las festividades que más alegraban á Lucila era la del benditísimo Patriarca san José.

Era ésta la fiesta de su casa, pues así se llamaba su padre, y además era tambien ésta la fiesta de su corazon.

¡Que todos los corazones verdaderamente delicados y piadosos hayan de amar tanto al glorioso Patriarca!

Demás de esto, ¡amaba Lucila con tanto extremo á santa Teresa de Jesús! ¿Cómo no amar tambien al Señor san José?

Estas dos bellísimas devociones, como los delicados perfumes de dos flores fragantísimas, se confundían en el alma de Lucila.

Todas las violetas de los valles, los ramos más floridos de almendro que acertaba á ver en el campo, todo lo quería ella para adornar á san José.

¡Qué efusiones las de su corazón en ese día á favor del santo Patriarca! ¡Qué sencilla, y tierna, y amorosa confianza en el justísimo varón!

Sus fervientes súplicas, su dichosa Comunión, sus nobles propósitos, sus alegrías íntimas, la absorbían por completo en este día.

Por este tiempo vino á sorprender á Lucila una gratísima nueva. Las Hijas de santa Teresa de Jesús iban á tener ejercicios espirituales.

— ¡Hermosos días de deliciosa soledad en Dios, días de profunda paz del alma, bien venidos seáis! exclamó al saberlo.

Y bien venidos fueron ciertamente para su alma, que hacía tiempo no aspiraba sino á la dicha de poder conseguir unos días de abstracción completa de las cosas del mundo, deseosa de llevar á cabo resoluciones y propósitos, para cuyo feliz éxito eran necesarias nuevas luces y singulares gracias del cielo.

En su espíritu se desarrollaron, durante esos días, nuevas y desconocidas energías,

que la hicieron fuerte y poderosa para hollar con pié firme todo linaje de obstáculos y sugestiones malignas.

Su alma columbraba luces más puras que las del mundo, y queria anegarse en sus vívidos resplandores: imaginábase una vida más interior, más apartada de los hombres, y sus suspiros volaban á esos mundos de la soledad en donde se vive esa recóndita vida: suspiraba por una union más perfecta, más completa con su Dios, y colocó la plenitud de su dicha en ser una de las vírgenes Esposas del Cordero.

¡Ah! Estos votos de su alma los puso como un ramo de flores olorosas á los piés de la Virgen de los Dolores el dia de su fiesta. «¡Madre mia! le decia Lucila; ¡que una lágrima desprendida de tus ojos venga á purificar, á santificar y á hacer fecundos mis buenos deseos!»

Nunca habia saludado con más fervor la venida de la Semana Santa. Seria cosa poco menos que imposible decir lo que pasó por el corazon de Lucila durante estos dias santificados por la muerte del divino Redentor.

Las augustas ceremonias con que la santa Iglesia conmemora tan tremendos á la vez que consoladores misterios, tenian absorta su alma en un recogimiento profundo.

Complacíase, sí, en visitar los sagrados Mo-

numentos, pero gustaba más aún de quedarse oculta en algun oscuro rincon del más solitario de todos ellos, guardando allí amorosamente el sepulcro de su amadísimo Jesús.

Allí resolvía ella morir tambien al mundo y á todas sus vanidades, para resucitar con Él y gozar de la plenitud de la vida.

—Sí, decíase á sí misma, ya no vacilo más, ni lo retardo por más tiempo. Voy á comunicar á mi padre la resolucion que he tomado. Acaso voy á disgustarle. Pero ¿no me llama el Señor? Casi estoy segura de que va á oponerse á ello. Pero ¡quién sabe! Y aunque á ello se opusiere por de pronto, ¿no están en las manos de Dios los corazones de los hombres? Sí, sí: voy á decírselo.

V.

FLORES Y ESPERANZAS.

Era uno de los más hermosos dias de Primavera.

La creacion se ofrecia á los ojos de Dios y á las miradas de los hombres ataviada con su más lujosa veste, y aderezada con sus joyeles más ricos.

Era á orillas del caudaloso Ebro, y no lejos de una ciudad antigua, que se mira ufana en el espejo de ese rio, en donde mis ojos contemplaban con infinito embeleso el más delicioso paisaje, que á mí me agradaría dar á conocer á mis queridos lectores.

Parece que el cielo se ha complacido en verter allí el tesoro de sus encantos, y que la tierra rie gozosa al verse objeto de las amantes miradas de Dios.

Al abrigo de una graciosa ladera coronada de verdes olivos, se extiende la dilatada vega hasta las aguas del majestuoso rio, que parece arrullar con sus eternos murmullos aquel encantador edén.

Sobre las verdes y entrelazadas copas de infinita variedad de árboles frutales, cuyas hileras se cruzan en todas direcciones formando el más delicioso laberinto, yerguen su altiva cabeza las palmeras, cuya ondulante cabellera se mece acompasadamente al aliento de las brisas perfumadas.

Abundan en aquel sitio los naranjos, tan bellos y olorosos cuando están en flor, como ricos y cautivadores cuando ofrecen sus pomos de oro.

Muchas son las blancas casitas que aquí y allá se dibujan á través del pomposo follaje; pero ninguna llama la atención, por su elevación y majestuosas proporciones, como una,

cuyos dueños merecen todas mis simpatías y creo que las de mis lectores.

Su fachada está curiosamente pintada, si bien sus colores se van ya borrando por efecto de las lluvias y por la acción del tiempo: corre sobre su puerta principal un largo balcon de hierro, siendo coronado el cuerpo del edificio por una graciosa y pintoresca galería.

Un jardín, cerrado por alta verja de hierro, está rodeando la espalda y los lados de la casa.

A lo largo de los bien cultivados tablares, propios de esta quinta, hay ángulos bañados en perpetua sombra, con bancos de piedra tapizados de hiedra; verdes cenadores sombreados de flotantes doseles de ramaje, que convidan á pláticas entretenidas; ruidos de corrientes aguas, que acarician y al parecer refrescan los sentidos; arrullos de palomas, que desde la galería salen á bandadas á hacer sus excursiones por los vecinos campos; gorjeos de pájaros, que anidan en las ramas de aquellos árboles...

Confieso con franqueza que al pasar muchas veces por el lado de esta quinta he tenido tentaciones de penetrar en ella y descansar una buena pieza en sitios tan frondosos.

Pero lo que me atraía más aún, era el agradable misterio de aquel jardín, que yo me lo imaginaba un paraíso de deleites.

Hoy no es así afortunadamente, pues puedo penetrar en él cuando se me antoja, pudiendo ir también acompañado de mis queridos lectores.

Si ahora me aprovecho de esta libertad, seguro estoy de que mis amigos no van á encontrarse allí mal, al verse rodeados por todas partes de una muchedumbre de suaves y hermosas criaturas, que no parecen sino sonrisas de los divinos labios, y que al caerse sobre la tierra, recibieron de los Ángeles el nombre de «flores.»

Pero no solamente son flores del campo las que embellecen el jardín, sino que también... ¡miradlas! hermosas flores de la vida exhalan allí el olor de sus sentimientos, divinos perfumes del alma.

Vestidas con un sencillo, pero airoso y elegante traje de muselina blanca, Lucila y Amelia estaban sentadas alrededor de una mesita de labor, y bajo un verde cenador, del cual pendían una multitud de campanillas azules, blancas y encarnadas.

Lucila, que seguía muy atareada en su labor, levantó los ojos y los fijó en su hermana, la cual tenía inclinada la cabeza, en donde brillaba un encendido clavel, y seguía absorpta en la lectura de un libro; al mismo tiempo le dijo estas palabras:

—¿Sabes, Amelia, que te encuentro ya

muy buena? Vamos, no hay como el campo para ponerse una bien. En el poco tiempo que estamos aquí te has puesto robusta y tan colorada como el clavel que llevas prendido.

— ¿De veras, graciosa mia? contestóle Amelia con cariñoso mimo: sí, sí, me siento mucho mejor, y creo que luego podremos volvernos á la ciudad.

— ¡Pero si estamos aquí tan bien! repuso Lucila. Este apartamiento apacible, esta soledad deleitosa, esta dulce libertad de los campos, esta vida tan saludable al cuerpo como al alma, ¿no te agrada á tí, Amelia?

— Sí; pero sólo para unos dias. Despues me cansa ver siempre lo mismo. ¿No lo ves? Aquí no hay ni movimiento, ni sociedad, ni distracciones. Vamos, no me negarás que aquí llega una á aburrirse pronto.

— ¡Jesús! ¿qué dices? ¿Y quieres más hermoso y ordenado movimiento que el que aquí se observa, sociedad mas inocente y agradable, distracciones más variadas y deliciosas que estas? observó Lucila.

— Ya sé yo que en todas partes sabes encontrarte tú bien, añadió Amelia; pero ¿qué vas á hacerle si no todos piensan como tú? Afortunadamente me distraigo con estas novelas de Fernan Caballero. ¿Pero has visto tú? ¡Qué desenlace el de la pobre *Elia*! Figúrate que se encierra en un convento.

—¿Es que querias que acabase en casamiento, como suelen acabar todas las comedias?

—Pero, chica, no digas, que eso es bastante triste.

—¡Ay, Amelia! Quiera Dios que el desenlace de tu novela no sea más triste.

—¡Cavilosa estás, hermana! Vamos, te lo habré de decir, pues creo que aún no lo sabes. La novela esa á que te refieres, y que yo voy escribiendo, la tengo ya en el último capítulo. Sus páginas son del color de la rosa.

—¿Y no podrian volverse negras?

—Es que no estás enterada. Yo creia que te lo habia ya comunicado. El amor es egoista, Lucila.

—No todos los amores son egoistas, hermana mia. Mas dime qué pasa de nuevo.

—Que Rafael me ha escrito desde Andalucía, en donde ahora se halla, diciéndome que muy pronto se va á venir, y que en seguida que llegue, se verificará nuestro proyectado enlace.

—Mucho me alegra esa noticia, hermana mia.

—Y que creo que no va á tardar.

—¿Sabes el dia?

—No; pero el corazon me está diciendo...
No sé.

Amelia, dejando sobre la mesita el libro

que leía , se levantó y se fué por un sendero festoneado de grandes matas de azucenas, hasta penetrar en la casa por la puerta que daba al jardín : no sabia ocultar que su corazón esperaba algo.

En esto mismo estaba Lucila pensando, cuando de repente se ofrece delante de ella su padre.

—¿Sola te encuentro, Lucila? le dice. Pues ¿y tu hermana?

—Acaba de salirse del jardín.

—Ya sabrás, hija mia, que nos quiere dejar pronto. ¿Qué le hemos de hacer? Lo quiere ella así... Aunque mientras yo te tenga á tí, Lucila mia... Tú no me has dicho nunca nada de tus proyectos. Eso me complace á mí mucho, pues significa que nada deseas, y eres feliz á mi lado.

— ¡ Oh, sí, padre mio! contestó enternecida Lucila. Si bien hace algun tiempo que deseaba comunicarle...

—Habla, hija mia, habla ; pues ya sabes que no ambiciono otra cosa que vuestra felicidad.

—Quería, siendo del agrado de V., entrar de Religiosa en el convento de las Carmelitas.

Al oír esto, el cariñoso padre no pudo contener su asombro, y, volviéndose á ella, exclamó :

— ¿Monja quieres ser? ¿Será posible? ¿Sabes lo que has dicho?

— Creo que sí, padre mio. Hace mucho tiempo que lo tengo bien pensado.

— Pues mira, yo no puedo, no debo consentir en esa determinacion irreflexiva. ¡Encerrarse en un convento una hija mia! ¡Y la única que va á quedarme! Vamos, sólo ese pensamiento me aflige demasiado. ¿Y quisieras que yo me privase de tu compañía, hija mia, cuando creia y creo poder acabar contigo lo poco que me resta de vida? Deseo que no me hables más de este asunto.

Nada replicó Lucila al oir estas palabras.

Tras esto se oyó por la parte de fuera el rápido galopar de un caballo. A poco, el semblante de Amelia, radiante de hermosura y felicidad, se asomaba por una de las ventanas que daban al jardin, y con voz trémula y apagada y el corazon palpitante, pronunció estas palabras: «¡Padre! venga V., que ahora llega.»

Al mirar á Amelia, su padre y su hermana conocieron que el recién venido no podria ser otro que Rafael.

VI.

LÁGRIMAS DICHOSAS.

Hacia algunas semanas que la familia, con quien hemos hecho conocimiento, habia dejado el campo para vivir en la ciudad, puesto caso que Amelia habia recobrado su salud.

— ¡ Cuán desgraciada soy, hermana mia! decíale á Lucila su hermana, una tarde, al estarse vistiendo para ir á practicar la poética devocion del «Mes de las flores.»

— ¿ Desgraciada tú, hermana mia?

— Sí, Lucila. Rafael no me escribe : nada he sabido de él desde el dia que pasó algunos minutos con nosotras en la quinta. Mi padre ya no quedó contento de aquella corta visita. Mi corazon deseaba tambien algo más; pero se esforzaba en buscar razones, y las encontraba, para quedar tranquilo y satisfecho. Dijo tambien él que no podia dedicarnos más que aquellos momentos, de mí tan esperados, pues asuntos urgentes le reclamaban muy lejos. Yo he procurado excusarle hasta ahora. Pero por más que me dijo que escribiría todas las semanas, han pasado muchas,

y ni una carta suya he recibido. ¿Te parece si soy desgraciada?

—Vamos, te impacientas por nada. Acaso no puede aún escribirte, ó se habrán perdido las cartas, ó... quién sabe.

—Sí, tienes razon: ¡quién sabe si sucede algo peor que todo eso! agregó tristemente Amelia.

—Pero eso es tener ganas de afligirte sin motivo. Un hombre como Rafael no falta á su palabra tan fácilmente como tú supones.

—¿Y si faltase? ¡Dios mio! ¡qué desgracia la mia!

—Mira, Amelia, lo que te aconsejo es que lo dejes en las manos de Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Acude á la Virgen María, nuestra tierna Madre, suplicándole que guie ese asunto por donde más convenga á tu alma.

—¡Oh! ¡Cuán tranquilo vive tu corazon, hermana querida! ¡Cómo envidio esa tu calma inalterable! ¡Qué bien haces en no convertir á tu corazon en esclavo de ningun hombre!

—¿De veras lo dices?... Sin embargo, ninguna persona de la familia se ha opuesto á tus deseos, cuando sabes que á los míos todo el mundo se opone.

—Y á pesar de ser esto así, ¿quién de las dos es más dichosa? ¿Tú ó yo? ¿Qué corazon

disfruta de mayor paz? ¿ Mi corazon , que va tras el amor de un hombre, ó el tuyo, que va tras el amor de Dios?

—Es que yo sé resignarme á todo, contestó Lucila. Procura hacerlo así tú tambien.

—¡Ay, hermana mia , que no conoces otro linaje de amores que el purísimo y sosegado tuyo! ¡ Si tú acertases á ver las tempestuosas ondas que se levantan ahora en el fondo de mi alma! ¡ Si llegases á comprender las zozobras y congojas inexplicables que estoy sufriendo! ¡ Si te pudiera yo contar los extraños y horribles pensamientos que acosan mi mente! ¡ Ah! Entonces bendecirias, mejor aún que lo haces , la dicha incomparable que te proporciona esa única y santa pasion de tu alma, que te deja siempre llena de paz y de dulcedumbre.

—Siento que lo que acabas de decir es mucha verdad , Amelia mia ; y no sabes , no puedes saber cuánto me complace oír de tus labios verdades como éstas. Pero no vayas á creer por eso que yo no experimente deseos muy vivos , y que mi pecho no sienta ansias no menos ardientes , y que la pasion santa, que dices que tengo, no sea una verdadera pasion.

—¡Venturosa pasion la tuya! exclamó Amelia con melancólica sonrisa. Pasion celestial, que sólo aspira á lo bueno, á lo mejor,

y aún así vive siempre sujeta á la voluntad de Dios. Pero ¡horrible infierno la pasión que á mí me atormenta!

Lágrimas abundantes arrasaron el hermoso semblante de Amelia al acabar estas palabras.

Puesta la mantilla tenían las dos hermanas, y Lucila, cogiendo cariñosamente del brazo á su llorosa hermana, le dijo:

—Vamos, tranquilízate. La santísima Virgen nos está esperando. Ya verás qué dulce bálsamo va á derramar en tu corazón.

¡ Hermosa devoción la apellidada con el poético nombre de «Mes de las flores!»

¡ Lo más bello de la naturaleza enlazado por gallardísima manera con lo más bello en el orden de la gracia!

¡ Las flores de la tierra formando fragantísimas guirnaldas con las flores del cielo!

¡ Los perfumes de los valles y las colinas mezclándose con el vapor de la mirra y del incienso que humea sobre el ara santa!

Por eso los niños y las vírgenes corren presurosos á celebrar el «Mes de las flores,» y con frescas y argentinas voces glorifican á la Niña bendita de Judá.

Allá van también los ancianos á refrescar su corazón con las fragancias que se desprenden del trono de la Virgen.

Ni faltan allí tampoco los corazones heridos

por el desencanto de esta vida, pues á las plantas de María no hay dolor que no se dulcifique, ni lágrima que no se seque.

¡Ah! Postrada de rodillas al pié del altar de María, Amelia ha hecho una súplica tan humilde y fervorosa, que el corazón de la Madre más bondadosa es imposible no se haya interesado á su favor.

Lo cierto es que al salir del templo, el semblante de Amelia anunciaba la paz interior de su alma.

Lucila, que al rezar á la Virgen se habia olvidado de sí misma, para acordarse solamente de su hermana, observaba todo esto en silencio, y bendecía al Señor con toda la efusion de su pecho.

VII.

¡UNA CARTA SUYA!

Hay almas débiles, que, como si quisieran sustraerse á los amorosos designios que el Señor tiene formados acerca de ellas, sólo se muestran valerosas para luchar, uno y otro dia, contra las secretas voces que el Señor hace sonar en sus espirituales oídos.

La amorosa gracia del Señor, sin embargo, las sigue solicitando con sosiego y dulzura: bien lo conocen ellas; pero las solicitaciones del mundo, que se revisten de mágicos hechizos, casi logran apagar en ellas el eco dulcísimo é inefable de la voz de Dios, que no se cansa ni desespera nunca.

Dejad, dejad correr á esas almas por los senderos peligrosos que la pasión matiza de olorosas flores; dejad que lleguen hasta embriagarse con aquellos aromas; que se aduerman al lisonjero arrullo de aquellos cantos; dejadlas: que tal vez no tardarán en hallar el manantial de la verdadera vida allí donde sólo buscaban la fuente de turbios y humanos placeres.

Tal hubo de acontecer á Amelia, la aturrida jóven que no parecía vivir sino para alimentar en su alma aquella pasión amorosa, la única que hasta entonces había concebido.

Excusado será decir que todos sus pensamientos, afectos, ensueños, deseos, su vida toda, la cifraba ella en amar y ser amada de Rafael. ¿Qué le importaba á ella lo demás?

Pero el Señor, como advertido cazador de las almas, estaba aguardándola en ese camino, deseando herirla para curarla, pero herirla en la parte más delicada y sensible de su corazón de mujer, para que la cura fuese más radical y segura.

¡Quién sabe si la fervorosa oracion que la apenada niña dirigió á la Virgen en el «Mes de las flores,» apresuró estos momentos solemnes y decisivos para su alma!

«¡Una carta suya!» Esta era la palabra que, sin advertirlo ella, pronunciaban mil veces sus labios, y que de noche repetia en sus agitados sueños, porque escrita la tenia con el fuego de la pasion en su alma.

Una carta de Rafael constituia toda la ambicion de Amelia, dispuesta á perdonarlo todo, á olvidarlo todo, á engañarse á sí misma, con tal de poderse quedar en el encantado eden de sus ilusiones.

Pero la carta no vino; digo mal: aquella carta en la cual Amelia habia soñado tantas veces; aquella carta que ya habia leído en sueños deliciosos; aquella carta con tanto delirio esperada, es verdad que no vino; pero vino en cambio la carta de que el Señor se valia para desasir de la tierra el hermoso corazon de la jóven; vino la carta que como aguda flecha asestaba á su corazon amante el divino Cazador de las almas.

¿Cuál era el contenido de la carta de Rafael?

Yo que la he tenido en mis manos, yo que he leído y estudiado sus frases extrañas, inverosímiles, tratándose de un corazon que ama, llegué á convencerme de que no podia

ser sino Dios el que guiaba la pluma de Rafael, á fin de que la herida que causase fuera más honda, y más vivo y más crudo el dolor.

La indiferencia, el olvido, el desamor de Rafael se ocultaban malamente tras las frases hipócritas de que «no merecía á Amelia,» de que «no se consideraba digno de sus virtudes,» y otras por el estilo.

Al leer, ¿qué digo al leer? ya antes de leer las palabras, al comprender el pensamiento capital de la carta, la sensible jóven rompió en amarguísimo llanto, echándose con los brazos abiertos al cuello de su padre, que es el que, sin abrirla, habia puesto la carta en sus manos.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! sólo pudo exclamar sollozando.

— ¡Valor, hija mia, valor! le dijo su padre consolándola: ¿qué importa que los demás te olviden, si me tienes á mí, que nunca dejaré de amarte?

— Ya lo sé, padre mio, ya lo sé. Y permítidme añadiros, que tengo tambien á Dios, que no olvida, que no engaña, que ama siempre, con un amor dulcísimo y eterno.

En estos solemnes instantes entraba Lucila en el cuarto de su hermana, y todo lo comprendió en seguida.

Ni una sola palabra quiso Lucila pronun-

ciar: su corazón lleno de gratitud se deshacía en acciones de gracias al Señor, que tan misericordioso se mostraba, y por tales medios atraía á sí el corazón de su hermana.

— ¡Cuán ocultos y misteriosos son los caminos del Señor! pensaba Lucila. Sólo Él sabe dirigir á sus fines altísimos las circunstancias que á ellos parecen más opuestas y extrañas. Es que en sus divinas manos todas las cosas, todos los sucesos son medios conducentes á sus inescrutables designios. ¿Quién había de decir que mi pobre hermana se acercaba con apresurado paso á los caminos de su santificación, á favor de aquellas mismas alas que parecían apartarla de ellos? ¿Quién había de imaginar que el amor á un hombre se convirtiera luego en estímulo poderoso para amar á Dios? ¿Quién jamás creyera que de la carta de Rafael se serviría el Señor para apartar el corazón de Amelia de los mezquinos é interesados amores de la tierra, y convertirlo al purísimo é inefable amor de Dios?... ¡Bendito sea el Señor, que así derrama sobre sus siervos el tesoro de sus divinas misericordias y el bálsamo de sus inenarrables consolaciones! ¡Gracias sin cuento á nuestras tiernas y queridísimas madres María y Teresa de Jesús, que tan soberanos favores nos alcanzan de Dios con su intercesión poderosa!

VIII.

NOBLES PROPÓSITOS.

Era una tarde de Julio, algunas semanas despues de los acontecimientos que se acaban de referir, cuando Lucila y Amelia se hallaban en la sala de labor, muy atareadas confeccionando vendajes é hilas para los pobres enfermos del hospital.

El pensamiento de poder ser útiles á los desgraciados de la tierra, de poder contribuir á mitigar sus dolores, de poder prestarles algun servicio; este pensamiento bastaba ya á llenar de inexplicable dulzura el corazon bondadoso de las dos hermanas.

Ni en la víspera de la fiesta en que habia de estrenar un vestido precioso habia trabajado Amelia con tanto gusto y afan como trabajaba aquella tarde en obsequio de los pobrecitos.

Ya concluian su trabajo, cuando de repente se presenta su padre con aire triste y sombrío, y llevando en la mano un telegrama que acababa de recibir.

— ¿No sabeis lo que hay? les dijo. Vues-

tra querida amiga Julia ha muerto esta mañana. Su familia nos lo participa. Aquí teneis el parte.

Mudas de dolor y sorpresa se quedaron las dos jóvenes al escuchar tan triste y dolorosa nueva. Era Julia una de sus amigas más queridas, la cual habiéndose casado hacia poco tiempo, vivia con su esposo en una populosa ciudad.

Nada hay que extrañar que la muerte de su joven amiga hiciera la impresion más viva en sus corazones. Lágrimas abundantes bañaron sus semblantes, y fervientes oraciones se desprendieron de sus labios pensando en su amiga.

La oracion, ese poder misterioso que serena y apacigua las tempestades de la tierra, no menos que las que se levantan dentro del corazon, vino tambien á serenar y calmar la amargura que se habia apoderado del corazon de ambas jóvenes.

— ¡Pobrecita Julia! exclamó Amelia. Cuando hubo conseguido lo que habia ambicionado toda su vida; cuando empezaban á realizarse sus más hermosos ensueños, y se hallaba aún en la flor de su edad, y mirábase rodeada de contentos y caricias, entonces ¡ay! entonces es cuando le sorprende la muerte y tiene que abandonarlo todo.

— ¡Ay, hermana mia! repuso Lucila. ¿Y

nada dirá este desengaño á nuestro corazon? ¿Ninguna enseñanza deberémos sacar nosotras de todo esto?

—¿No te acuerdas, Lucila, de los proyectos que acariciaba nuestra pobre Julia hace algunos años? Con el acento del entusiasmo y del amor satisfecho nos decia ella, antes de casarse:—«Sus padres y los míos quieren que tan pronto concluya él su carrera nos casemos; él tambien lo quiere. Yo le digo que no es necesario llevar tanta prisa, aunque no lo deseo menos. Pero ello es cierto; nos casarémos pronto. Sus talentos van á abrirle caminos muy honrosos y lucrativos, y ya se le han hecho proposiciones las más ventajosas. Vivirémos en la corte ó en una de las mejores capitales. Serémos dichosos. ¡Oh, queridas amigas mías! exclamaba Julia en un raptó de ternura: sólo deseo que el Señor os conceda tanta suerte y ventura como á mí!»

—Sí, me acuerdo de todos estos rosados ensueños de nuestra amiga; contestó Lucila con melancólica sonrisa.

—Verdad es que pudo verlos casi realizados del todo; pero ¿en qué han parado ellos?

—¿Qué se realizaron? dices. No, no lo creas, Amelia. Casóse, sí, con el jóven á quien amaba; mas ¡ay! que yo sé muy bién que ni un dia feliz tuvo la pobre Julia desde que se casó. Muy poco tiempo hace que yo la ví, y...

créeme, Amelia; no era la misma. Aquella jovial y alegre criatura que á nosotras nos tenia embelesadas, estaba entonces melancólica y sombría; aquella tez de nieve y rosa que besámos nosotras tantas veces, estaba marchita y sin frescura; aquellos ojos tan vivos y parleros en otro tiempo, los contemplé velados por una nube; aquel brío y lozanía de todo su cuerpo, que á nosotras nos enorgullecía, y excitaba la envidia de otras compañeras, se habia convertido en dejadez y abandono. En una palabra: Julia no parecia ella misma. Ella callaba, y hacia bien: nada me dijo de su situacion presente; yo respetaba su silencio; pero harto se adivinaba, sin quererlo, que los hermosos ensueños que la arrullaron estaban muy lejos de realizarse.

—Y sin embargo, cuantas la conocíamos, yo misma, habia dicho muchas veces:—«Julia nació con buena estrella; todo le salió bien.» ¡Pobre Julia! ¿Y es posible que hoy haya muerto? ¿Y no la verémos más? ¡Dios mio! Pues ¿qué es el mundo?

—Un engañador, un lisonjero y fementido, Amelia mia, que no merece nuestro corazon, ni menos nuestros sacrificios; sacrificios que el mundo no conoce, y que no conociéndolos, no los agradece ni los paga. Sólo Tú, Dios mio —exclamó aquí Lucila levantando sus azules ojos al cielo;—sólo Tú, amor mio, pagas áun

en este mundo, con dulcísimos consuelos y gustos inefables, los pequeños obsequios que te hacen las almas que te aman.

— ¡Y no haberlo conocido más pronto! suspiró Amelia. Sin embargo, tengo ya hechos mis propósitos, que espero has de favorecer tú, hermana mia.

— Cuenta conmigo para todo lo bueno, Amelia de mi corazón.

— Sí, lo espero todo de tu ayuda. Por otra parte, espero que nuestro padre no se opondrá á mis deseos.

— ¿Y no podría yo saber cuáles son tus proyectos, hermana mia? ¿Acaso quieres también, como yo, retirarte del mundo?

— Sí, quiero retirarme del mundo, pero viviendo al mismo tiempo en él; quiero, sin vivir su vida, vivir en el mundo, para obrar, con la gracia de Dios, la salvación de las almas; deseo aumentar mis conocimientos para poder dedicarme á la enseñanza de la juventud; deseo, con la ayuda del Señor, enderezar los corazones por los caminos de la inocencia, elevar las almas á la esfera sublime y purísima del conocimiento y amor de Dios; suspiro, en una palabra, por dilatar las fronteras del reinado de Cristo, mi Señor y mi Esposo.

— Esto es hermoso, esto es grande, hermana mia, agregó Lucila. Tu actividad, tu carácter, tus talentos, las cualidades de que el

Señor te ha dotado, conozco que necesitan este vasto campo para lograr su completo desarrollo. Tú debes santificarte peleando en el mundo esas gloriosas batallas; debes modelar tu corazón, formando según el de Cristo el corazón de la niñez; debes hacer partícipes de los tesoros de ternura que tu corazón encierra, á otros muchos corazones puros é inocentes que necesitan la limosna del amor, y que por este medio serán elevados al amor purísimo y deleitosísimo de Dios, único que es capaz de satisfacer y dar hartura á nuestros corazones.

— No me humilles demasiado, hermana mía, repuso humildemente Amelia. Yo sólo deseo cumplir en todo la voluntad de Dios. Conozco que el Señor quiere que ande por ese camino.—«Ya vengo,» le digo á mi Dios. ¿ No debo obrar de esta manera?

— ¡ Oh ! Tú eres la que, sin advertirlo ni quererlo, me humillas, mi querida Amelia, contestó Lucila abrazándola con efusión entrañable. Tus palabras confunden mi debilidad y flaqueza. Cumple, sí, cumple enhorabuena los gloriosos destinos á que el Señor te llama. Mientras que yo, en el silencio y soledad de mi celda de carmelita, elevaré mis humildes oraciones al Señor, no creas que me olvide de aquella hermana mía que sólo se quedó en el mundo para conquistar almas,

para atraerlas á Dios, para dibujar en ellas la imagen de Cristo, para vivir la vida de abnegacion y sacrificio, tan fecunda siempre en vencimientos y coronas.

—Y yo, Lucila, me complazco ya en contemplarte con los brazos levantados al cielo, mientras que yo me hallaré peleando en el mundo los combates del Señor; y no menos me complazco en conocer que las victorias que yo consigá serán debidas, no tanto á mis trabajos como á tus fervorosas oraciones.

—Pero no me has nombrado aún por su nombre el Instituto á que tú, Amelia, deseas pertenecer.

—¿Y puedes aún dudarlo, hermana mia?

—¿Acaso quieres entrar en el naciente Instituto llamado con el expresivo nombre de «Compañía de santa Teresa de Jesús?»

—Sí, hermana mia. No aspiro á otra cosa.

—¡Oh, qué dicha la mia, queridita de mi alma! Deja que te bese mil veces, hija de Teresa, como yo deseo serlo tambien. ¡Hermanas por la sangre y el espíritu! ¡Dios mio, cuán bueno sois!

—¿Cuándo será eso, hermana mia? ¿Tardaremos mucho?

—Acaso no, querida Amelia. Sin embargo, prepara tu alma para la tentacion.

IX.

LUCHA DE DOS CORAZONES DELICADOS.

¡Cuán profundamente feliz y dichosa se sentía ahora Lucila al ver á su hermana asociada por completo á sus elevados gustos y aficiones !

Aunque conservando la graciosa viveza y jovialidad de su carácter, habíase operado en Amelia un notable cambio que nadie podia dejar de ver.

¿Qué extraño si por el fondo de su corazón, agitado por las humanas pasiones , habia pasado la voz de Dios , voz terrible , pero llena al mismo tiempo de dulzura , que tornó en apacible calma la temerosa tempestad ?

Los gustos de la encantadora jóven eran ahora más sencillos , más inocentes , más poéticos.

Es que ahora amaba de veras á Dios, á solo Dios; y este amor, que dilató por maravillosa manera los senos de su corazón, todo lo matizaba á sus ojos de sonrientes y purísimos destellos.

La flor que , blandamente mecida por las

brisas de la tarde, envia al cielo la ofrenda de sus virginales aromas;

El pájaro que, regocijado y alegre, sube rápidamente por los aires preludiando melodiosos trinos;

Los transparentes cristales del Ebro, que copian los áureos y purpurinos celajes de una serena mañana del estío;

Los rumores que, semejantes á los ecos de una fervorosa plegaria, traen los vientos desde la deliciosa vega;

El pálido y misterioso resplandor de la luna;

El solemne y cautivador centelleo de las estrellas sembradas por la noche en el firmamento:

Todo esto agrada ahora á Amelia, la entretiene, la embelesa, le proporciona sentimientos tan suaves y deliciosos, que se sorprende de no haberlos experimentado hasta entonces.

Todas estas cosas le están hablando ahora de Dios, y á su vista brotan de su corazon mil amorosos suspiros que, sin descansar un momento en la tierra, se levantan á la purísima region de los cielos.

Su corazon, por caminos que preparó el Señor en su misericordia, ha encontrado ya lo único que podia cumplidamente llenarlo, y descansa dulcemente en el amoroso regazo de la Providencia divina.

— ¡ Oh ! ¡ Y cuán agradecida debo estar al Señor, hermana mia queridísima , por haberme apartado de las peligrosas sendas del mundo ! le decia una tarde á Lucila.

— Tambien debo estarlo yo mucho, contestó ésta, por ese beneficio que considero me ha sido concedido tambien á mí por el Señor, hermana mia, querida siempre de mi corazon, pero ahora más que nunca.

— Nunca hasta ahora habia sabido yo comprender tus bondades, Lucila mia ; y me hubiera separado de tí sin entender hasta qué punto se extiende tu fraternal cariño.

— ¿ Cómo no , hermana mia ? Creen los del mundo que sólo ellos son capaces de sentimientos tiernos. ¿ No es verdad que andan muy equivocados ?

— Como en todo, Lucila. En el fondo de esos sentimientos suyos, créeme, yo lo he visto, y lo he experimentado bien, y doy por ello gracias al Señor; en el fondo de esos sentimientos, digo, no hay más que egoismo, puro egoismo.

— Yo sólo sé decirte, Amelia mia, que amando á Dios tanto como alcance mi corazon, y acaso porque le amo de esa manera, aún me queda sensibilidad y ternura, que nunca se entibia, ni dice basta, para dedicarla al bien de mis hermanos.

— Y yo sé otra cosa además, hermana mia;

otra cosa que tu corazón inocente y puro no puede saber; y es que cuando el amor mundano se ha apoderado del corazón, éste se hace duro, esquivo, inflexible, hasta cruel, para todo cuanto no sea el objeto de su pasión; todo le aburre, le cansa, le fastidia, menos su ídolo, ese ídolo de barro, solitario y exigente que reina en ese mismo corazón. Por mi parte debo decirte que nunca como ahora os he amado tanto á nuestro padre y á tí.

— Comprendo que así debe de ser, repuso Lucila; y si va á decir verdad, te aseguro que eres ahora infinitamente más amable que antes, y hasta creo que te has puesto mucho más hermosa.

— Lo que es hermosa de alma, lo deseo de veras; de cuerpo, no me preocupa tanto, aunque me siento tan buena como nunca lo haya estado. De todos modos, deseo parecerme á tí, hermoso ángel mio.

— ¿Te has hecho también zalamera? repuso Lucila riéndose graciosamente. Calla, que muy pronto me harás morir de envidia, si bien te envidio ya no poco.

— ¡Envidiarme tú á mí! ¿Quieres burlarte?

— No me burlo, no. Nuestro buen padre, que te ha mimado siempre con exceso, va á darte gusto en todo, y no tardarás en militar en tu amada Compañía de santa Teresa.

— ¿Te parece á tí que el diablo no hará alguna de las tuyas ?

— No lo creo. Supondrá nuestro padre que te has casado, y no se opondrá á tus deseos.

— Y ¿qué harás tú, Lucila ?

— Yo me quedaré en el mundo por ahora, esperando á que el Señor disponga lo que mejor le plazca.

— ¿Con que es decir que tú quieres hacer en mi obsequio el sacrificio de lo que más deseas? Imposible; eso no puedo ni debo permitirlo. Grandísimos son mis deseos de pertenecer á la Compañía, pero yo no podría irme contenta dejándote á tí sacrificada por mi causa.

— ¿Ahora andas con esos escrúpulos? Déjalo estar, que no lo arreglará de otra manera nuestro padre, y entonces habrás de obedecer.

— Pero yo le diré á padre que á tí te toca primero el tomar el estado que has escogido; me esforzaré en ser para con él todavía más cariñosa de lo que lo he sido hasta aquí; le persuadiré de que estando en mi compañía no ha de echar en falta tus bondades, y en fin, le haré ver hasta qué punto llega el sacrificio que quiere imponerse tu corazón, pintándole los ardentísimos deseos que hace tiempo tienes de entrar en el convento de las Carmelitas. Con esto no dudo alcanzar de padre que la

blanca y gemidora palomica vaya á esconderse en su nido.

— No, no obremos con precipitacion, hermana mia. Razonemos con calma. ¿Quieres que te diga cuál es la otra consideracion que me mueve á hablar de la manera que has oido? Acaso no sea discreto ni justo lo que voy á decirte; pero mira, yo creo que si yo me voy y te quedas tú sola al lado de nuestro padre, crecerán y se harán más poderosos los enemigos de tu alma. Tus mismas buenas cualidades, tu carácter jovial y alegre, tu sensibilidad exquisita, tu corazon abierto y franco, acaso lleguen á ser un grande peligro para tí. Luego despues, la saludable herida que recibió tu corazon se irá poco á poco cicatrizando, y el mundo te volverá por ventura á parecer lisonjero. En una palabra, temo por tí, hermana mia, y desearia que fueses tú la que primero se pusiera á cubierto de tantos peligros.

— Sí, es verdad, Lucila; soy muy débil, lo reconozco; no quiero lisonjearme de una virtud y una fortaleza que no tengo. Pero con la ayuda de Dios nada temo. Sé que pueden venirme todavía recias tentaciones; pero sé tambien que no permitirá el Señor que sea más tentada de lo que pueden soportar mis fuerzas acompañadas de la gracia de Dios. Y ¿crees tú que logrando yo mis vivos deseos y

quedándote tú por mi causa en el mundo, podría estar tranquila mi conciencia? De ningún modo. Ya ves, pues, cómo tus razones, que prueban perfectamente la bondad de tu corazón, no bastan á convencerme de lo que vanamente deseas.

— Ya convencerán á nuestro padre.

— Te equivocas, Lucila. Con mil zalameñas y mimos he de lograr que no se oponga á tus deseos de entrar pronto en las Carmelitas. Pero, ¡ay, Dios mio! ¿Será posible que haya de verme separada de tí?

— ¿Ves tú misma cuán grande es tu debilidad? ¡Ya no quieres que vaya allá!

— ¡Oh! Eso no. Lo que hay es que mi corazón de hermana, que te ama sin medida, se subleva contra la idea de esa separación. Pero calla, que yo lucharé, y saldrá mi voluntad vencedora.

— Desengáñate. Dios quiere que seas tú la primera en salir de casa, como ya estuvo á punto de suceder, por otro motivo no tan santo. Santa Teresa te llama á su Compañía.

— Antes te ha llamado á tí á su convento.

En estos momentos el padre de las dos jóvenes se presentó bajo el dintel de la puerta del cuarto en donde ellas estaban. Sin duda pudo enterarse del asunto de la animada conversación de sus hijas, pues con rostro grave y voz severa exclamó:

— ¡Qué convento ni Compañía! Lucila, tu convento está en mi casa; y tu compañía, Amelia, la hallarás en la mía.

X.

LENGUAJE MUNDANO.

Declinaba el tibio y melancólico otoño, cediendo el paso al aterido invierno, que se acercaba con su cortejo de escarchas y hielos.

Los días eran cortos; en cambio las noches eran interminables.

Cuando hacia buen tiempo, era preciso aprovechar las horas en que el sol calentaba más para poder salir á paseo.

Días hacia que nuestras jóvenes no habían salido apenas de casa, cuando una tarde, después de comer, fueron invitadas por sus dos primos á dar un paseo por la montaña.

— Vamos, perezosas, dijo Cárlos, el mayor de los hermanos; que nadie os ve ni por un ojo de la cara, metidas siempre en esta casa, que no parece sino un convento.

— ¿Va de veras? contestó alegremente Lucila. No quieras lisonjearnos demasiado.

— ¡Mira cómo le gusta! agregó el jóven.

— ¡ Pero si estamos aquí tan bien ! repuso Amelia. Cuando el sol no entra ya en esta habitacion , nos subimos al terrado : allí paseamos de una á otra parte , contemplamos la vega , vemos el ferrocarril que pasa , nos embelamos mirando las fantásticas perspectivas que ofrecen las montañas de enfrente, cuando, veladas á trechos por blancos girones de flotante niebla, son heridas por los rayos del sol , que no parece sino que se complace en alumbrar aquellas graciosas cumbres y siempre verdes laderas, segun son bellos los efectos de luz y de sombra que allí produce.

— Dejaos de contemplaciones , añadió Julian, que era el más jóven de los hermanos ; y pues el dia no puede ser hoy más hermoso, seamos agradecidos á Dios que nos lo envia, dando en su obsequio un largo paseo. ¿ Lo digo bien así , Amelia ?

— ¿ Por qué no , primo ? Si en obsequio de Dios damos el paseo, segura estoy de que nos lo sabrá premiar.

— Pues á ganar un premio, repuso aquel sonriendo y levantándose de su asiento.

— ¡ A ganarlo ! exclamaron las dos hermanas.

Y los cuatro jóvenes , despues de atravesar la ciudad , se encaminaron sin más tardanza hácia la parte montañosa que por Oriente do-

mina la poblacion , por donde suelen pasear sus habitantes en el invierno.

El dia era hermoso, agradable, casi primaveral.

Parecia que la naturaleza se reanimaba y cobraba nueva vida bajo las codiciadas caricias de un sol vivo y radiante.

Nuestros jóvenes, sintiendo la influencia del buen tiempo, y, sobre todo, teniendo libre el corazon de congojosos cuidados, iban andando por un tortuoso camino que serpea á la orilla de un hondo barranco, muy entretenidos en animada conversacion.

—Vamos, no nos lo ocultes, Amelia, decíale Julian, cuando toda la ciudad lo está diciendo.

—Pero ¿qué es lo que dice? vamos á ver, repuso ésta.

—¡Toma! que te vas al Colegio de las Tere-
sianas.

—No se dice así, añadió Cárlos. Se llama la Compañía de santa Teresa.

—Lo mismo da, continuó aquel. Pero, amiguita mia, todo lo necesitas para poder conseguirlo.

—Si es la voluntad de Dios que lo consiga, ya verás, Julian, cómo ceden las voluntades de los hombres.

—¡Hola! Con que ya sabes que tu padre se opone resueltamente á tu determinacion. Me alegro que lo sepas.

— ¡Y bien! añadió Amelia. ¿Qué quieres decir con ello?

— Que no tememos perderte.

— ¡Perderme! Así habla el mundo. Es que no entiende el lenguaje de las cosas que tocan al espíritu, y trastrueca todas las palabras. Yo te ruego que me dispenses; pero créeme, Julian: podréis vosotros saber muchas cosas; mas andais atrasadillos con respecto de las espirituales.

— Claro está, en no dejaros hacer vuestra santa voluntad, nadie entiende nada y todo anda mal. ¿No es verdad, mi devota prima?

— No, galante primo mio, no. Que se cumpla siempre y en todo la voluntad de Dios, y no la mia, que sólo conformándose con aquella puede ser santa. Este es mi deseo. Pero lo que hay es que, sin atender á los designios que sobre un alma pueda tener el Señor, el mundo juzga de todo segun sus bajas y terrenales miras, y á las almas que tienen el valor y la fuerza, porque Dios se los da, de romper con las servidumbres de ese mismo mundo, y de querer andar por otros caminos, no pisados por el hilo de la gente, á esas almas, Julian, se las considera desposeidas de juicio y como víctimas de una fatal obcecacion.

— Yo me guardaré mucho de decir todo eso. Pero bien comprenderás conmigo que tu padre no puede quedarse solo. Su salud es delicada,

y ahora es cuando más necesita de vuestra compañía.

— ¡ Oh ! Demasiado cierto es lo que acabas de decir. Nadie como nosotras está penetrado de esta verdad. Que el Señor conceda á nuestro muy querido padre las bendiciones y gracias temporales y espirituales que diariamente le pedimos. Sabe bien nuestro padre, y no lo ignorais vosotros, Julian, que nunca nuestras devociones han sido parte para desatender en lo más mínimo los cuidados y atenciones que le debemos.

— Respecto de eso, yo sólo te diré que no se cansa de alabaros, y se considera dichoso con tener tales hijas.

— Cumplimos con nuestro deber, Julian, y faltaríamos á nuestro Dios si obrásemos de diferente manera. Pero lo que hay es que cuando una jóven trata de consagrarse á Dios, el mundo, desplegando un celo maravilloso, se afana y esfuerza en hallar especiosas razones y soñados inconvenientes para oponerlos á tan *descabellada* resolucion. Entonces se apodera de los corazones una compasion y una ternura sin límites á favor de la pobre jóven (así lo dicen ellos) que no teme enterrarse en vida. Entonces se sacan á relucir el desamor á los padres, el abandonar la familia, el que se es demasiado jóven, el que se ha de dar lugar al tiempo, y todos los demás pretextos

que el mundo inventa para retener en sus peligrosas redes á las almas que el Señor se ha escogido para sí.

— Se conoce que estás abogando por tu causa ; la interrumpió Julian haciendo como que reía.

— Y tú ¿ por qué causa abogas , amado primo ? ¿ Por la causa del mundo ?

— ¡ Qué bobilla eres , Amelia , si extrañas aún el lenguaje de tus primos ! agregó á esta sazón Lucila. Ellos , y con ellos el mundo , pretenden medir las sublimes cosas de Dios con el rasero de la prudencia humana , anatematizada por Jesucristo. Todo lo que no sea seguir los usos del mundo , ó al menos con-temporizar con él , no saben ellos comprenderlo. ¿ Cómo han de sufrir con paciencia que una jóven , cuando se halla en la flor de su juventud , y Dios la ha dotado de gracias y talentos , cometa el gravísimo crimen de volver las espaldas á ese mismo mundo , que tanto se desvive por envolverla en una nube de lisonjas y halagos ? ¿ Cómo no ha de sentir el mundo perder lo que tanto para sí , y sólo para sí , apetece y codicia ? Deja , mi querida Amelia , que diga lo que quiera el mundo. Hace bien en sentir que se le escape de las manos esa multitud de almas jóvenes , pero ya fuertes y animosas ; aunque obran mil veces mejor ellas en no dar oídos á los egoistas clamores de los

seguidores del mundo, para atender solamente á los secretos é inefables llamamientos del Corazon amantísimo de Jesús.

— Tienes razon, hermana mia, que es preciso dejarles decir; pero ¿á quién no chocan la extraña manera con que discurren, y las contradicciones en que se les ve incurrir?

— ¡Oigan! exclamó Cárlos haciendo del chistoso. ¿Con qué discurren tan mal esos bribonazos?

— Muy mal, alegre señorito. Figúrate tú que á una prima tuya, que no hace mucho tiempo trataba de tomar estado casándose, y dejaba por tanto á su familia, y era lo regular que se ausentase muy lejos con su marido, y era ella todavía muy jóven, y su padre vivia delicado, figuraos vosotros que nadie le fué á la mano porque tomaba aquella gravisima determinacion. Para casarse, no se habló para nada ni de su inexperiencia, ni de sus pocos años, ni del abandono de su familia, ni de la salud de su padre, ni de señalarle plazos, ni de si aquello era ó no efecto de una ilusion pasajera: de nada de esto se habló. Todos aplaudieron y celebraron el proyectado enlace. Nadie hubo que no aprobase los pensamientos de vuestra prima. Para casarse, ya tenia bastante experiencia; ya tenia la edad; no era inconveniente el dejar la familia y correr la suerte de su prometido, que era mili-

tar : el padre ya se pondría bueno : la razón, la prudencia, la oportunidad y conveniencia más grandes, todas las virtudes y todas las gracias acompañaban á la gravísima resolución de vuestra prima. Sólo para consagrarse á Dios se descubren y multiplican los inconvenientes ; sólo cuando trata una persona de tomar estado religioso se declaran todos contra ella.

— Es que para abrazar el estado religioso, repuso Cárlos, debe uno pensarlo mucho, y ese estado es un continuado, eterno sacrificio.

— ¿Y sólo para abrazar el estado religioso debe uno pensarlo mucho ? contestó Amelia. ¿Y para abrazar el estado de matrimonio no hay que pensarlo nada ? ¿ Sólo en el estado religioso hay sacrificio ? ¿ Todo es flores y violas en el otro estado ?... Así, así se lo creen muchas, muchísimas pobrecillas ; pero la ilusión no tarda muchas veces en desvanecerse, y viene el desengaño á secar muy pronto las frescas flores de aquel soñado jardín.

— ¿Y no hay desengaños en el estado religioso ? preguntó, no muy alegre, Julian.

— No, respondió Lucila. Donde no hubo engaño no puede haber desengaño. ¡ Desengañarse de estar en posesion de la verdad, del amor y de la dicha ! Vaya, Julian, que hablas de estas cosas como el ciego de los co-

lores. Además de esto, antes de abrazar definitivamente el estado religioso, se sabe bien en qué consiste, se conocen las obligaciones, los compromisos, los sacrificios que uno se impone. ¿Pasa esto en el otro estado? A la profesion religiosa preceden uno ó más años de prueba; y la persona que no quiere pasar adelante se vuelve otra vez al mundo. Yo creo que el mundo ya no puede exigir mayores garantías para dejar asegurada la libertad de los que abrazan el estado religioso. ¿Sucede otro tanto con los que abrazan el otro estado? ¡Cuántas é irremediables decepciones! ¡Qué tristes desencantos no han de devorar toda la vida muchos corazones, que como inocentes víctimas, coronadas de flores, fueron llevadas al sacrificio!

Pero avanzaba la tarde. Declinaba el sol muy aprisa dejando sin calor la atmósfera.

Nuestros jóvenes, despues de descansar en uno de los poyos de piedra de que suelen estar rodeadas las pintorescas casitas que embellecen aquellos campos, se volvieron otra vez á la ciudad, departiendo amigablemente por el camino.

Lucila y Amelia llegaron á su casa, muy lejos de sospechar el cuadro que allí les aguardaba.

XI.

EL DIVINO CONSOLADOR.

Al entrar en su casa, Lucila y Amelia comprendieron en seguida que allí pasaba algo de extraordinario.

¿Qué es lo que habia sucedido en aquella casa que, dos ó tres horas antes, habian nuestras jóvenes dejado llena de paz y tranquilidad?

Que me perdonen mis lectores si por ventura las tintas de mi paleta se oscurecen, y la escena que voy á ofrecer delante de sus ojos no tiene el risueño encanto de esos paisajes bañados por la luz espléndida de un sol puro y radiante.

No tengo yo la culpa de esto, si es que he de dibujar cuadros de la vida real, tan llena siempre de alternativas y contrastes.

Pero acaso no falte tampoco hechizo al paisaje, aunque los objetos aparezcan como envueltos en las ténues gasas que flotan á favor de una luz tibia y casi triste.

Mas dejando á un lado extemporáneas reflexiones, que sólo sirven para mortificar la

curiosidad de mis lectores, tengo el disgusto de notificar á éstos que D. José (pues ya recordarán que tal era el nombre del padre de las dos hermanas) acababa de sufrir un violento acceso de la enfermedad que hacia algun tiempo venia padeciendo.

Cuando Lucila y Amelia, al volver de su paseo, entraron en el cuarto de su padre, todavía éste no habia recobrado los sentidos, inspirando serios temores á los médicos que le observaban, temores que, sin ellos quererlo, no supieron ocultar á las sorprendidas hijas.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamaron ellas arrojándose sobre su querido enfermo, mientras sus bellos rostros eran inundados de copiosísimo llanto.

Los parientes que allí habian acudido trataron, aunque en vano, de separar de allí á las sensibles y cariñosas hijas, que no apartaban un punto sus ojos del rostro amortecido de su padre.

Al cabo de poco tiempo dió éste señales de querer moverse, entreabrió lánguidamente los ojos, y una frase ininteligible vióse vagar por sus yertos labios.

¿Era que el conocido eco de la voz cariñosa de sus hijas, resonando en las profundidades de su corazon de padre, con mágico poder le despertaba á la vida?

Acaso se debía sólo á la fuerza de su cariño el poder pronunciar silenciosamente algunas palabras, tal vez esta tiernísima frase:— ¡Pobres hijas mias!

Nadie es capaz de sondear los misterios del corazon humano, pero menos aún de comprender los dulces y arcanos misterios de la misericordia de Dios.

Es lo cierto que el enfermo se fué poco á poco despejando, aunque sin perder por eso su gravedad.

Lucila y Amelia, que no cesaban un momento de prodigar á su padre los más tiernos y solícitos cuidados, con los ojos dirigidos al cielo mostraban al Señor su gratitud y recurrían á los tesoros de su divina misericordia.

¡Ah! no se olvidaron, no podían olvidarse ellas de uno de los principales deberes de las hijas verdaderamente cristianas, por más que cierta sensiblería de no buena ley se oponga á ello.

Fué Lucila la que quiso indicar á su padre que era llegado el momento de recibir el santo Viático.

Sus palabras, inspiradas por la fe más viva y el amor más tierno, no podían menos de ser acogidas perfectamente por el buen enfermo.

Las dos jóvenes dispusieron y aderezaron en seguida la casa para recibir en ella al di-

vino Esposo de sus almas y dulcísimo consolador de los corazones afligidos.

El extremado aseo y pulcritud de la escalera y habitaciones; la especie de altarito que conteniendo una piadosa imagen de la Virgen de los Dolores, un devotísimo Crucifijo y cirios encendidos, se observaba en la habitación del enfermo; cierta expectacion solemne, el grave silencio que se notaban en las personas allí reunidas; todo ello indicaba que dentro de pocos momentos iba á tener lugar en aquella casa una de las más tiernas y augustas ceremonias de la Religión.

El sonido repetido de la campanilla, que no tardó en anunciarla, vino á estremecer por manera inefable los corazones de las dos hermanas.

Sólo vosotros, lectores queridos, los que os habeis encontrado como yo en iguales circunstancias, podréis de algun modo comprender lo que pasó en el fondo de aquellos corazones jóvenes, donde la fe y el amor habian amontonado tantos tesoros.

La piedad y el cariño, el agradecimiento y la compasion, la alegría y el dolor, la adoracion y el desconsuelo, todos estos y otros sentimientos, maravillosamente engarzados, bullian en aquellos corazones, que, purificados de toda escoria, se elevaban fácilmente á más puras y espléndidas regiones.

¡Qué santas y bienhechoras impresiones despertaron en las almas de Lucila y Amelia las palabras misteriosas que á la cabecera del enfermo pronunció el ministro del Señor!

Una paz y un consuelo indecibles se apoderaron del corazon de ambas jóvenes al comulgar su querido enfermo.

Todo lo esperaban ellas de aquella soberana visita del Rey de reyes á su humilde habitacion.

Desde ese dia parecia que D. José experimentaba alguna mejoría, disminuyendo la acerbidad de sus dolores.

Era la tarde de uno de esos dias tan hermosos para los pobres enfermos, la tarde de uno de esos dias que parecen inundar de luz y esperanzas el oscuro seno del desolado hogar de la familia, cuando D. José quiso que Amelia le leyese en algun buen libro.

Cogió la jóven un tomo de las obras de santa Teresa de Jesús, abriéndole en una página del libro que la santa Escritora intituló *Exclamaciones*.

¡ Dichosos nosotros, lectores queridos, si pudiésemos pintaros ahora el celestial atractivo y la suavísima unción con que de los labios de la fervorosa teresiana se desprendian aquellas mismas palabras que brotaron un dia de los purísimos labios de Teresa de Jesús, despues de ser caldeadas en la fragua de su corazon de serafin.

«¡Oh deleite mio (leía Amelia), Señor de todo lo criado y Dios mio! ¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais á quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad!... ¡Oh muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en tí la vida! ¿Mas quién no te temerá, habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios?... ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon de ellas: no quieras gozar sin padecer...»

D. José prestaba atento oído á su hija, y, no pocas veces, oyéndola se humedecieron sus ojos.

Alguna vez dirigió éstos á un cuadro de la santa Madre, que sus hijas habian colgado en la habitacion, y notó que algo de extraño pasaba en su corazon paternal.

Algunas páginas habia ya leído Amelia de tan precioso libro, cuando con voz cariñosa le dijo su padre:

— Basta ya, hija mia; no quiero que te canses tanto.

— ¿Pero no sabe V. que encuentro sumo placer en hacerlo? contestó Amelia. ¿No sa-

be V., padrecito mio, que es para mí uno de los mayores consuelos leer á V. estas páginas de la Santa de mi corazon?

—Sí, te creo, hija de mi alma. ¡ Ah! no merecia yo tener tan excelentes hijas. ¡ Gracias, Dios mio!

— Calle V. por Dios, y no quiera avergonzar de esta manera á esta infeliz criatura que tanto le ama.

— Tambien te amo yo, hijita mia, y te amo con exceso. ¡ Ah! ¿ Y no sabes lo que deseaba yo decirte? Pues mira, ya que estamos ahora solos, quiero que sepas lo que deseo de tí.

— Hable V., padre mio, que será para mí una dicha el poder complacerle.

— Sí que podrás, dijo dulcemente D. José.

— A ver cómo, agregó con viveza Amelia, que ya deseaba saber cuáles eran los deseos de su padre.

— Pues mira: mis deseos son que se cumplan los tuyos. Deseo que te vayas, tan pronto como puedas, á formar parte de la *Compañía de santa Teresa de Jesús*. Y no sólo lo deseo, sino que lo quiero.

Asombrada y muda se quedó Amelia al oír estas inverosímiles palabras de su padre. En el humano lenguaje no fué á buscar ella, ni las hubiera encontrado, palabras bastante expresivas para mostrar los sentimientos de su alma. Sólo, eso sí, desprendidas de sus bellos

ojos, cayeron y se deslizaron por sus frescas mejillas dos puras y transparentes lágrimas que dieron infinito encanto á su gracioso rostro. ¿Había nada más que decir?

Sólo despues de un breve rato D. José preguntó á su silenciosa hija :

— Y bien. ¿Qué dices á esto?

— ¡ Ah ! Que es V. demasiado bueno. Pero yo sólo pienso ahora en su salud, padre mio. Restablézcase V., que lo demás ya se arreglará con el favor de Dios.

— Pero se debe arreglar así.

— ¿ Y Lucila ? preguntó á esta sazón Amelia.

— De Lucila no tengas ningun cuidado. Lo que el Señor tiene sobre ella determinado, eso será.

« ¡ Madre mia santa Teresa ! pensó aquí Amelia. ¡ Y cómo pruebas ser aún ahora abogada de imposibles, como lo fuiste cuando vivias en este mundo ! »

XII.

UN RAYO DE SOL.

Nunca nos parece tan hermosa la vida como despues de haber sufrido una larga y penosa enfermedad.

Entonces, como si la naturaleza entera tomase parte en los alegres sentimientos que embargan nuestro corazón, osténtase aquella á nuestros ojos rejuvenecida, hermosa y sonriente, tal como debió de ofrecerse á la asombrada vista de Adán la virginal hermosura de la primera mujer.

El corazón se siente entonces más rico de afectos, más sensible á las pruebas de cariño de los demás, y más dispuesto á su vez para verter en los corazones amigos los raudales de ternura que atesora.

El cielo sonríe á nuestros ojos con destellos más vivos, y los azules horizontes se despliegan á lo lejos en inmensas líneas de oro.

Llevan los aires ondas de tibios y penetrantes perfumes, que mezclados con melodiosos sonidos, acarician el alma con su suavidad y dulzura.

Son más suaves los trinos de las avecillas al revolar con gracioso movimiento entre las frondas del bosque.

Ecos deleitosos vienen de la ribera del río á arrullar nuestros sentidos, y con íntima delicia entiende el corazón el sentido misterioso de las melancólicas voces que las ondas del mar exhalan al morir en la playa.

Todo cuanto nos rodea parece entonces resucitar con nosotros á una nueva vida, como si la virginidad de nuestros propios senti-

mientos se reflejase en el velo de purísimo resplandor que nos circunda por todas partes.

Todo esto sentia perfectamente bien, aunque tal vez sin acertar á darse cuenta de ello, nuestro buen anciano D. José, en un hermoso dia de invierno, el primero en que salió al campo despues de su enfermedad.

É inútil será añadir á nuestros lectores que sus buenas cuanto hermosas hijas se sentian poseidas de un bienestar y una alegría imponderables, al contemplar á su padre del todo restablecido.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó Amelia al llegar con su padre y hermana á su casa, volviendo de paseo; pues tan misericordioso se ha mostrado con nosotros, devolviéndole á V., padre mio, la deseada salud.

— ¡Mil veces bendito sea! contestaron á una D. José y Lucila, levantando sus ojos al cielo con expresion de infinita gratitud.

— Pero bien se os alcanza, hijas mias, añadió D. José, que vuestro padre no puede vivir mucho tiempo. Mis dias son ya contados. Pero sabed que moriré contento dejándoos á vosotras...

— Calle, calle V. por piedad, le interrumpió Amelia; no quiera V. turbar ahora la alegría de este dia tan venturoso.

— Tienes mucha razon, hija mia. Hablemos de cosas más alegres.

—Sí, añadió aquella. Hablemos de la salud de V., ó de nuestro proyectado viaje á Valencia, ó...

—O si no, de tu próxima entrada en la «Compañía de santa Teresa,» agregó sonriéndose cariñosamente el bondadoso padre.

—¡Eso es! ¡Eso es! exclamó Lucila, aplaudiendo con las manos al mismo tiempo la inesperada salida del anciano.

—Pero acaso no será necesario separarme tan pronto de Vds., añadió Amelia; que, aunque algun tanto sorprendida por las palabras de su padre, no sabia, sin embargo, ocultar el contento que ellas le proporcionaban.

—¿Por qué nó? preguntó D. José. Tengo una carta de la Superiora de ese Instituto en que se me notifica haber sido resuelta favorablemente tu admision á la *Compañía*, añadiéndome que te prepares á entrar de un momento á otro acompañada de una porcion de animosas jóvenes que hace tiempo lo tienen solicitado.

—¿Lo oyes, dichosa criatura? exclamó Lucila abrazando á su hermana con el más tierno cariño. ¿Ves como tus cosas andan todavía mejor de lo que podias imaginarte?

Una sonrisa dulce y tranquila se dibujó, embelleciéndolo sobremanera, en el rostro encantador de la virtuosa Amelia; al modo que un rayo de sol naciente, al resbalar sobre

las flores de un jardín, las pinta de vivos colores, y hace que palpiten sobre sus tallos, como si fueran presa de un placer indefinible.

—¿Y no dice la Superiora qué día debe ser la entrada? preguntó con avidez la jóven.

—No, contestó su padre. No señala el día, pero acaso no pase de mañana.

—¡Gracias, padre mio! El Señor le recompense á V., como yo se lo pido, tal exceso de bondad. A este objeto no cesaré jamás de dirigir á Dios mis pobres oraciones.

—Mucho espero, hija mia, de tus oraciones y buenas obras; pero sabe que, al obrar de este modo, estoy persuadido de no hacer otra cosa que secundar los amorosos designios de Dios para contigo.

—¿Y no es verdad que tambien te acordarás de tu hermana del alma? le preguntó Lucila.

—¿Eso te atreves á preguntarme, Lucila mia? ¿Eso me preguntas?... ¡Ah! Te sonries, y con ello bien claro manifiestas que es de todo punto excusado el responderte. Aunque tú no tengas necesidad de mis oraciones, yo necesito ciertamente acordarme de tí, porque tengo para mí que tu memoria me ha de dar valor y esfuerzo para proseguir en la senda de mi santificacion.

—¡Cómo te engañas, hermana mia! exclamó Lucila. No olvides que me quedo en el

mundo, en donde el alma necesita mayores auxilios del cielo.

—No vayas á desanimarte, hija mia Lucila, agregó aquí su padre, porque acaso para satisfacer los deseos de tu alma sólo desea el Señor que alegres y edifiques mis últimos dias, y con la fragancia de tus virtudes embalsames, por algunos dias más, este corazon mio, que ya se rompe...

—¡Padre mio! ¡Padre mio!..., suspiraron al oír semejantes palabras las dos cariñosas hijas, que, abrazando al buen anciano y derramando abundantes lágrimas, no pudieron pronunciar una palabra más.

—Perdonadme, hijas mias, si os entristezco demasiado. Conozco bien la viveza de vuestro afecto para conmigo, ni me faltan pruebas de lo dispuestas que estais á sacrificar en mi obsequio vuestros más ardientes deseos y toda vuestra vida. Todo lo sé. Pero esas lágrimas vuestras, que tienen el secreto de hacer correr las mias, vienen, por delicada manera, á revelarme el escondido tesoro de afectos purísimos que, para mi consuelo, Dios ha depositado en vuestro corazon.

D. José, conmovido por esta escena, se retiró á su cuarto.

En el aposento de Lucila no tardaron á sonar las armonías del piano. Despues de algunos compases, cuyas inspiradas notas desper-

taban en el alma los sentimientos del más elevado entusiasmo y heroico sacrificio, oyóse á Amelia, que con voz vibrante y sonora cantaba esta letra :

De Teresa el pendon levantemos
Y animosas sigamos en pos ;
El reinado de Cristo ensanchemos,
Las batallas librando de Dios.

Es que la virtuosa jóven se imaginaba ya militar en la «Compañía de santa Teresa,» y no hallaba manera mejor de desahogar su gozo que cantar el himno propio de aquel Instituto religioso.

Ni eran menores el agrado y complacencia con que Lucila la acompañaba al piano.

XIII.

Á LA MESA DEL CASINO.

Dispensen nuestros lectores si desde la apacible morada de D. José y sus dos preciosas hijas, delicioso hogar de una familia cristiana, donde tan á gusto nos hallábamos, les trasladamos, siquiera sea por algunos mo-

mentos, á uno de esos centros de la moderna sociedad, en donde tanto tiempo pierden miserablemente los hombres del día.

No crean, sin embargo, que el lugar á donde vamos á acompañar á nuestros lectores sea uno de esos sitios de mal gusto en donde se reúnen gentes de poco más ó menos. No, de ninguna manera nos perdonaríamos tal desaguisado. Con decirles que el centro á que nos referimos no es sino un aristocrático casino, quedamos excusados de ulteriores explicaciones.

Es verdad que allí se fuma y se bebe grandemente, que se charla de todo, se lee otro tanto, se disputa no pocas veces, y hasta con calor, de puntos vidriosos; pero en cambio los salones están decorados con lujo, las paredes están ricamente tapizadas, hay mullidos sofás y sillones adamascados, elegantes mesas de mármol y brillantes y numerosas luces, multiplicadas por las lunas de los espejos y dorados artesones.

Pero será posible que nuestros lectores no simpaticen con el casino, á pesar de todo su brillante aparato, y vengan de mala gana, sólo por darnos gusto á nosotros.

Si es así, ¡sea enhorabuena! Quedáos en el hogar de vuestra familia, en ese sagrado rincón, bañado por las lágrimas de vuestra madre y favorecido con las miradas de Dios; que, sin

moveros de ese sitio, podréis sin ningun inconveniente seguirnos por unos momentos al susodicho casino, ya que así lo pide el hilo de nuestra relacion.

Acerquémonos á una de esas mesas de pulimentado mármol, alrededor de la cual se hallian sentados unos cuantos jóvenes de porte distinguido y empeñados en animada conversacion.

A uno de ellos le conocerán nuestros lectores, por poco que le observen : no es otro que Julian, aquel arrogante primo de Lucila y Amelia.

— Pues yo digo que esa será la mayor imprudencia que habrá cometido durante toda su vida ; aseguró muy formalmente uno de aquellos jóvenes.

— Una barbaridad sin ejemplo ; añadió otro.

— No, eso no, repuso otro ; es preciso confesar que no faltan ejemplos semejantes en un todo al de Amelia.

— Pero ¿ en dónde se ha visto á chicas como esa caer en tan mala tentacion ? agregó el que habia hablado antes.

— Pues ¿ qué queréis que os diga ? contestó aquí Julian. Hemos tratado de disuadirla de su obstinado propósito ; pero, amigos míos, ha sido todo en vano.

— ¡ Ca ! ¿ Sabeis lo que ha sido ? interrump-

pió con aire de satisfaccion un jóven rubio y alto, mientras chupaba con la boca y oprimia con los dedos su cigarro puro. Pues esa determinacion no ha sido sino efecto de un cruel desengaño, que la ha abatido sobremañera.

—¿Quién lo duda? añadió otro. La partida que le jugó Rafael ha exaltado aquella imaginacion, ha herido su dignidad, y su corazon inocente, desposeido de las dulces ilusiones del amor, no halla otra solucion que ir á sepultarse en un convento. ¡Tan hermosa y adorable!

—Podrá ser todo eso verdad, repuso Julian; pero, chicos, os aseguro que nunca ví á mi prima tan alegre y despejada, tan amable y decidora como al presente. Si vamos á hablarla de sus místicos proyectos, nos desarma y nos hace callar con su gracejo y buen humor. Está más adorable que nunca.

—¿Va de veras? preguntaron algunos con asombro.

—Lo que os digo; respondió Julian.

—No, el mal no está aquí; añadió el jóven del cigarro. ¿Sabeis qué ha sido? Que acaso por respetar demasiado el dolor que le proporcionó aquel cruel desengaño, no ha habido hasta ahora un corazon jóven y digno de ella que se haya propuesto cicatrizar la profunda herida que la pobre recibiera.

—¿Te parece á tí que no se le habrá ofrecido ningun amable curandero? preguntó, dirigiéndose al anterior, el más festivo de todos ellos.

—Pues yo creo, dicho sea aquí entre nosotros, respondió Julian, que no han faltado quienes trataron de consolarla; pero dió la terca de mi prima en la flor de no querer ser consolada de nadie.

—¿Será posible? dijo con acento melancólico el jóven del cigarro.

—Cierto, contestó Julian. Acaso tú mismo conozcas á álguien que tentó inútilmente el vado y...

—¿Lo dices por mí? interrumpió aquí el jóven alto y rubio, cuyo rostro estaba ostensiblemente alterado.

—¿Lo ves? Tú mismo te denuncias.

—¿Qué tal? exclamaron en coro todos los jóvenes.

—Señores, exclamó el primo de Amelia, simulando mucha gravedad; conste, de hoy más, que Ricardo (tal se llamaba el aludido) no ha llevado calabazas, *salvo meliori*.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡je! rieron todos á mandíbulas batientes, celebrando la cómica solemnidad de la protesta de Julian.

—Ya decia yo que Ricardo lamentaba muy sentidamente la vocacion de Amelia, dijo uno.

—Y que deseaba de todas veras que se curase de la herida , agregó otro.

—Y que eligiese á él para médico , añadió un tercero.

—Pero sois todos unos maliciosos, saltó aquí Julian. Si lo sentia y lo lamentaba, debéis saberlo, no era sino por pura y desinteresada compasion.

Aquí no pudo sufrir más Ricardo, y á punto estuvo de mostrar su enojo á sus divertidos compañeros ; pero comprendiendo que si lo tomaba por lo serio se aumentarían la chacota y el jolgorio, hubo de contentarse con fingir, lo mejor que pudo, una sonrisa que encubriese la tempestad de su corazon , como suele una guirnalda de rosas tapar la boca de un profundo abismo.

Convencido pudo quedar todo el mundo de que lo que faltó á Amelia no fueron ciertamente pretendientes, sino ganas de admitir á ninguno.

Pero ni siquiera la preciosa jóven se acordaba ya de las pretensiones de que habia sido y era objeto, para con ellas halagar algun resto de vanidad y amor propio, que raras veces suele faltar en el corazon de la mujer.

En el corazon de Amelia , á pesar de que era muy grande, no quedaba ya sitio para todas esas femeniles frivolidades. El amor de Dios y el celo por la salvacion de las almas

llenaban cumplidamente sus anchurosos senos. Una buena direccion de su espíritu; el ejercicio constante de la meditacion solitaria, merced á la cual tan subidos quilates adquieren las almas; la práctica de las virtudes cristianas, principalmente de la abnegacion de sí misma; todo esto la elevó á aquella altura de perfeccion á donde muchas almas no consiguen llegar, áun despues de una vida de constantes sacrificios.

De buen grado nos extenderíamos en dibujar con todos sus delicados perfiles, si á tanto alcanzase nuestro pincel, los hermosos y nobilísimos sentimientos del alma de Amelia, á no excusarnos de este trabajo una carta que ella misma escribió en aquellas circunstancias, y la cual, por caso extraño, llegó á nuestras manos.

Dirigíase á una amiga de su edad que habitaba en una poblacion vecina, y le participaba su resolucion de esta manera:

«Querida amiga: Hoy sí que voy á comunicarte una excelente noticia. Has de saber que mañana, Dios mediante, voy á ingresar en la *Compañía de santa Teresa de Jesús*. Mi corazon no ha sabido resistir al deseo de hacer partícipe de mis alegres sentimientos á la cariñosa amiga de mi niñez, en la seguridad de proporcionarle un verdadero placer. Posible será que te extrañe algun tanto esta mi determi-

nacion, atendido aquel carácter mio tan jugueton y bullicioso, del cual me atrevo á creer que conservarás algunos recuerdos. Pero, amiga mia, cuando Dios quiere alguna cosa, todo lo dispone para su cumplimiento y realizacion. El Señor se ha dignado hacer desfilar por delante de mis ojos la bajeza y ruindad de este mundo, y dado caso de que mi corazon sufriese al ver deshacerse el castillo de naipes de mis ilusiones, bendigo ahora infinitas veces á la divina Misericordia, porque de aquellas ruinas ha hecho brotar la luz que ha alumbrado las tinieblas de mi alma. Te lo diré, amiga mia, con la franqueza á que me da derecho nuestra antigua amistad. Lo que alrededor de mí veo me parece muy pequeño. Yo me siento más grande que todo eso. Aún tiene mi corazon, por la gracia de Dios, valor y fortaleza bastantes para no pactar con tanta miseria. Por otra parte, siento que á mi alma ha confiado el Señor yo no sé qué alientos para hacer algo á su mayor gloria. ¿Y hemos, amiga mia, de inutilizar los poderosos recursos que con tanta largueza el Señor nos ha confiado? Quédese para las almas vulgares el cultivo de las flores de un solo dia; tengo yo para mí que el Señor nos llama á superiores trabajos. Rosas inmortales y flores que nunca se marchitan reclaman nuestros desvelos y sacrificios, dulces y sabrosos siendo ungidos

por el amor. Yo creo que este lenguaje no va á extrañarte, sabiendo que eres deudora á Dios de un corazón bello y un alma elevada. Por mi parte te aseguro que me siento feliz y venturosa, como jamás lo haya sido, al ser favorecida de Dios con la preciosa gracia de mi vocación.

«Voy muy pronto á militar, por los intereses de Jesucristo, hoy tan desatendidos en todas partes, bajo la hermosa enseña de santa Teresa. Quiero poner por cifra de todas mis acciones: *Todo por Jesús*, y de esta suerte hacerme digna de las divinas misericordias. Que no me olvides, amiga mía, en tus oraciones, como nunca te olvida en las pobres tuyas tu amante amiga—AMELIA.»

XIV.

LA PEREGRINACION TERESIANA.

Mas no parece sino que, al tratar de descubrir los hermosos sentimientos del corazón de Amelia, embebecidos en su belleza, nos hayamos olvidado de su buena y cariñosa hermana Lucila, la cual, si bien es cierto que gusta, como gustaba á la sazón, de vivir olvi-

dada de todos , nosotros , sin embargo , no estamos dispuestos , ni podemos estarlo por ahora , á darle gusto en esta parte.

Hemos , pues , de volver nuestras miradas á esta virtuosa jóven , cuyo espíritu interior y recogido tanto contrastaba , ya entonces , con la disipacion de nuestra época ; y tanto más hemos de volver á ella cuanto fué de suma trascendencia lo que vamos á referir.

No se asombren nuestros lectores si les decimos que Lucila se disponia por aquellos dias para hacer un viaje á Castilla.

Pero hablemos claro : el viaje no era así como quiera ; se trataba de un acto religioso , de una peregrinacion.

Fué aquel el año de las grandes romerías y peregrinaciones. Parecia despertarse aquel espíritu de fe de otros tiempos , que trasladaba pueblos y provincias enteras á lejanos países.

Fueron memorables las peregrinaciones españolas que se dirigieron al Vaticano de Roma y á los santuarios más célebres de España.

Abríase el corazon á las más bellas esperanzas , y se llenaba el alma de consuelo al presenciarse ó leer la interesante relacion de aquellas imponentes manifestaciones de la fe católica , que consiguieron hacer rugir al infierno.

Eran aquellas las cruzadas de la oracion , revistiendo el carácter de nuestros tiempos ;

cruzadas que, bendecidas y alentadas por el Vicario de Jesucristo, y presididas por los Obispos, eran compuestas de personas de todas las clases y condiciones, edades y sexos.

El Pilar, Montserrat, Covadonga, Santiago, Begoña, Alba de Tormes y otros cien nombres gloriosos recuerdan las grandiosas explosiones de la piedad española en aquel tiempo.

Toda Europa contempló asombrada la robustez y vitalidad de la fe de los españoles, de que tan brillantes pruebas estaba dando.

Aunque no fué de las más numerosas, llamó sin embargo no poco la atención, por lo piadosa y edificante, y por otras circunstancias especiales, la peregrinación teresiana, que tuvo por objeto visitar la cuna y el sepulcro de santa Teresa de Jesús.

Entre los peregrinos de esta romería iba Lucila. Atravesando Valencia y Castilla la vieron muchos de nuestros lectores, tan modesta y encantadora como siempre.

Sin necesidad de grandes encarecimientos supondrán nuestros lectores la imponderable alegría de que estaba lleno el corazón de Lucila, tratándose de ir á visitar lugares tan santos y memorables, muy en particular para su corazón, apasionado por todo lo de santa Teresa.

La idea de que muy pronto le sería dado venerar el sepulcro y ver el seráfico corazón

de su santa Madre, la tenían como arrobada ya antes de emprender el viaje.

Satisfechos se hallaban también por su parte D. José y Amelia, viendo á Lucila hacer los preparativos de la peregrinación, y contentos de poder proporcionar este gusto, acaso el último que se permitiría en el siglo, á quien sacrificaba gustosa todos los suyos en obsequio de los demás.

El bondadoso padre no pudo sin embargo contener una lágrima al despedirse de su hija en el andén de la estación del ferrocarril. Amelia, que hacía mucho tiempo no había llorado sino de alegría, sintió también los ojos humedecidos por las lágrimas.

Sería excesivamente prolijo referir aquí lo que el corazón de la virtuosa joven sintió durante el viaje, en compañía de delicadas pero animosas jóvenes que formaban el núcleo de la peregrinación, y que, estando unidas estrechamente todas ellas por un vehemente y apasionado amor á santa Teresa de Jesús, se hubiera dicho que no tenían sino un mismo corazón.

Al visitar en Ávila la casa donde la Santa había nacido, y el convento de la Encarnación en donde vistió el hábito de Religiosa; al ver y contemplar estos sitios tan llenos de la memoria de su santa Madre, tan empapados de su celestial aliento, ya le parecía que todo

aquello era demasiada felicidad para Lucila, y de buena gana se hubiera quedado allí para siempre.

Pero ¿quién podría decir lo que pasó por el corazón de la piadosa peregrina al llegar á Alba de Tormes? Horas y más horas se la vió postrada junto al verdadero corazón del Serafin del Carmelo y á los piés de su sepulcro venerando, de suerte que sus amigas hasta dudaron si habia cerrado sus ojos al sueño durante los dias que permanecieron en aquella poblacion.

—¿Pero podrá saberse qué es lo que haces aquí tanto tiempo? le preguntó cariñosamente una buena amiga.

—¿Pues no sabes, contestó, que teníamos muchas cosas que decirnos mi querida Madre y yo?

Santas inspiraciones iba á recoger en aquel venturoso sitio, en cambio de los fervientes votos que ella depositaria.

Habló con las santas Religiosas que habitan aquel convento, y al preguntarle á Lucila si quisiera quedarse allí con ellas, sólo supo suspirar.

— ¡Qué dicha seria la mia, dijo para sí, si pudiera vivir, como esas vírgenes afortunadas, cabe esa bendita y olorosa celda en donde murió mi querida y santa Madre, y no lejos de su sepulcro y de su corazón.

Aquellas espléndidas y devotísimas funciones que se celebraron en la basílica, durante las cuales los cuatro insignes Obispos que presidieron la peregrinacion, todos ellos notables oradores, dirigieron sucesivamente su autorizada palabra á los peregrinos; aquellas fervorosas é interminables Comuniones, en donde se traslucian la fe más viva y la piedad más ardiente; aquellos cantos, entonados con ese entusiasmo que nace del alma por la muchedumbre de los peregrinos; aquellas procesiones, que jamás olvidarán cuantos á ellas asistieron, especialmente la que se organizó en las amenas orillas del Tormes, cuyos limpios raudales parecieron asombrarse al reflejar tan grandioso espectáculo; todo aquello llenó la medida de los deseos y esperanzas acariciados por el alma de Lucila. Las lágrimas que bañaron muchas veces sus azules y hermosos ojos, venian á denunciar lo que pasaba en su corazon.

Al regresar de Alba, quedóse Lucila, juntamente con sus amigas y gran número de peregrinos, en una nobilísima y antigua ciudad, con el objeto de visitar los célebres monumentos religiosos que encierra. Pero el lugar en donde más largos ratos pasó la virtuosa jóven, y en donde se sentia como poseida de un poderoso y misterioso encanto, del cual apenas si podia desprenderse, fué un convento de

Carmelitas Descalzas, fundado y habitado algun tiempo por santa Teresa.

Aquellas Religiosas, verdaderas hijas de la seráfica Doctora, conocieron muy pronto todo el valor de aquella alma, destinada por Dios para gozar en la tierra de su íntimo é inefable trato.

Por otra parte, Lucila no tardó en descubrir y adivinar en aquellas Religiosas, al lado de los tesoros de santidad, delicadeza y afecto que en otros conventos habia descubierto, algo que, sin advertirlo, la atraia y la arrastraba con una violencia, que nunca como entonces habia advertido.

Al preguntar Lucila por el número de Religiosas que allí habia, fuéle contestado que sólo quedaba una vacante, pero vacante que esperaban se llenaria muy pronto.

— ¡Dichosa quien la llene ! exclamó Lucila por lo bajo.

— ¿Y por qué no puede ser V. la dichosa? repuso sonriendo una jóven y discreta Religiosa.

Lucila se quedó pensativa. «¿ Por qué no? ¿ Por qué no?» se interrogaba ella á sí misma.

Y con la imaginacion se dirigia á su casa, lo preguntaba á su padre y á su hermana, se dirigia á aquel convento de Carmelitas donde á la sazón no habia ninguna vacante, y despues acababa por pensar en sí misma, en su

vocacion y en los sublimes destinos de su alma.

Las Religiosas, que guardaban tambien el más profundo silencio, adivinaban que algo grave pasaba en el corazon de la jóven. Despues de algunos momentos, la jóven Religiosa de antes preguntóle :

— Vamos, ¿qué contesta V.?

En este mismo momento se presentaba en el locutorio el señor Obispo de la diócesis.

Despues de los saludos y reverentes atenciones que en tales casos se acostumbra, el Prelado, al dar á besar su anillo á Lucila,

— ¡Hola! exclamó. Aquí tenemos una peregrina catalana. Bien, hija mia.

— ¿No sabe S. S. I. que casi se queda con nosotras? añadió la Madre priora.

— ¡Si yo pudiera! exclamó Lucila suspirando.

El señor Obispo, lleno de bondad y deferencia, díjole que si aquella era una verdadera y probada vocacion, veria aquella resolucion con mucho agrado, añadiendo que estaba dispuesto, con este motivo, á dispensarle cualquier favor.

La modesta jóven expuso sencillamente los inconvenientes que podrian haber por parte de su padre y de Amelia, su hermana.

De poca monta se estimaron estos inconvenientes, y despues de tratar este asunto, se

determinó que el señor Obispo telegrafiaría á su padre, suplicándole concediera á Lucila el permiso para entrar en dicho convento, contando tambien con el beneplácito de la hermana.

Todo aquello era para Lucila un ensueño muy hermoso, pero irrealizable. Por otra parte, le parecia todo tan naturalmente sucedido, y tan ajeno á la premeditacion de los hombres, que empezaba ya á creer si allí estaba la mano del Señor.

Entre tanto la virtuosa jóven encaminaba todas sus oraciones á rogar al Señor que, entonces como siempre, se cumpliese solamente su divina voluntad.

La contestacion de D. José no se hizo esperar. El contenido fué: que tanto él como Amelia, su hija, consideraban todo aquello como una cosa providencial, y que por lo tanto, no podian menos de aprobar la resolucion de Lucila. Añadia que dentro de algunas semanas pensaba ir á verla.

Los peregrinos catalanes y valencianos, al hallarse á la mañana siguiente en la estacion del ferrocarril, preguntaban por Lucila á sus amigas.

—Lucila, contestaron, se queda aquí en el convento de las Carmelitas. Santa Teresa no la deja salir de su país, porque quiere que sea ella el recuerdo viviente de la primera y devotísima peregrinacion teresiana.

XV.

PREOCUPACIONES DEL MUNDO.

Al regresar los piadosos peregrinos de la romería teresiana á la ciudad en donde se verificaron los sencillos sucesos que venimos narrando, se comentó de mil maneras y en todos los tonos imaginables la repentina y sorprendente entrada de Lucila en el convento de Carmelitas de la ciudad castellana.

—No hay duda, decían unos, todo esto estaba pactado mucho tiempo antes. Lucila se lo tendría todo ya preparado, y fué la peregrinación un excelente medio para llevar á cabo su proyecto. ¡Si sería callandita la tal monjita! Lo que es á su padre se la ha pegado lo más bonitamente del mundo. No, lo que es á mí no me engañarían todas esas monjiles gazmoñerías. ¡Caramba con ellas!

—¿Sabeis lo que hay? decían otros más maliciosos todavía. Pues me engaño yo mucho ó todo esto no ha sido sino una jugarreta de Amelia, que es una muchacha lista si las hay. Lo que es cierto que ésta hace ya algún tiempo que debía haber entrado en un convento ó

Compañía ó qué sé yo, y aún anda por esas calles, tan elegante como siempre. A la cuenta, todo eso del monjío va largo y... ¡quién sabe! Acaso podría darnos alguna luz cierto arrogante mozo... En fin, al tiempo.

—Pues, señor, exclamaban otros muy compungidos, ¡qué hijas son esas, y qué padre el suyo! El monjío les ha hecho perder á ellas el corazón, y al bueno D. José le ha trastornado la cabeza. Cuidado que es necesario carecer de sentimientos filiales para que una jóven entre en un convento sin despedirse siquiera de su padre, como lo ha hecho Lucila. No falta ahora sino que Amelia se encierre también en una celda, y hasta su padre haga la locura de meterse fraile. ¡Si habian de haber nacido en otro siglo!

—¡He aquí los frutos de esas ruidosas manifestaciones que bajo el nombre de peregrinaciones y romerías nos aturden los oídos! exclamaban con filosofesca entonación otros sapientísimos varones. Con esas muchedumbres devotas, con los pintorescos pendones, con las letanías, los cantos, comuniones, sermones y arengas; con todo ese boato exterior se sobrecitan ciertas organizaciones impresionables, y creen ser sobrenatural impulso de la divina gracia lo que no pasa de ser natural efecto de causas muy naturales.

Así se expresaban muchas gentes comen-

tando el sencillo hecho de entrarse Lucila en un convento, con la expresada licencia de su padre.

Sin embargo, para no ser injustos, nos es grato confesar que, aunque pocos, no faltaron quienes aplaudieron el suceso, y hasta hubo algunas almas que envidiaron la dicha de Lucila, y admiraron la providencia de Dios, que con tanta suavidad como fuerza dirige los acontecimientos humanos.

Pero nuestros lectores tienen curiosidad por saber qué es lo que pasaba entre tanto en la casa de D. José, en donde ya no brillaba la apacible y angelical figura de la virtuosa Lucila; y no podemos nosotros defraudar tan justos deseos.

Faltaríamos á la verdad si dijéramos que el padre de tan preciosas jóvenes no estaba en manera alguna preocupado de la por entonces inesperada separacion de su hija Lucila. Es verdad que hacia tiempo que tenia previsto semejante separacion; pero, al verificarse, no pudo por menos de conmoverse su corazon paternal.

«Mas ella se contempla feliz, pensaba don José, una vez ha conseguido lo que tanto deseaba; pues el Señor le ha abierto las puertas del claustro cuando menos se lo podia esperar. Por uno y otro debo resignarme y alegrarme, ya que se cumple por una parte la

voluntad de Dios, y se realizan por otra las aspiraciones de Lucila.»

Pero de cuanto padre é hija pensaban y sentian podrémos enterarnos oyendo la conversacion que ellos en su propia casa sostuvieron una mañana con Cárlos, Julian y su madre D.^a Francisca, hermana de D. José, los cuales fuéron á visitar á aquellos, al saber que Lucila se habia quedado de Religiosa en un convento de Castilla.

— Pero vamos, quedarse allá tan lejos, sin despedirse siquiera, quejábase D.^a Francisca, sin decirnos una sola palabra... No digais, esto no tiene perdon de Dios.

— Pero, tia, repuso Amelia, ¿ cómo podia despedirse para entrar en el convento, cuando ella misma lo ignoraba completamente, y sólo lo sabia Dios, que allá la ha conducido, sin nadie pensarlo ni sospecharlo siquiera ?

— Al menos, replicó aquella, bien podia venir aquí á despedirse de todos, y despues volverse. Eso parecia lo más regular, y no darnos esa sorpresa.

— Chica, chica, objetó D. José, eso seria mucho pedir. Calla, que ya irémos nosotros alla á verla, Dios mediante. Porque, es claro, bien querrás acompañarme cuando yo vaya, que será muy pronto. Entonces vamos á dirigirle las quejas.

— Pero si ella se ha consolado obrando de

esa manera tan extraña, añadió Cárlos, ¿por qué no nos podemos consolar tambien nosotros? Demás de esto, otro consuelo nos queda, y es que tenemos á Amelia, con la seguridad de que habrá de renunciar por ahora á sus piadosos propósitos.

—Pues no faltaba ahora sino que tambien Amelia nos dejase como su hermana, añadió D.^a Francisca.

—Vaya, ¡y qué bien os lo arreglais todo! Eso sí, todo ha de suceder á medida de vuestros deseos, dijo D. José.

—Pues mira, agregó en seguida aquella, deja que tus hijas lo arreglen á medida del suyo, y por tu vida que vas á quedar lucido.

—No, tia, no, repuso respetuosamente Amelia. Nunca nos hemos querido separar nosotras del parecer de nuestro padre, y tén-gase V. sabido que su gusto es el nuestro.

—Y es claro, saltó aquí Julian. Tu padre te necesita ahora más que nunca. Con que, prima mia, ya puedes renunciar á tus místicos ensueños. Por ahora podemos contar contigo.

—Si esa es la voluntad del Señor, contestó la jóven, sea enhorabuena.

—No, hija mia, dijo su padre. Todo nos hace creer que no es esa la voluntad de Dios. Otros son, al parecer, sus adorables designios, á los cuales no trato yo de oponerme.

— ¡El Señor nos tenga de su mano! exclamó aquí, santiguándose como escandalizada, D.^a Francisca. Dios haga que no te arrepientas muy pronto de lo que ahora piensas y haces.

— De otra cosa me arrepiento, contestó el aludido. ¿Y sabes de qué, hermana mia? Pues es de no haber pensado y obrado así mucho tiempo hace. Pero agradezco infinito á Dios la dicha que me proporciona de poder compensar de algun modo los errores y extravagancias pasados.

— ¿Será posible que así pienses? preguntó aquella.

— Así es, por la gracia de Dios.

Disgustados completamente quedaron doña Francisca y sus hijos de las declaraciones, tan explícitas como bellas, de D. José. De aquí es que se creyeron en el caso de dirigir por otro rumbo la conversacion. Mas fueron inútiles los esfuerzos que para ello hicieron. Sólo palabras sueltas y frases incoherentes salian de sus labios, no consiguiendo ocultar con ellas (como sucede muchas veces) los pensamientos que bullian en sus cabezas.

A una situacion tan embarazosa é insostenible no tardó en poner término D.^a Francisca, levantándose de su asiento: lo mismo hicieron sus hijos; y todos se despidieron de D. José y Amelia, no con la espontaneidad y

afecto de otras veces, si bien más ceremoniosamente que nunca.

— ¿Ves lo que es el mundo, hija mia? dijo D. José á Amelia al quedarse solos.

— Tiempo hace que lo tengo conocido, contestó la jóven.

— Pretende ser el confidente y consejero, el árbitro y juez de todo. Y cuidado con que se atreva alguno á no hacer caso de sus fallos soberanos. Para él no rezan las leyes de la condescendencia, del miramiento, de la caridad, de la justicia; ninguna ley reza para él cuando alguna persona tiene el valor de no dejarse imponer por sus vanas preocupaciones.

— Que nos hagamos dignos, padre mio, de las bendiciones de Dios, y ni áun nos acordemos del mundo ni de sus exigencias.

— Sí, hija mia. Y por eso mismo, de la misma manera que no me he opuesto á los designios de Dios respecto de tu hermana, no quiero tampoco oponerme á la divina voluntad cuando de tí se trata.

— Pero hay todavía tiempo para ello, padre mio. Yo soy jóven y puedo esperar. Lo que por espacio de muchos años ha hecho Lucila para con V., me toca hacerlo á mí ahora. Usted necesita de mis cuidados.

— Muy bien, hija mia. Yo aplaudo tus generosos y hermosísimos sentimientos. Pero

déjame hacer, en obsequio de mi Dios, este sacrificio. Bastantes habeis hecho vosotras por mí. ¿Sólo vosotras habíais de contraer méritos delante del Señor? Mi sacrificio, por otra parte, no va á ser muy penoso. El Señor, que cuenta compasivo las lágrimas de sus hijos, y que no permite que las tribulaciones sean mayores que las fuerzas para sobrellevarlas, estoy seguro que será todavía demasiado condescendiente con mi debilidad. Cumplid vosotras, hijas mías, el nobilísimo destino á que el Señor os llama.

A palabras tan elevadas y tan sublimes sentimientos no pudo resistir el sensible corazón de Amelia. Llorando de enternecimiento y alegría abrazó á su buen padre, que no estaba menos emocionado que su hija.

En estos momentos llamó á D. José una criada, entregándole una carta, que, segun dijo, hacia poco la habian traído. Abrióla y se enteró en silencio de su contenido. En el membrete leyó: «Colegio de la Compañía de santa Teresa de Jesús.»

— Escucha lo que nos dicen, dijo á Amelia. Y leyóle la carta, que decia así:

«Sr. D. José...

«Muy señor mio y de mi singular estima en Jesús de Teresa: Pídole á V. mil perdones por no haber correspondido, como yo deseaba y V. merecia, á los buenos deseos de V. y de

su excelente hija Amelia. Ya sabe V. que obstáculos imprevistos, que gracias á Dios han desaparecido ya, nos impidieron hacer en el dia señalado la admision de las postulantes á la «Compañía de santa Teresa de Jesús,» entre las cuales se cuenta su hija de V. Tengo el gusto de participarle que hemos resuelto admitirlas esta misma tarde al anochecer. A la vista hablaremos de los demás asuntos. Con esta ocasion se repite de V. affma. y atenta servidora en Jesús de Teresa,

LA SUPERIORA.»

XVI.

NIDOS DE AMOR.

Las dos cándidas y gemidoras palomas hallaron el delicioso nido por el cual suspiraban hacia tanto tiempo.

Triste y desolado erial era el país que recogia ayer sus lánguidos suspiros.

Hoy es un oasis de fresquísimas y corrientes aguas cruzado, de perpetuo verdor y de fragantes flores entretejido, el venturoso lugar en donde suenan dulcemente los amoro-

sos arrullos de las dos felices y bienhadadas palomas.

¡ Ah , si me fuera dado traducir al humano lenguaje los desconocidos placeres, las íntimas y no contadas delicias que por superior manera embriagaban los tiernos y delicados corazones de las dichosas avecillas !

¿ Será posible que sólo los fugitivos y engañadores placeres del mundo, y la mentirosa y soñada felicidad de los amadores del siglo hayan de tener sus historiadores y poetas ?

La espléndida hermosura de las almas realmente virtuosas ;

Los superiores y dulces encantos de la piedad ;

Los inefables hechizos de las almas virginales ;

Los vívidos y hermosos fulgores de la caridad ;

La sublime grandeza de esa juventud heroica que abandona el mundo para salvar al mundo ;

Lo únicamente hermoso, grande y delicado en la tierra, ¿ no merece ser cantado y dibujado por vosotros, á quien Dios otorgó el dón de expresar por medio del arte la verdadera belleza ?

Entre esa deslumbradora pléyade de almas hermosísimas estoy seguro que mis lectores

verían brillar las que ya conocen, bajo los nombres de Lucila y Amelia.

Eran ya hermanas por la sangre y por las virtudes; y ahora lo son por el espíritu que las informa y sostiene, las amamanta y recrea.

Hijas, verdaderas hijas espirituales son ahora de la seráfica Madre santa Teresa de Jesús.

Aunque viven muy separadas una de otra, las dos viven una misma vida de amor y sacrificio, y se encuentran, y se reconocen en el sagrado asilo de los Corazones de Jesús y su Teresa.

Pero, para más animarse y edificarse mutuamente, se escriben de vez en cuando cariñosas cartas, en donde sus corazones se abandonan por completo á la plenitud del júbilo espiritual que los inunda.

Contestando á otra de Lucila, Amelia dirigió á su hermana, Religiosa carmelita, la carta que, por buena suerte, puedo comunicar á mis lectores, y que dice así:

«Hermana mía de mi alma: He recibido tu carta, hermosa como todas las tuyas, en cuya lectura (no me has de reñir si lo digo) he llegado á embebecerme. ¿Crearás que hasta hubiera podido servirme de punto de meditacion? Hoy, mejor que no antes, puedo comprender esa felicidad de que tú me hablas, esa felici-

dad que, gustada, satisface más y más cada día, porque es rica de deleites siempre nuevos. ¡Oh hermana Lucila! Dios ha escuchado al fin mis ardorosos ruegos, y mi Madre santa Teresa ha extendido sobre mi cabeza los pliegues de su manto. Empiezo á sentir las dulzuras de esa profunda y bienhechora paz del alma, que á la manera de una fuente de tranquilas y sosegadas ondas, siento que se derrama por todo mi sér. Ya estoy en el colegio de la Compañía de santa Teresa de Jesús, por el cual he suspirado tanto tiempo. Ya me hallo en mi centro. Como que este aire hacia falta á mi corazón, y que sin él me hubiera muerto. Tengo para mí que hasta el cuerpo siente tan benéfica influencia. Dicen que me he puesto tan gorda y colorada. Por donde puedes ver que hasta en eso no me llevas ventaja ninguna. Este órden, este concierto admirable me agrada sobremanera. Nuestras devociones, impregnadas de yo no sé qué delicioso perfume teresiano, me atraen y cautivan con una dulzura irresistible. Llego á pensar que gozo demasiado en todas estas cosas, y que no contraigo ante el Señor el mérito del sacrificio. Las Hermanas, mis compañeras, no sé yo cuánto se rien de estos temores. ¡Si conocieses á estas hermosas y santas jovencitas! Me imagino hallarme entre ángeles del Señor, y estoy segura que sólo su

roce bastaria para santificarme. La sencillez y suavidad de su trato me enamoran. Su alegría inalterable, dulce y reposada creo que ya me ha contagiado del todo. Ya yo tenia fama de alegre y loquilla; pero la alegría que ahora siento es mayor y más íntima, aunque no tan ruidosa. Tenemos una hermana Serafina, que con sus virtudes y cualidades justifica su mismo nombre. Hasta es hermosa y rubia como uno de esos serafines que vemos en los cuadros de la Inmaculada. Pero todavía se parece mejor por el alma que por el cuerpo á aquellos espíritus bienaventurados. El amor que tiene á Jesús la lleva fuera de sí. Muchas veces la he visto correr como trastornada, y, exhalando tiernísimos ayes y suspiros, dirigirse inconsolable á la Madre Maestra de novicias. — ¿Pero qué tienes, hija mia, la ha dicho la Madre. — ¡Ay! ¡que no se amá á Jesús! ¡El Amor no es amado! suele exclamar con iguales suspiros y lamentos la hermosa niña. Y á la Madre le cuesta no poco el poderla consolar. Te aseguro, Lucila, que es un alma muy candorosa y buena. A mí me causa envidia tanta perfeccion.

«Poco más tengo por hoy que comunicarte. Yo no deseo otra cosa que vestir el santo hábito, lo cual creo que, Dios mediante, no va á tardar. El otro dia ví vestirlo á tres Hermanas. ¡Qué acto fué aquel tan tierno y encan-

tador! Hacia tiempo que de mis ojos no se habian desprendido tan dulces y suavísimas lágrimas como las que derramé entonces. Cuando consiga yo esta gracia, ya te lo participaré. Espero que me contarás, á tu vez, la ceremonia de tu profesion. Sé que nuestro amado padre no faltará á ese acto, por poco que sus achaques se lo permitan. Me ha dicho que tiene grandísimos deseos de ir.— ¡Y aún no te lo habia dicho! Todos los dias veo á nuestro buen padre, pues se ha venido á vivir cerca de nuestro colegio. Todas las mañanas viene á oír Misa en nuestra hermosa capilla. Aguarda á que pasemos todas las colegialas para poderme ver, y despues se sienta en su sitio de costumbre. Al pasar le beso yo la mano y le pregunto por su salud; con lo cual queda él tan satisfecho. Nunca le he visto tan piadoso como ahora. Despues de comulgar nosotras, le veo muchas veces acercarse á la sagrada Mesa. Él dice que nuestras funciones le agradan mucho, y que nunca saldria de nuestra capilla. ¡Pobrecito mio! La verdad es que nuestra capilla está muy hermosa y que nuestros ejercicios religiosos son encantadores. Mas la causa principal de ese cambio favorable yo creo que no es esa. Yo pienso y digo, aunque tú lo contradigas, que las oraciones continuas y fervorosas de su hija, religiosa carmelita, son los que atraen sobre el

alma de nuestro padre las bendiciones y gracias del cielo. Desde aquí veo la cara que me pones al decirte esto ; pero, por más que hagas , eso creo yo. Y otra cosa añadiré , y es: que á esas mismas oraciones me reconozco yo grandemente deudora. Su influjo bienhechor lo siento y lo palpo no pocas veces.

«Nada más , nada más. Hoy es jueves, y he querido aprovecharlo hablando contigo, Lucila mia. ¡ A Dios, hermanita de mi alma ! Te abraza en los Corazones de Jesús y su Teresa,

AMELIA.»

Esta carta muestra mejor que todo lo que yo pudiera decir los sentimientos del corazón de Amelia, al formar en las filas de la naciente y ya gloriosa «Compañía de santa Teresa de Jesús.»

Lo que en esta carta no cuenta la virtuosa jóven son las excelencias de sus virtudes y los subidos quilates de su perfeccion.

Las Superiores y Hermanas admiraban complacidas el tesoro de gracias y perfecciones que el Señor habia largamente depositado en el corazón de Amelia.

Su fervor y recogimiento en la oracion , su aplicacion y adelantos en el estudio, su habilidad y talento para toda clase de labores, su ingenio y disposicion para el dibujo y la música ; todo esto no podia por menos de llamar

la atención de las Superiores, y servir de edificación y ejemplo á las Hermanas.

Hasta en los ratos de esparcimiento y holgura, en que el corazón parece que se abre confiadamente y se muestra tal cual es en sí á los corazones amigos, Amelia solía derramar, á vueltas del más fino gracejo y buen humor, riquezas de discreción, de piedad y de buen gusto.

Habíase el mundo lamentado con hipócrita y necia compasión de la *desgraciada suerte* de Amelia, como se había lamentado antes de la de Lucila, y eso en el momento mismo en que empezaban á disfrutar ellas las delicias más íntimas y profundas.

Pero, pasadas algunas semanas, el mundo se había olvidado casi por completo de Amelia.

¡ Ah! Es que el pensamiento de las almas que abandonan al mundo debe ser harto molesto para los fieles seguidores de ese mismo mundo.

¿ Y para qué cargar con ese linaje de molestias, cuando tantas otras, causadas por sus aviesas aficiones, tienen que sufrir á pesar suyo?

¡ Tranquilizaos, pues, almas sublimes que aspiráis á la verdadera grandeza!

Corazones delicados y virginales que palpítáis al impulso de inefables amores, ¡ alegraos!

El desamor y olvido de ese mundo anatematizado por Jesucristo que vosotros vais á buscar en el fondo de vuestros sagrados asilos, no tardaréis en alcanzarlo.

Soberanamente egoista y amador de sí mismo, no recuerda ni ama el mundo sino aquello que puede dar pábulo á su placer y vanidad.

Cuando algun alma valerosa sabe ponerse fuera de su alcance y escapar á sus redes, el mundo se contenta con echar sobre ella un puñado de ceniza, último homenaje que se tributa á los muertos.

¡Alegraos y regocijaos por ello, almas privilegiadas!

Hay veces, sin embargo, en que el Señor permite que los corazones por Él escogidos sufran un supremo combate por parte del mundo.

Es la explosion postrera del despecho y la desesperacion.

Vais á ver un ejemplo.

XVII.

HA HECHO USTED TARDE.

Era la tarde de un domingo del mes de Octubre. La naturaleza respiraba esa tranquilidad y dulzura propias de la estacion, y que tan agradablemente impresionan á los corazones sensibles. Por razones especiales, el de Amelia se sentia inundado de inexplicable satisfaccion y de imponderable alegría. ¿Cómo no, si aquella misma mañana habíase verificado en la capilla del colegio la tan suspirada ceremonia de su vesticion? No hay que decir que su padre estuvo presente, y que derramó abundantes y tiernas lágrimas, como las derramaron las personas invitadas al acto. El rostro de Amelia, bañado como de superior claridad, daba bien á entender la profunda fruicion de su espíritu. La belleza juvenil de su cuerpo era idealizada por aquel rayo escapado de las profundidades de su alma.

Inesperadamente recibe Amelia aviso de que una visita la está esperando en el recibidor.

— Serán algunas amigas de las que esta

mañana han estado en la ceremonia, dijo ella.

— No, contestó la Madre Maestra de novicias que la acompañaba. Es un caballero joven, que tal vez sea primo de V.

— Sí, será fácil que Cárlos ó Julian vengan á dirigirme sus acostumbradas quejas.

Despues de algunos momentos, Amelia, precedida de la Madre Maestra, entraba en el recibidor.

Un jóven de porte distinguido se levantó de su asiento, saludando, con las maneras más finas y obsequiosas palabras, á la Madre y á Amelia.

Esta no pudo ocultar del todo un ligero movimiento de sorpresa y disgusto, que notó bien la Madre, al distinguir al jóven que la esperaba. Sin embargo, bastó un momento para serenarse, y díjole con la mayor naturalidad :

— No le creia á V. por estos mundos. ¿Quién habia de pensar en V.?

— Pues permítame V. que le diga que yo no la olvidaba. Si otra cosa pudo creer V., ¡cuán lejos está de ser cierto!

— Pues muchas gracias. ¿Y se halla usted bueno?

— Muy bueno, eso sí; aunque disgustado de todo, Amelia.

— ¿Si? ¿Triste se halla V.? ¡Tan alegre que una vive en esta casa!

— ¡Oh, sí! Debe ser bello vivir aquí con tan buenas y distinguidas señoras por una temporada, agregó Rafael dirigiéndose galantemente á la Madre, que á su vez se sonrió bondadosamente, agradeciendo la atencion.

— ¿Por una temporada, ha dicho V.? repuso vivamente la jóven. ¡Cuán triste seria eso para mí! No, no, sino por toda la vida.

— ¡Perdon, Amelia; mil veces perdon! exclamó aquí con enternecimiento Rafael. Celoso, injustamente celoso de V., escribí aquella carta funesta. Hace tiempo que deploro con todo mi corazon aquel acto. Si es verdad que falté, no lo es menos que mi expiacion ha sido terrible. Bien merezco su perdon de usted. ¿No es verdad, Amelia, que V. me perdona?

— Por mi parte, repuso la jóven, nada tengo que perdonarle á V. A Dios sí que todos debemos pedirle perdon de nuestros pecados. Por lo demás, puedo asegurar á V. que debo estarle y le estoy sumamente agradecida.

— ¡Agradecida! ¡Solamente agradecida! exclamó tristemente Rafael. ¿Y nuestros proyectos?

— Amigo, ha hecho V. tarde, dijo risueñamente Amelia. Le ha tomado á V. otro la lantera.

La Madre no pudo contener aquí una ligera

sonrisa. Pero no así Rafael, cuyo semblante palideció visiblemente.

—¿Y quién es ese otro? preguntó resueltamente el jóven.

—¿No lo sabe V. aún? Pues es Dios. A sólo Dios pertenezco irrevocablemente. ¿No me ve V. ya vestida con la librea de sus esposas?

—Pero esto no puede ser, exclamó apasionadamente Rafael. V. no ha hecho aún los votos. Hay un corazon...

En este momento se interrumpió el jóven, al oír el apresurado toque de una campana del interior del colegio.

Aprovechando esta pausa, Amelia dijo con dignidad:

—Dándole á V. una prueba de franqueza, que V. sabrá agradecer, voy á decirle á V. una sola palabra, ya que atenciones perentorias nos impiden permanecer aquí por más tiempo.

—Diga V., Amelia, contestó el jóven.

—Pues ha de saber V. que la felicidad, que no se halla en este mundo sino haciendo la voluntad de Dios, aquí la he encontrado yo, por la divina misericordia. Haga el Señor que estas mis palabras le hagan á V. tanto bien como me lo han hecho las escritas por V., pues de ellas se valió el Señor para desaficionarme de los bienes del mundo, y buscar la felicidad en donde solamente se halla.

Al pronunciar solemnemente estas palabras, la Madre Maestra y Amelia levantáronse de sus asientos. La jóven, saludando cortésmente con una inclinacion de cabeza, se salió del recibidor.

Asombrado y sin palabra, Rafael miró tristemente cómo se alejaba aquella á quien acaso en aquellos momentos amaba más que nunca, y que sin embargo desaparecia de sus ojos para no volverla á ver.

Entre tanto, Amelia, al pasar por delante de la capilla interior, fuése instintivamente á postrarse á las plantas del Señor, oculto en el Sagrario, prorumpiendo en estas palabras, que eran espontáneo brote de su corazon: «¡Tuya, tuya para siempre, Dios mio de mi corazon! Porque Tú eres el único Rey y Señor de mi corazon y el único amado y esposo de mi alma.»

La Madre Maestra quedóse en el recibidor unos momentos para despedir al apesadumbrado jóven, el cual, rompiendo su profundo silencio, dirigió á la Madre estas palabras:

—¿Ninguna esperanza me queda, señora mia?

—¡Oh, sí! contestó bondadosamente la Madre. V. es muy jóven, y la juventud es rica de esperanzas. Son muchos los caminos que conducen á Dios. ¡Este Señor es tan misericordioso! ¿Por qué no ha de serlo con V.? No

olvide V. aquellas palabras de la Hermana Amelia: «La felicidad no se halla en este mundo sino haciendo la voluntad de Dios.»

Después de estas palabras y tras el despido de costumbre, Rafael abandonó el colegio de la «Compañía de santa Teresa.»

XVIII.

EPÍLOGO.

.
.
Algunos años hace que pasaron los sencillos sucesos que acabamos de contar.

Como podría ser que nuestros lectores hubiesen hallado algún interés en ellos, y hasta no sería extraño que se hubiesen aficionado á las personas con quienes han trabado conocimiento, vamos á comunicarles las últimas noticias que hemos podido recoger relativas á aquellas personas.

Tenemos el disgusto de decirles que D. José murió hace algún tiempo en los brazos de su hija Amelia, la cual no se apartó un momento de la cabecera del enfermo, durante su breve

enfermedad. Su muerte fué edificante y preciosa á los ojos del Señor.

Escasas son las noticias que tenemos de Rafael, desde que de España salió para América á defender la madre patria. Créese, con algún fundamento, que defendiendo á ésta, sucumbió gloriosamente en el campo del honor.

De Lucila, de la santa y dulcísima Lucila, podemos asegurar que hizo su profesion religiosa en el convento de Religiosas Carmelitas de la ciudad castellana, en donde sigue muy buena y siendo la edificacion, el encanto y la gloria de aquel claustro fundado por santa Teresa. Segun recientes noticias, por más que su humildad lo resista, no tardará en tener que aceptar el cargo de Priora de la Comunidad.

Amelia, finalmente, hace tiempo que se halla al frente de un colegio que la «Compañía de santa Teresa» estableció en una poblacion muy importante. Como quiera que en ella haya dejado sentir el protestantismo su maligna influencia, y cuente allí con bastantes sectarios, ha tenido Amelia que sostener luchas terribles contra el infierno, al cual ha arrebatado no pocas almas, reportando los más señalados triunfos. Todos cuantos la conocen dicen que Amelia es una verdadera copia de santa Teresa de Jesús.

BEATRIZ





BEATRIZ



(Dedicado á las animosas jóvenes católicas que formaron y formen parte de las peregrinaciones teresianas).

HACE mucho, muchísimo tiempo que deseaba yo escribir... cualquier cosa, cuyo título fuera nada menos que el primer nombre que acabo de trazar en letras gruesas al frente de este papel, y que vosotras, afortunadas jóvenes, acabais de leer, si nó me equivoco, con cierta curiosidad.

He notado muchas veces que ese nombre parecía querer desprenderse de la punta de mi pluma, y yo no sé por qué motivo no he sabido hasta ahora escribir una tras otra las

letras que forman este melodioso nombre:—
Beatriz.

Y ahora, sin que tampoco sepa yo por qué, se me ha venido también á la mismísima punta de la pluma; y con la primera gota de tinta que he cogido, procurando hacer la más bonita letra que yo sé hacer, he escrito, no sin cierta detenida complacencia: *Beatriz*.

Pues ya no vuelvo atrás. De *Beatriz* quiero hablaros en estas páginas, ya que Dios así lo quiere, contándoos bajo la inspiración de este nombre, no algún imaginado cuento, ni siquiera alguna leyenda peregrina, aunque encerrada en los límites de lo verosímil, sino toda una historia real y verdadera, pero, eso sí, teresiana por sus cuatro costados; historia que, por lo bella, graciosa, fresca, pura y espiritual, bien merece ser contada y oída en una tarde del estío, al umbral de una casita blanca sombreada por pomposa parra, ó bien á orillas de la mar en calma, ó si no viajando en el ferrocarril por las tierras de Castilla.

Y la dedico especialmente á vosotras, hijas mimadas de la gran Teresa, porque... ¿sabeis por qué?... porque yendo á visitar en devota peregrinación los hermosos sitios donde vivió vuestra santa Madre, acaso os haga no poco bien el recuerdo de un alma encantadora, que pasó también por esos mismos sitios, y no os sea desagradable, antes por demás entreteni-

da y deliciosa, la compañía de la discreta, gentil y alegre Beatriz.

Cuando en el coche os canseis de rezar y de cantar y de hablar (si es que de esto último os canseis alguna vez), sacad las *Historietas* de vuestra maleta, y leed, pensando en Beatriz, estas breves y ligeras páginas que os dedico.

I.

¿No sabeis quién era Beatriz?

Era la niña más graciosa, más linda, más decidora y alegre que os podais imaginar.

Yo pecaria de prolijo si os contase por menudo todas y cada una de las gracias con que el Señor quiso adornar á esta deliciosa criatura.

Tez de nieve y rosa, ojos habladores, frente despejada, boca hecha expresamente para sonreir, fina y abundante cabellera, airoso continente, imaginacion traviesa, corazón har-to sensible...

Héos aquí las principales líneas de su fisonomía. ¿No es verdad que ya vais simpatizando con Beatriz?

Pero callad. Olvidábaseme su gracia principal.

¿Sabeis vosotras cuál era el mejor hechizo de esta niña encantadora? ¿No lo adivinais?

Pues mirad, os lo diré yo: su gracia principal consistia en ser sobrinita de santa Teresa de Jesús.

Pero ¡qué sobrinita, válgame Dios!

Como la amaba su santa Tia más aún que á las niñas de sus ojos, queria verla siempre consigo, y hasta en sus viajes se la llevaba en su compañía.

¡Ay qué gusto (¿no es verdad, teresianas?) viajar en compañía de Teresa, la gloriosa Tia de Beatriz!

Y si no, escuchad.

Iba un dia santa Teresa desde Ávila á Salamanca en compañía de su hermana D.^a Juana de Ahumada, madre de la niña Beatriz, que tambien iba con ellas.

Como buenas y cariñosas hijas que eran, Teresa y Juana dialogaban por el camino, tratando de las virtudes y prendas naturales de su difunta madre. Teresa, la amada de nuestro corazon, decia discretamente:

—Fué nuestra madre muy hermosa y la quisieron mucho en Ávila.

—Cierto que era así, contestó Juana.

—He oido decir, agregó Teresa, que se hicieron muchas fiestas cuando casó.

—Harto lo merecia ella, repuso Juana cariñosamente.

Y luego, posando la casta luz de sus claros ojos en el rostro encantador de su queridita Beatriz, la Santa hubo de añadir :

— Esta se le parece mucho á su abuela.

Oyendo D.^a Juana celebrarse de esta suerte la gracia y hermosura de su hija, así como la de su madre y la suya propia, se sonrió plácidamente, por única respuesta.

¿Qué corazón habrá que no perdone esta sonrisa á la madre de Beatriz ?

Pero Teresa, que, al mirar á Beatriz, ha sondeado con su mirada los senos de su corazón, en donde pueden brotar sentimientos de vanidad, dícele á la niña con una gracia inimitable :

— ¿ Oís ? No penseis por eso que sois hermosa ; que negros hay que se parecen á los blancos.

¡ Palabras discretísimas ! ¡ Donosa observacion, que sólo se le ocurre á Teresa !

Por una parte dedica una delicada flor á la memoria de su buena madre, y por otra le dice : ¡ *Tate, niña !* á Beatriz.

Mas no puede menos de confesarse que la gracia y el encanto anidábanse en el cuerpo y en el espíritu de esta preciosa niña.

Su inocente jovialidad y sus chistosas ocurrencias arrancaban, no pocas veces, sonrisas de placer y de ternura á los labios de su santa Tia.

Era aún Beatriz niña de pecho cuando su hermanito Gonzalo, que á la sazón almorzaba, se entretenía poniéndole pasas en la boca, con las cuales casi se hubiera ahogado si su madre no se las hubiese sacado al advertir el peligro.

Acordándose despues de este caso, y queriendo manifestar su decidida aficion á estas y otras golosinas, solía decir la salerosa niña :

— Como desde tan niña me mataban las pasas, ahora me muelo por ellas.

Pero si por las pasas y dulces se desvivía, no tenían para ella menos sabor y dulzura la música y los cantares.

¡ Con qué amable gracia la hubiérais visto empuñar á las veces el arpa melodiosa ! ¡ Con cuánto hechizo hubiérais observado como sus ágiles y sonrosados dedos arrancaban de las cuerdas las más suaves y deliciosas cadencias !

Pero cuando los trinos de su voz fresca y virginal venían á confundirse en el espacio con los armónicos sonidos del arpa, ¡ oh ! entonces vuestros corazones se hubieran sentido inundados de placer, y vuestras almas hubiéranse elevado á regiones etéreas, en alas de aquellas celestiales armonías.

Su madre, viéndola, en cierta ocasión, rodeada de arpa, vihuela y otros instrumen-

tos músicos, díjola sonriendo, con mucha verdad:

— Parece, Beatriz, que habeis recogido los despojos de la guerra de Portugal.

Así se deslizaban los primeros años de Beatriz, semejantes á las transparentes ondas de arroyo bullidor que pasa exhalando regalado murmurio por entre orillas esmaltadas de olorosas flores, y es acariciado con música de pájaros y lisonjeado por ligeras mariposas de cambiantes de oro.

Mas Teresa de Jesús, que no perdía de vista á su sobrinita, mecida por las perfumadas auras de tan regalada vida; Teresa de Jesús ha creído que llegó el momento oportuno de pronunciar una palabra, palabra que levante un eco perdurable en los senos del corazón de la niña.

De regreso de Salamanca entra la Santa á visitar á la condesa de Monterey, que á la sazón estaba enferma, la abraza con entrañable afecto, y le devuelve la salud con este abrazo.

Al volver la Santa al coche y al ir á sentarse junto á Beatriz, dícele á ésta, con el más cariñoso mimo:

— Ponte, hija, al otro lado, que he tomado las manos de la enferma, y no quiero se te pegue el mal, *que es menester que vivas y seas monja.*

II.

Pero todavía no os he dicho, amables lectoras mías, que la niña interesante y bella, con quien vosotras vais intimando, era hija de Alba de Tormes.

¡Alba de Tormes! ¡ Hermosa palabra!

¡ Cuántas veces, oh hijas de Teresa, la habréis pronunciado entre sueños!

¿ Y habeis visto alguna vez á Alba de Tormes?

Pero yo no quiero, no debo describíros la en estos momentos. La vais á ver muy pronto. El tren del ferrocarril parece comprender vuestros deseos, llevándoos con suma velocidad á su regazo. Luego, sí, luego tocaréis el dichoso término de la peregrinacion tere-siana.

¿ Qué más? Vuestra imaginacion os la está ya pintando con los colores más vivos, y es vuestro amor el que presta animacion y vida al cuadro, bañado con las celestes claridades con que sabe idealizarlo vuestra esperanza.

Cuando os halleis en Alba paseando por la orilla del Tormes, donde está edificada la po-

blacion, tended vuestras miradas por la izquierda mano, fijándolas en la orilla opuesta, y veréis cómo, ceñido de menuda yerba, corre un sendero protegido por una hilera de graciosos álamos.

Pues por allí andaba Beatriz con su madre, una hermosa tarde de verano, llevando las dos una conversacion tan íntima como sabrosa y entretenida.

Amaba D.^a Juana entrañablemente á Beatriz, y su amor de madre complacíase en bordar con flores y perlas el porvenir de su hija.

¡Qué suavemente sonaban á los oidos de Beatriz el blando murmullo de las ondas del rio y los suspiros de las juguetonas brisas de la tarde!

Pero más dulces y regaladas todavía eran para su corazon amoroso las palabras de la madre.

Casi sin advertirlo llegaron al puente de piedra que hay á la entrada de la poblacion, y estaba anocheciendo cuando penetraron en su casa.

Allí hacia rato que les estaba esperando Teresa de Jesús, la tia de Beatriz.

Allí estaba Teresa, que conociendo cuán sutiles y blandas eran las redes que iban prendiendo el corazon de su sobrina; queria poco á poco, pero por una manera suave y de-

licada, libertarla de aquella dulce y amada esclavitud.

Era el amor á sus padres el que impedía á Beatriz abrazar la Religión, y pensó Teresa que podría acompañarse de su sobrina al ir á la fundacion de Búrgos, separándola así de su familia.

— Ea, le dijo, vén, hija, conmigo, y serás primero fundadora de Descalzas que Descalza.

— Pero, Tia, le contestó Beatriz; ¿ahora he de dejar por tanto tiempo á mis padres?

— Déjate de melindres, repuso Teresa. Bien puedes venir, que de aquí á un año ya estarás de vuelta en Alba.

— ¿Y con qué traje estaré yo de aquí á un año? replicó temerosa Beatriz, que aún no habia olvidado aquella palabra tremenda que oyera de labios de su Tia.

— Con el traje que ahora tienes, — respondió Teresa tranquilizando á la niña.

Consolada quedó Beatriz con estas palabras de su santa Tia. Pero todavía excogitó pretextos para no dejar á Alba, diciendo:

— Bueno, iré; pero juzgarán que fui á Búrgos á tomar el hábito, y que mudé de dictámen, ó me arrepentí de ser monja, y me volví de seglar á mi casa!

Pero santa Teresa, que sabia bien cómo debia contestarse á estos últimos recursos de

un corazón débil que resiste á la virtud , respondió con alguna severidad :

— Anda , que eres bachillera.

III.

En Ávila, celebrada ciudad de los apuestos y gentiles caballeros, y asiento de la más distinguida nobleza, es conocida Beatriz por una de las más discretas y hermosas doncellas que alegran aquella aristocrática sociedad.

Allí la ha hecho venir su santa Tia, para que sea instruida y educada cual conviene á su clase, y, sobre todo, para separarla del excesivo mimo de sus padres.

Mas no creais que, viviendo en Ávila, trate Beatriz de abandonar el camino que, sembrado de flores, se ofrece á sus plantas, tentador como nunca.

Todo al contrario. En lo que primero pensó, al decirle su Tia que convenia fuése á Ávila, fué en las galas que allí habia de traer, y de que, segun ella, carecia.

— Calla, hija, díjole Teresa, que muy lindas galas tienes, y de terciopelo; y yo enviaré algo de Búrgos.

Vestidos, músicas, bailes, reuniones, paseos, placeres... hé aquí lo que absorbe toda la atención de la gentil doncella, lisonjeada por todo cuanto de más seductor puede halagar el corazón de una joven.

Los jóvenes celebran sus encantos, las doncellas envidian en silencio sus fáciles triunfos, sus parientes no cesan de halagar sus inclinaciones, y todo el mundo parece se ha conjurado en perderla, proclamando las buenas partes y excelentes habilidades que adornan su cuerpo y su espíritu.

En los salones donde se reúne la juventud más noble y distinguida de la ciudad, Beatriz es la que brilla siempre por su talento. Ella es la que dispone siempre de palabras más graciosas y de frases más felices; la que tiene siempre á mano réplicas las más agudas y chistes más delicados, y la que, finalmente, se halla dotada de más sabrosa conversación.

Si sus dedos recorren las cuerdas del arpa, hace estremecer de placer y encanto los corazones, y cuando canta, todos los ojos se humedecen con lágrimas deliciosas.

¿Quién no conoce en Avila á la encantadora Beatriz de Ahumada?

Su santa Tía quería sustraerla al excesivo amor que le profesaban sus padres; mas ¡ay!

que otros vanos amores han venido por ventura á ocupar el corazon de la niña!

Verdad es que muchas veces, al retirarse á su casa, hallándose en el silencio de su aposento, cuando vasa en sus oidos apagando el eco halagador de aquellas palabras que lisonjearon tanto su vanidad, entonces, digo, sin ella quererlo, vienen á su memoria aquellas palabras de su santa Tia: *Es menester que vivas y seas monja.*

Pero esta voz interior la mortifica, y procura ahogarla con el ruido de las vanidades y placeres á que se abandona con el aturdimiento de una pintada mariposa que pasa sin descansar de una en otra liviana flor, sin advertir que luego yacerá convertida en polvo tan liviana beldad y efímera hermosura.

Galas, más galas pide á su Tia desde Avila la divertida doncella, á quien la Santa quiso dar esta severa y merecida respuesta: — Bien se ve cuán diferentes son los cuidados de vuestra merced de los que yo tengo, y el no haber enviado nada, sepa que no he podido.

IV.

Santa Teresa de Jesús habia muerto en Alba... ¿qué digo yo?... habia empezado á vivir en los eternos tabernáculos.

Su cuerpo incorrupto, y exhalando suavísima fragancia, yacia en el hermoso sepulcro que vosotras, afortunadas peregrinas, vais á visitar.

Como vosotras quiso tambien visitarlo y verlo de cerca, autorizada con un breve del Papa, la señora duquesa D.^a María de Toledo, á quien acompañaba Beatriz.

Las Religiosas se esmeraron en obsequiar y atender cuanto pudieron á ésta por ser sobrina de la Santa. Pero andaba ella con mucho cuidado de no intimar demasiado con las Religiosas, temiendo ser vencida por ellas.

Mas esta victoria no estaba reservada á las Religiosas.

Sucedió que estando Beatriz en el convento, tuvo dos noches un mismo sueño.

Soñaba que se hallaba cerquita del sepulcro de su santa Tia, y que ella, estando de pié en

el mismo sepulcro, la alentaba y persuadía con eficaces razones á ser monja.

— Pero, Tia mia, le contestaba Beatriz en su ensueño, ¿cómo he de ser yo monja, pues estaré siempre muy triste?

— Yo te aseguro que estarás alegre, contestóle la Santa.

Y despues de decirle estas palabras volvióse á echar en el sepulcro.

Estas palabras de su santa Tia no cesaban de sonar continuamente á los oidos de Beatriz, y era en vano que tratase de no oirlas.

Presas de interiores y encontrados sentimientos, su corazon experimentaba un extraño desasosiego que le impedia descansar.

Su agitacion era tan extremada, que su vida más le parecia una muerte continuada.

Asomándose en cierta ocasion á una ventana, desde donde veia que llevaban á ahorcar á un facineroso, exclamó: «Dichoso tú que mueres de una vez, y no yo que he morir mientras viviere.»

Es que luchaba con su santa Tia, y la lucha era desigual. La más débil debía sucumbir.

Sucumbió Beatriz, pero sucumbió consiguiendo la victoria más insigne y gloriosa contra los numerosos y prepotentes enemigos de su alma.

Preguntad, jóvenes católicas, preguntad á

las Religiosas de Alba quién era Beatriz de Jesús, que así se llamó en el claustro.

Y ellas, con aquella suavidad y discrecion del todo suyas, os dirán que sor Beatriz de Jesús fué una Religiosa sumamente espiritual y perfecta, como escribe el obispo don Juan de Palafox; que encontró en aquel mismo convento un rio inagotable de purísimas delicias que inundó los senos de su corazon; que allí supo hallar la profunda paz del alma, la inefable alegría y contentamiento del espíritu, y finalmente, la plenitud de todos los bienes en la posesion del amor de Jesús.

Cuenta su historiador que así que la Madre Beatriz de Jesús hubo espirado, aparecióse su alma, ceñida de un vivo resplandor de gloria, á su íntima amiga María de Jesús, á quien dirigió estas palabras: *¡ Oh feliz penitencia! ¡ Oh dichosa Descalcez que tanta gloria acarreas!*

.
Estas últimas palabras deberian ser la más preciosa y elocuente conclusion de esta sencilla historieta, si no me ocurriese haceros, por via de despido, una advertencia, sobre todo á vosotras, jóvenes católicas, que vais á visitar el corazon y cuerpo de la santa y gloriosa Tia de Beatriz, y tambien Madre vuestra.

Mirad; cuando estéis cerquita del corazon

ó del cuerpo de la Santa, entrando dentro de vosotras mismas, no dejéis de escuchar, allá en lo más adentro de vuestro corazón, las palabras que os dirá vuestra Madre. Yo estoy seguro que os dirá algo que hace tiempo os tiene guardado para ese día, aunque os lo dirá con una voz del todo interior y secretísima que nadie oirá sino vuestra alma. No temáis oírla, como temía Beatriz, y sobre todo practicad lo que vuestra Madre os diga; y no lo dudeis, seréis felices y venturosas como lo fué Beatriz.



CONCEPCION





CONCEPCION

I.

Y ERA en verdad digna de ese nombre la niña teresiana así llamada, que al caer de la tarde se dirigia uno y otro dia al altar de la Vírgen inmaculada, para desahogar allí su corazon virginal en aspiraciones sublimes y anhelos infinitos.

—¿Cuándo, Madre mia, decia la niña, cuándo me será dado levantar el vuelo hasta las alturas por que yo suspiro?

¿Cuándo será que el lodo de la tierra no pueda, ni siquiera con su hálito de muerte, afean las alas de mi espíritu?

¿Cuándo podrá sumergirse mi alma en el mar sin fondo ni ribera de las limpias y transparentes aguas de tu inefable pureza?

¿Cuándo llegará el día en que mi espíritu, lejos de esas fúnebres sombras que envuelven al mundo, podrá perderse y confundirse en las lumbres suavísimas que irradia el sol límpido de tu virginidad?

¿Y cuándo, Madre mia, podré sobre mi corazón hallar impreso el sello inviolable de tu amor castísimo y virginal?

Bien lo sabes, Madre mia, continuaba Concepcion, no apartando las miradas de una hermosísima imagen de María que era alumbrada vagamente por una lámpara solitaria; bien sabes que la vida del mundo es una vida muy triste para mí, ¡muy triste, Madre mia!

Bien sabes que á otra vida aspiro sin cesar; Tú que entiendes la voz de mis continuos gemidos.

Bien sabes que no es mi aire este aire que penosamente respiro, y en cuyas turbias y corrompidas oleadas siento que mi corazón se ahoga.

Bien sabes que no es la del mundo, sino otra muy diferente, la luz que yo busco; luz bendita que esclarece las profundidades del alma; luz indeficiente que alegra, por manera suavísima, los senos del corazón.

Bien sabes que las alegrías del mundo tie-

nen la amargura del ajeno y de la hiel para mí, y que todos sus devaneos hieren dolorosamente las más delicadas fibras de mi pecho.

Muy bien sabes todo esto, Madre mia, porque de otra cosa no acierta á hablarte mi alma á cada momento.

Que me vista de galas, me dicen mis amigas, ellas ¡ pobrecitas! que no saben aún que adornarme no quiero sino con esas galas que tan hermosa te hicieron á Tí, Inmaculada María.

Mis amigas me preguntan que por qué no me divierto, como ellas se divierten, y por qué la risa se ha secado en mis labios, y sólo profundos suspiros levantan mi pecho.

¿Cómo puedo alegrarme y reirme, Madre mia, cuando todavía ando por país enemigo; cercada de tantos lazos, asediada por tantos enemigos, y expuesta á tantos peligros como hay en el siglo?

¿Cuándo podré descansar á la sombra apacible de Aquel á quien ama mi alma, protegida con el velo de candores que cariñosamente tiendes sobre tus hijas predilectas, oh Virgen inmaculada?—

Así gemia lánguidamente el corazón de la hermosa niña, cuando de repente las silenciosas bóvedas del templo se llenaron de puras y acompasadas voces que celebraban las glorias de la Inmaculada.

Al prorumpir en jubiloso cántico las Religiosas, hijas predilectas de María, Concepcion no supo contener en su pecho palpitante un prolongado y tiernísimo suspiro.

II.

La lámpara solitaria que vagamente alumbraba la hermosísima imagen de María, ya no arrojaba sobre el pavimento del altar la sombra de la joven doncella, de aquella niña teresiana que, al caer de la tarde, allí uno y otro día se dirigia, para desahogar su corazon virginal en aspiraciones sublimes y anhelos infinitos.

¿Qué habia sido de ella?

Yo que habia podido recoger las aspiraciones más íntimas de su alma; yo que tuve el consuelo de poder traducir los suspiros de su pecho, y de descifrar las palpitaciones de su corazon, ¿será extraño que desease saber el destino de aquella alma, nacida para morar lejos de las habitaciones de los hombres?

Era una mañana de Diciembre, hermosa sobre toda ponderacion para las almas que creen, cuando hube de penetrar en el templo de la Inmaculada, engalanado entonces como en las mayores solemnidades.

Nunca un cuadro más rico de belleza, de esa belleza superior que cautiva lo más elevado del alma, se había ofrecido delante de mis ojos.

¿Qué extraño?

Era el día, hermoso entre los hermosos días, de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, y aquel era su templo, y allí estaba su altar, y aquellas eran sus hijas.

Sí, eran las Religiosas, las tiernísimas amadoras de la Virgen sin mancilla, las que, á través de las espesas celosías del coro, elevaban á su celestial Patrona cánticos alegres por su triunfo incomparable.

Aquellas voces tan puras, tan frescas y sonoras, tenían yo no sé qué linaje de magnetismo que penetraba todos los corazones, derramando en ellos las dulzuras del amor á María.

Yo comprendía bien aquellos regocijados acentos que, expresados en un idioma sagrado y envueltos en copiosos torrentes de armonía que arrojaba el órgano por sus cien bocas, hacían la apoteosis de una mujer casi divina.

«Vén, vén del Líbano, decía el cántico (1);

(1) Todas las frases entre comillas son del rezo eclesiástico de este día.

vén, Esposa mia, y serás coronada con la espléndida diadema de todas las gracias.

«Blanca y radiante como la nieve que corona las cumbres del Líbano, es Aquella que entre todas ha elegido mi corazón.

«Semejan sus labios un rubio y delicado panal destilando miel.

«Rios de leche y de miel corren por debajo de su lengua.»

Y el órgano, que con los tonos más blandos y suaves habia acompañado las últimas estrofas, como si de repente se sintiese presa de una exaltacion sublime, lanzaba gritos de entusiasmo, exclamaciones de inmenso júbilo, al repetir las cantoras estas palabras :

«Vén, vén del Líbano, Esposa mia, y serás coronada con la espléndida diadema de todas las gracias.»

Y luego, suavizando otra vez el órgano sus armonías, que no parecian sino el blando rumor de las olas de un mar tranquilo, cuando pasan besando las finas arenas de la playa, una voz sola, que parecia caer de las etéreas claridades, decia así :

«Ni la más leve sombra hay en su hermosura virginal.

«Ella es límpido candor de la luz eterna, y espejo purísimo que empañar no pudo el más ligero soplo.

«Es mucho más bella que el luminar del

dia, y es su pureza mayor que la pureza de la luz.»

Y un coro de voces, á quien el órgano, con sus más poderosas armonías, daba las proporciones de todo un pueblo que aplaude con delirio, repetía estas palabras, como si en ellas encontrase nuevo alimento su entusiasmo :

«Ella es límpido candor de la luz eterna, y espejo purísimo que empañar no pudo el más ligero soplo.»

Nubes de vaporoso incienso y de fragante mirra subían, entre tanto, girando en graciosos círculos, allá en frente del altar, donde, alumbrada con ricos candelabros de oro, resplandecía como nunca la celestial Hermosura que aquellos cánticos celebraban.

Y hácia allí se dirigían también todas las almas, arrebatadas por aquellos cánticos, y envueltas en aquellos torrentes de armonía con que el órgano parecía desquitarse, aquella mañana, de penoso y prolongado silencio.

— ¿Has oído cómo cantaba sor Concepcion? preguntaba, al concluirse la fiesta, una muchacha á su amiga.

Al oír este nombre, yo presté la más profunda atención, y oí que respondió la interpelada :

— Sí; pero qué, ¿sor Concepcion no toca el órgano?

—Toca el órgano y canta á la vez, contestó aquella.

— ¡Aquello es un ángel! Ya lo decia yo... Todo lo han hallado estas Religiosas en sor Concepcion. Nunca como hoy se ha celebrado tan magníficamente la fiesta de la Inmaculada.

III.

Las palabras que, al salir del templo de la Inmaculada, oí de labios de aquellas muchachas, me revelaron el destino de Concepcion.

Los más vivos deseos de su corazón, las aspiraciones más ardientes de su alma estaban ya satisfechos.

De su pecho ya no se exhalaban suspiros melancólicos como los que un día y otro día pudiéronse oír junto al ara de la Virgen.

Sólo palabras del más férvido entusiasmo brotaban de sus labios, y no pudiendo con ellas expresar aún la plenitud de placer y de dicha que llenaba su alma, demandaba al órgano el majestuoso raudal de sus magníficas armonías.

Por eso, al levantar himnos de gloria al más alto y señalado triunfo de su Patrona, al ce-

lebrar la más insigne victoria alcanzada por aquella casi divina Mujer, la niña celebraba también su misma victoria: ¡la victoria de su espíritu sobre las pasiones del siglo!

¿Qué extraño que la devota muchedumbre de fieles que llenaba el bendito templo, se sintiese como subyugada por una impresión tan dulce como poderosa, si eran los sentimientos de júbilo y de entusiasmo desbordados del corazón, los que fluían y palpitaban en aquellas voces y armonías?

En esto estaba yo pensando, cuando al llegar á mi casa, y al abrir un periódico literario de la localidad, encontré lo siguiente:

«El día 25 de este mes, por la mañanita, se verificó en el convento de Religiosas... de esta ciudad, la tierna ceremonia de vestir el hábito á la que en el siglo se llamaba señorita D.^a Concepcion... Asistieron al acto, además de la familia de la expresada señorita, una numerosa y escogida concurrencia, sobre todo de señoritas de lo más distinguido de nuestra sociedad.

«El espectáculo interesante y conmovedor de una jóven que abandona el siglo en la flor de sus años, siendo tan bella como distinguida y elegante, y estando además adornada de muy raras cualidades de talento y de carácter, brillantadas por las cristianas virtudes que atesora su alma; este espectáculo, decimos,

no podia menos de hacer profunda impresion en el ánimo de todas aquellas señoritas que, compañeras y amigas de la novicia, acudieron á la religiosa ceremonia.

«No habia ninguna persona de las allí presentes que no se sintiese enternecida y bañada en lágrimas, viendo cómo la bella y simpática jóven era despojada de sus espléndidos atavíos, para vestirse el tosco sayal de lana.

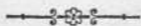
«Excelente pianista, dulce y delicada poetisa, cuyos versos hemos tenido la honra de insertar en las columnas de esta Revista más de una vez, la señorita D.^a Concepcion... ha resuelto consagrar á Dios los brillantes esplendores de su génio artístico, al consagrarle inviolablemente su persona.»

Despues de leer estos párrafos, solté de las manos la Revista, exclamando de lo más profundo de mi corazon, en nombre de Concepcion y en el mio:

¡ Bendita sea la Vírgen Inmaculada !



LA HERMANA DEL MILITAR





LA HERMANA DEL MILITAR

HACE algunas tardes que desde Tortosa me salí paseando al nuevo convento de Carmelitas Descalzas de Jesús.

Andando en compañía de un amigo por las frondosas y amenas orillas del Ebro, departíamos amigablemente acerca del movimiento teresiano que en todas partes se está observando.

— ¿No lo ves? me decia. Como persona que lo entiende bien, santa Teresa procura coger en sus amorosas redes á las doncellas españolas, y por su medio trata de inocular, y lo está ya verificando, su amor junto con el de Jesús en todas las clases de la sociedad.

— Si toda la sociedad estuviese bien penetrada de este espíritu teresiano, ¿crees que

no tendríamos mucho adelantado para nuestra regeneracion social?

— Claro está. Yo lo he dicho muchas veces. Supongamos que todas las jóvenes, españolas son teresianas; que todas cumplen con lo que prescribe el Reglamento de la Archicofradía, pero, sobre todo, son constantes y asiduas en hacer todos los dias su ratito de oracion: ¿no es verdad que el espíritu se dilata de consuelo al considerar los bienhechores resultados que con esto toda la sociedad reportaria?

— Pues á esto aspira la Archicofradía, y no debe darse por satisfecha hasta que esto llegue á conseguir, repuse yo.

— Y lo conseguirá, ¡ lo conseguirá! siendo este el empeño de aquella *Mujer* que ya cuando vivia no habia cosa que alcanzar no pudiese, exclamó mi teresiano amigo.

— ¡ Gran gloria para la Archicofradía seria esa! ¡ Ojalá podamos saludar bien pronto la aurora de ese glorioso dia!

— Pues no lo dudes, decia mi amigo: si algo hay de fuerte, de poderoso, de omnipotente en el mundo de las almas es la oracion; y si algo hay de fuerte, de poderoso, de omnipotente en el mundo de los cuerpos, es la *debilidad* de la mujer. Júntame ahora tú estas dos fuerzas, ó mejor, estas dos omnipotencias en una sola, y díme si hay nada imposible para la mujer que ora.

Hablando de esta suerte llegámos, casi sin advertirlo, á empalmar con el camino que, dejada la carretera, conduce inmediatamente al convento de las Carmelitas.

Yo he pasado muchas veces en coche por esa carretera, desde la cual se ve el convento, fundado hace poco; y siempre me ha agrada-do estudiar la clase de sentimientos que su vista despertaba en el alma de los viajeros.

Si éstos eran como debieran ser todos los españoles, dedicaban un recuerdo de simpatía y aprecio á las monjitas de santa Teresa; y sólo sentimientos de paz, de dulzura y de piedad cristiana venian á llenar todos los corazones, santamente impresionados por la vista de aquellas toscas paredes en donde viven los únicos ángeles que nos quedan en la tierra, viviendo la vida de los cielos.

Si los viajeros eran gente despreocupada, quiero decir preocupada con las más necias y torpes preocupaciones contra lo más venerable que hay en la tierra; entonces el recuerdo de las Religiosas de santa Teresa venia á ser para ellos un torcedor insufrible, del cual procuraban inútilmente librarse, ora lamentando con hipócrita compasion el retiro y apartamiento de las *pobres* monjas, ora maldiciendo de la vida ociosa y antisocial de tales mujeres.

Para los buenos, es la vista del nuevo convento motivo de consuelo y gérmen de senti-

mientos piadosos; para los otros no viene á ser otra cosa, en el fondo, que la voz del remordimiento y el grito de la conciencia, lanzados desde el abismo de la más vergonzosa de las servidumbres.

Mas tornando á lo que decia, llegámos cerca del convento, cuando, bajo el dintel de la puerta, vimos dos ó tres oficiales de tropa.

— ¿Qué será esto? nos dijimos. ¿Acaso pasará algo de nuevo?

Cuando hemos llegado cerca del edificio, hemos quedado gratamente sorprendidos al ver á un capitan que, metida la cabeza en el hueco del torno, estaba hablando con manifiesto agrado y vivo interés con las Religiosas.

—Vamos, se conoce que la cosa no lleva malicia, nos hemos dicho nosotros. Santa Teresa tenia hermanos militares, y bizarros militares, á quienes se complacia en escribir cartas tan cariñosas como edificantes. Acaso este capitan siente que su corazon se enternece y se mejora al recuerdo de una tia ó hermana Carmelita.

Y así era la verdad. Despues de algunos momentos, vimos al arrogante jóven recibir por el torno un paquetito de escapularios de Nuestra Señora del Cármen y de santa Teresa, que le hemos visto guardar cuidadosamente, no sin dar antes las más expresivas gracias

á las Religiosas, con frases las más corteses y finas.

Al salirse del convento se han dirigido á nosotros los militares para saludarnos, y el capitán, cuyo semblante revelaba bien claramente las suaves emociones de su alma, se ha complacido en contarnos cómo tiene una hermanita en las Carmelitas de Zaragoza, por quien acababa de preguntar á aquellas Religiosas, que la conocen y estiman no poco.

— ¡ Lo que decíamos antes ! ha observado mi compañero: hasta los militares tengo para mí que serán lo que deben ser, merced á la propagación del espíritu teresiano.

— ¿ Y quién lo duda ? he dicho yo. ¿ Acaso los militares no tienen madres, esposas, hermanas, sobrinas ? ...

Y entonces á mi amigo le he contado lo que no hace mucho tiempo nos pasó con un bizarro militar que tuvimos alojado en casa. Como este señor hubiese entrado en una sala donde, colgado de la pared, había un lienzo con la imágen de santa Teresa de Jesús, al levantar los ojos y ver la hechizadora belleza de la Santa, arrobada en amoroso éxtasis, fuera de sí por el asombro de su alma, exclamó :

— ¡ Hé aquí una cosa que me cautiva !

— ¿ De veras ? le dijimos sonriéndonos.

— Tan de veras, contestó, que no quiero

salir de esta casa sin llevarme conmigo esta imágen. Pienso en mi madrecita que se llamaba Teresa, y en mi esposa, y... Vamos, le repito á V. que no me voy sin ella.

— Pero es que nosotros la queremos tambien mucho.

— ¿Y qué importa? Díganme ustedes cuánto vale, y ustedes se harán con otra semejante.

— ¡Bravo, señor militar! Le felicito á usted por su devocion á la Santa, le dije yo.

— Pues ya lo creo. Y voy á probar esta devocion, que lo es de toda mi familia, haciendo venir aquí, aunque sea á toda mi compañía, para conquistar á viva fuerza esta preciosísima imágen. ¡ Lo contenta que iba á hacer á mi esposa!

Luego despues de desahogar de esta suerte su devocion á la encantadora Santa, quiso saber nuestro buen militar cuánto le costaria una imágen como la que teníamos, para encargarla en seguida. Afortunadamente teníamos algunas copias fotográficas de la misma imágen, con las cuales pudimos obsequiarle, y acceder en parte á sus deseos.

Mi amigo, á quien contaba este sucedido, manifestó regocijarse no poco con la entusiasta devocion del militar, y agradecido á mi relacion, no dudó en contarme otra que tiene el mismo sabor y que, por eso mismo, yo me

apresuro á comunicarla á mis queridos lectores.

Estando sentados en el banco de piedra adherido á la misma pared del convento, y respirando el fresco ambiente de la tarde, mi amigo empezó de esta manera:

— «Yo no diré su nombre, porque no es necesario; pero sí diré que acaba de venir de América, en donde ha luchado por la madre patria. Con esto comprenderás que me refiero también á un militar, tan bravo como virtuoso, en el día de hoy.

«Dicho militar tenia, en un convento de Carmelitas Descalzas de la Península, una hermanita á quien habia profesado siempre el más tierno cariño, y de quien era correspondido de la manera que saben hacerlo las hijas de santa Teresa.

«Mucho tiempo hacia que el militar nada sabia de su hermana la monja.

«—¿Acaso se habrá muerto? decia. No, no puede ser, porque me hubieran comunicado la triste nueva.

«Pasaron algunos días, y el militar tuvo un ensueño extraño.

«En medio de las vaporosas y fantásticas creaciones de su sueño, se destacaba una figura. La radiante blancura que la envolvía como una aureola de luz, atrajo poderosamente sus miradas.

«Él la contempló con arrobamiento, y su asombro subió de punto al ver que extendiendo con gracia y dignidad una mano, le llamó, diciendo: — Vén.

«Al despertar, á la mañana siguiente, dedicó sólo unos momentos al recuerdo de su ensueño de la noche, acabando por decir: ¡Caprichos del sueño!

«Pero á pocos dias tuvo otro ensueño, y la misma figura, el mismo resplandor, la misma actitud, la misma misteriosa palabra, vinieron á impresionar su corazon y su alma, de suerte que al recordarlo á la mañana siguiente, y pensando en ello por más tiempo, ya exclamó:— ¡Esto es muy extraño!

«Mas no acabó aquí todo. Otra noche se le apareció en sueños la misma vision. Sí, era ella, la misma que viera en otras noches, con su misma blancura, con el mismo soberrano atractivo, con la misma noble y distinguida actitud, con la misma melodiosa palabra.

«Entonces, al despertar, púsose el jóven oficial á pensar sériamente en lo que podria ser aquello.

«Y pensó que en la Península tenia una hermanita Religiosa, tan buena, tan pura y angelical como tierna y cariñosa.

«— ¡Si me estará llamando mi hermanita! se preguntó á sí mismo.

«Y entrando en el abismo de su conciencia, á la luz de los santos recuerdos y ejemplos de su amada Carmelita, descubrió allá dentro cosas que era preciso abandonar.

«—Sí, sí, me dice que venga, que vaya á la Península, que deje la América, exclamó el jóven militar. Tres veces me lo ha dicho. La voy á obedecer.

«Y dejando la América, ha llegado bueno y salvo á la Península, donde se halla al presente.

— «¿Y ha visto á su hermanita, la Religiosa Carmelita? pregunté á esta sazón á mi amigo.

— «No, no pudo ver á su hermanita al llegar á España, porque hacia poco tiempo que habia muerto. Pero el jóven militar, el hermano cariñoso quiso saber el dia que habia muerto. ¿Y sabes tú el dia que murió?... Pues fué el mismo en que por primera vez se le apareció en sueños aquella misteriosa figura, que sin duda no era otra que su hermanita, que desde el cielo velaba por la salvacion de su hermano.

«Hoy está éste en el buen camino, pronto á enlazarse con una jóven cristiana y digna, que tiene tambien á gran honra el llamarse hija de María Inmaculada y de Teresa de Jesús.»

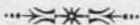
Así concluyó mi amigo. Yo le dí las gracias

pór la interesante relacion que me acababa de hacer.

Y tomando otra vez la orilla del Ebro regresámos á la ciudad, con el alma llena de las más santas y deliciosas impresiones.



LA ÚLTIMA Y LA PRIMERA





LA ÚLTIMA Y LA PRIMERA

I.

CERESITA, la casta y ruborosa jóven, la amada de todos por el bello candor de su alma, la amiga tierna y cariñosa, estaba triste, muy triste.

El Señor probaba con mano fuerte el corazón excesivamente delicado y sensible de la buena y amable jóven.

Lágrimas silenciosas, cuyo secreto á nadie le era permitido revelar, humedecían de vez en cuando sus azules y luminosas pupilas, que tenían la costumbre de dirigirse instintivamente á los cielos.

En su rostro, hermoso trasunto de una al-

ma todavía más hermosa, podíase adivinar la nube de melancolía que envolvía su corazón.

¿Pero qué rayo de luz ha pasado de repente por las profundidades de su alma, pues se ha visto su semblante iluminado de súbito con un alegre reflejo?

«Mañana es la fiesta de mi Santa,» ha pensado, y este solo pensamiento ha sido bastante para derramar suavidad indefinible en su corazón apenado.

¡Contempladla! Debajo de la altísima arca del templo, en donde hace días no resuena sino el nombre dulcísimo de Teresa; en frente al altar mayor, donde la imagen de la santa y graciosa Avilesa aparece enardecida de amor; en medio de luces y de flores; junto á la barandilla del presbiterio, allí está Teresita arrodillada.

En actitud humilde, de hinojos sobre la grada, y fijas, absortas, extáticas sus miradas en la bellísima imagen de su Patrona, no advierte que la función ya se ha acabado, que la gente se va saliendo, que sus compañeras se han ido, y que todo va quedando en silencio y á oscuras.

«¡Ay qué hermosa eres, amada mía!» dice ella, perfumando estas palabras con un suspiro, y quedando sumida otra vez en profunda meditación.

Pero de ella la saca el portero del templo,

quien acercándose á Teresita, única persona que allí quedaba, le dice : «Señorita, que se va á cerrar la puerta. — ¿Pero que no se podría dejarme quedar aquí, para hacer compañía á mi Santa?» dijo Teresita levantándose de la grada.

Mas el portero se sonrió por única respuesta, y agitó el manajo de llaves que llevaba.

Teresita era la última persona que se salió aquella noche del templo.

II.

¿ Hay nada imposible para quien ama de veras ?

Junto al altar de su celestial Patrona hubiera querido Teresita pasar la noche, embecida en amorosos deliquios.

Pero ¿ qué importa ? La pasará en el retiro de su cuarto, que ella ha convertido en capilla dedicada á su santa Patrona.

Sobre su mesita ha colocado un antiguo pero hermoso lienzo que figura á la Santa, abandonada á sus divinos transportes, al ser herida por el Serafin.

Ni faltan allí tampoco bonitos candeleros con algunos otros bellos adornos.

Pero, sobre todo, ha sacado de una cajita algunos objetos que, por la suma reverencia con que los ha tomado, bien se deja conocer que deberán ser muy preciosos para ella.

¡ Son reliquias de santa Teresa de Jesús !
¡ Tesoro de los tesoros para una hija de Teresa !

Allí hay un pedacito de la toca de la Santa, polvo de su sepulcro, una pequeña astilla de su almohada (que no era sino un tronco), un corazon de seda tocado en el mismo de santa Teresa, y alguna otra cosa más, tan preciosa como éstas.

Tarde, muy tarde era ya cuando Teresita hubo concluido de hacer allí sus devociones.

¡ Era aquello tan hermoso todo ! Rodeada de todos aquellos santos objetos, con el libro de las *Exclamaciones* de Teresa en la mano, en medio del silencio y la soledad de la noche que precedió al día del nacimiento de la Santa al cielo, aspirando una atmósfera tan agradable á su corazon, enamorado de su virginal Patrona, nada extraño fué que, sin advertirlo, se le hiciese tarde, de suerte que las doce ya no estaban lejos.

«Pues ya no quiero acostarme, se dijo á sí misma, sin dar antes los buenos dias á la Amada de mi corazon.»

Entretenida sabrosamente en los recuerdos de la Santa, pensando en la alegría que cau-

saría á los Angeles la vista de aquella alma, por tanto extremo encantadora, y dibujando con su imaginacion las deliciosas escenas que pasarían entre Jesús, María y José y Teresa al entrar en la gloria, le sorprendió la primera campanada de las doce.

Como movida de un resorte, se arrodilla Teresita, levanta las manos, fija sus miradas en la santa Imágen que tiene delante, y... Vosotros, corazones enamorados de Teresa, decidme todas las dulcísimas ternuras, y los santos desvaríos, y las efusiones entrañables á que os abandonais en vuestros coloquios con vuestra hermosa y celestial Amiga.

Porque á todos ellos se abandonó Teresita, con el angelical candor y la jovialidad inocente de una niña de ocho años.

Cogia una por una las reliquias que esparcidas estaban sobre la mesita, y, besándolas con la efusion más amorosa, les decia palabras que sólo el amor ha podido inventar.

— ¡Buenos dias, Amada mia! repetia en su santo delirio. Para Tí serán hoy todos mis besos, para Tí todos mis latidos, para Tí todo mi amor.

Y acercándose al antiguo lienzo donde brillaba con embeleso la sombra de su Amada, no se hartaba de darle, con sus actitudes tiernísimas, besos y abrazos que de fijo habían de

arrancar sonrisas innumerables de los graciosos labios de Teresa.

Largo rato duraron estas tan deliciosas expansiones del alma de Teresita, hasta que el sueño vino, con halago indefinible, á envolverla calladamente en sus suaves y apacibles velos.

Sentada en un sofá, en frente de su altari-
to, por más que se esforzase en sustraerse al
blando imperio del sueño, Teresita se quedó
dormida.

Y Teresita soñaba...

Empíreas visiones, bellezas inmaculadas,
acentos de indecible ternura, miradas de casto
é infinito amor, velos tejidos de rayos de luz,
coronas de blancas rosas y de albos lirios en-
tretejidas, nimbos de claridad limpísima,
rostros de beldad nunca soñada, palabras de
un sabor y una dulzura embriagadores..., todo
esto pasaba en derredor de Teresita, mecida,
arrullada, acariciada, de una manera inefable,
por las sonrientes visiones de su sueño.

Pero todas esas visiones llevaban consigo
algo de Teresa; aquella hermosura recordaba
á la jóven dormida los hechizos de Teresa;
aquellos acentos; como si fuesen parecidos al
timbre de la voz de Teresa; aquellas miradas
tenian la expresion de las miradas de Teresa;
aquellos cándidos velos, que flotaban en gra-
cioso giro, no podian ser sino adorno de Te-

resa; aquellas flores exhalaban una fragancia que hacia pensar en Teresa; aquellas palabras eran *suyas*, y *suyo* era tambien, ni podia ser de otra, aquel rostro encantador que Teresita veia al través de los celajes de su sueño.

Dormia, sí, reclinada en el sofá, la buena y piadosa jóven, pero sin dejar por eso de seguir obsequiando, amando, viendo, casi diríamos, á su santa Patrona.

El sueño no hizo otra cosa que dar otra forma, por ventura más poética aún, á las efusiones del corazon de Teresita.

— ¡Pero, Dios mio, qué manera de dormir! exclamó la jóven despertando de repente, como si se hubiese sustraído al encanto de alguna vision que la subyugara; será ya muy tarde, y hoy es dia de madrugar.

Y tomando la mantilla, se salió de casa.

III.

Las mañanas iban ya siendo, no frescas, sino frias más bien.

Las calles de la poblacion estaban aún silenciosas y desiertas, oyéndose solamente los silbidos del viento, que semejaban largos gemidos.

Aún la bendita voz de las campanas de los templos no habia hablado á las almas creyentes, y ya Teresita, atravesando plazas y calles, sin temor al frio y sin pensar en ningun peligro, ella, tan delicada de salud como de sentimientos, habia llegado á la iglesia de donde la noche anterior habia salido la última de todas.

Allí, bajo el dintel de la puerta del templo, esperaba..., esperaba que viniesen á abrirle la puerta, para acercarse á la Amada de su corazon.

Muchas veces la engañó el ruido de pasos que á lo lejos sonaban, creyendo que venian á abrir; muchas fueron las violentas y frias ráfagas de viento que, arrebujaada en su mantilla, debió resistir, y muchas fueron tambien las oraciones que rezaron sus labios calentándole el corazon, antes de que por allí pareciese el portero.

Abrióse la puerta, y la primera persona que fué á saludar á santa Teresa de Jesús en su gran dia, ya lo sabeis, fué Teresita.

¡ Oh! Ha volado como matutina aparicion hasta la barandilla del presbiterio, desde donde se ha puesto á contemplar, enajenada de gozo, la purísima beldad de aquella á quien amaba su alma.

Los primeros y virginales destellos del dia venian á caer sobre su frente, haciéndola apa-

recer con un encanto y una frescura del todo nuevos.

Su sonrisa era la misma, el mismo el éxtasis de su actitud y de sus miradas, pero que á Teresita le parecian mucho más bellas, no de otra suerte que las rosas al abrirse, y al ser acariciados los lirios por el primer aliento de la mañana.

Y, sobre todo, estaba sola; sola gozaba de tal dicha; á sola ella le parecia que Teresa escuchaba entonces, y se forjaba la dulce ilusion de que con ella sola podia departir su santa Patrona.

¿Qué palabras le dijo Teresita? ¿Qué oraciones brotaron de sus labios? ¿Qué súplicas le hizo su alma atribulada? ¿Qué confianzas depositó su corazon en el corazon de su Amada?

Eso sí que no os lo sabré yo decir. Imaginadlo vosotras, almas seguidoras de Cristo, que os alimentais del amor á Teresa, y que andais siguiendo sus bellos y majestuosos pasos en union de Teresita, la hija de María Inmaculada y santa Teresa de Jesús.

Yo os diré solamente que, contemplando embebecida á su Patrona, aquella mañana se le pasó demasiado pronto; que su alma se sintió más dichosa que nunca al abrazar en las entrañas de su espíritu á Jesús de Teresa; que á su corazon bajó una vida nueva, vida de

amor, de paz y de delicias; que lloró lágrimas deliciosas como nunca había llorado; que calló el viento de la tempestad que azotaba su espíritu; que vivió, en una palabra, solamente para sí, para su alma, para su amada Teresa de Jesús.

— ¡Gracias, Dios mio! ; Teresa mia, gracias! murmuraba solamente al salirse la última de todas las personas, despues de la función de la mañana.

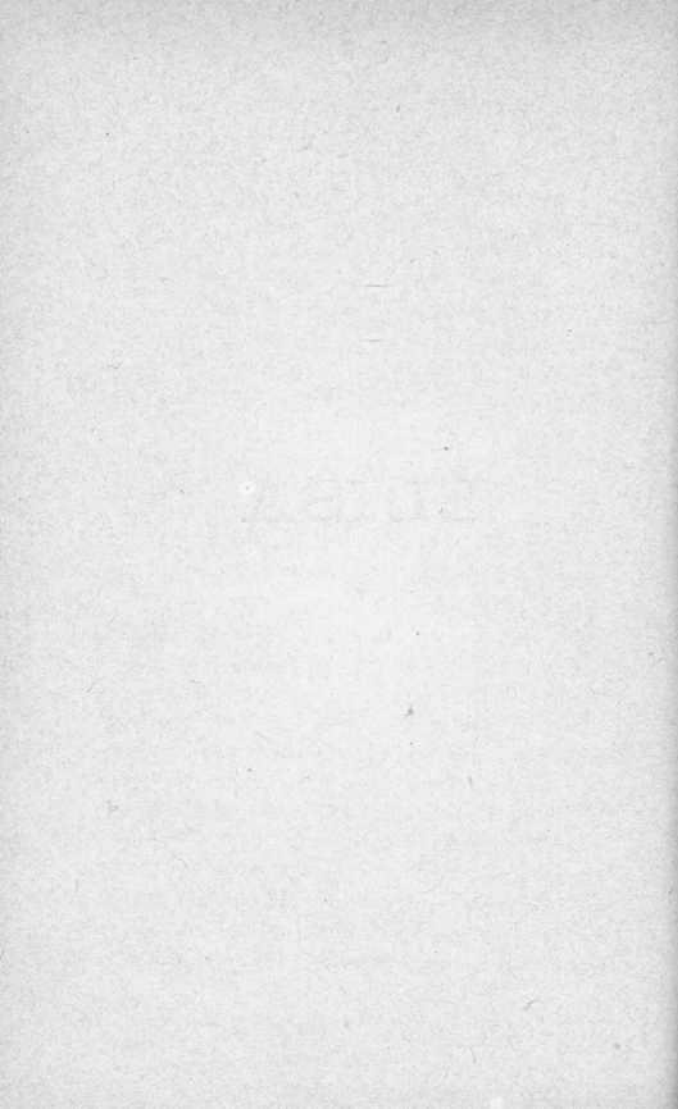
La última en salir era ahora la que antes había sido la primera en entrar.

¡ La última y la primera! ; Quién la supiese imitar!



ELISA







ELISA

I.

CORRIA el año de gracia de 1873.
Era una deliciosa tarde de Setiembre, una de esas tardes apacibles, tibias y frescas que tanto contrastan con las ardorosas y pesadas del trascurrido Agosto.

Como acababa de llover, los árboles de la campiña, y las vides pomposas y exuberantes que bordan las laderas, y los maizales y verduras de las huertas, aparecían como rejuvenecidos, sonrientes, dijérase que recientemente pintados de verde esmeralda, á la complacida vista de los vecinos del pueblo de V..., que es el lugar á donde harán el favor de acompañarme mis queridos lectores si desean

enterarse de los sucesos que me propongo referir.

El mar, que está á muy poco trecho de la poblacion, ofrecíase tambien tranquilo y sereno, reflejando las luces un poco desmayadas que el cielo le enviaba, y dejando apenas murmurar á las azules y sosegadas olas la misteriosa frase que ellas repiten al besar, obedientes, la linde de arena de la playa.

Algunas personas pudientes del pueblo andaban paseando, con aire de señorío, por la orilla del mar, mientras los labradores seguian atareados en sus faenas, y algunos grupos de muchachas y no pocos chiquillos corrian, como bandadas de alegres mariposas, ora á lo largo de los senderos que cruzan en todas direcciones los tablares de hortaliza, ora bajo de los pomposos emparrados que sombrean y poetizan á la vez las casitas de los labradores.

Sentémonos, si os place, lectores míos, junto al umbral y bajo el frondoso emparrado de una de esas casitas, ya que su amable dueña — como si lo estuviese viendo — nos está ofreciendo, para sentarnos, algunas sillas, que ella acaba de limpiar mejor con la punta de su delantal.

Y pues tan amables han sido con nosotros, no interrumpamos la conversacion que la dueña sostiene con una vecina suya.

II.

—¿Va de veras que no es cierto lo que dicen de tu sobrina? preguntaba la vecina. ¿Es cierto que no corresponde á tu hijo Daniel?

—¿Cómo quieres que te lo diga, canario? respondió la dueña. Te digo y te repito que todo eso no es sino purísima habladuría, y no hay en ello pizca de verdad. ¿Lo quieres más claro?

—Pues parece imposible que así se hable en el pueblo. Como tanto lo aseguraban, y como, por otra parte, ni tu hijo ni tu sobrina son partidos tan desproporcionados, ¿qué quieres que te diga? me lo creí como cosa hecha.

—Pues se engañan y te han engañado de medio á medio. Ni mi hijo ha pensado, si no me equivoco, en todo eso; ni Elisa, mi sobrina, creo yo que ha soñado, por ahora se entiendo, en acomodarse.

—Cierto que es muy jóven, tan jóven como guapa, esa es la verdad, pero...

—Calle, calle V., ¡demonstre!... ¿La ve V. venir por aquella senda, en compañía de dos amigas?

—Tiene V. razon. ¡Y qué cara tan hermosa

tiene la picarilla! ¡Y qué aseo y qué garbo en el vestir! Su sonrisa sobre todo — mire, mire V. cómo se rie — es capaz de enloquecer á los mozos. Le digo á V. que sobrina como la de V. no se encuentra...

—Pero ¿quiere V. callar? ¿No advierte V. que ella la puede oír?

Efectivamente. Tres jóvenes, todas ellas graciosas y bien vestidas, acababan de llegar.

La dueña las recibió con mucha amabilidad y agasajo, mostrando, en especial á una de ellas, que debia de ser su sobrina, el más cariñoso afecto y buena voluntad.

III.

Ahora, claro está, quisiérais vosotros que yo os hiciese un retrato á la pluma de Elisa. Pero, á parte de que yo no entiendo de pintura, dispensad, queridos lectores, si os digo que vuestros deseos no tienen razon de ser.

¿Y aún me preguntais por qué? Porque... miradle: ahí, en frente de vosotros, teneis el original.

Como la modestia tiende ahora un velo sobre sus azules y trasparentes ojos, y hasta creo que colorea sus ovaladas mejillas con yo

no sé qué tintas de rosa mezcladas con las de la azucena, fácil cosa os será contemplarla en estos momentos, sin que sea preciso que yo os diga una sola palabra.

¿Habeis acabado ya?...

Pues atended: ni esos ojos suyos que, á pesar de todos sus velos, no han podido ocultar, antes han descubierto mejor sus secretos encantos; ni su involuntaria sonrisa que, dilatando sus frescos labios, viene á revelar, sin quererlo, sus interiores alegrías; ni su serena frente; ni sus mejillas tan graciosamente contorneadas; ni su sedoso cabello, trenzado con el más sencillo, pero hechizador aliño; ni su airoso continente; ni sus suaves movimientos, que respiran distincion y señorío: nada de todo eso que á vosotros, mis queridos lectores, os ha sorprendido y deleitado tanto, puede ni remotamente compararse con la belleza y gracias que avaloran el alma y el corazon de Elisa.

Y despues de haberla contemplado vosotros detenidamente, tal vez no os desagrade oirla hablar, como, de seguro, no desagrada á su tia, la cual, si yo no me engaño, la obliga á hacerlo de esta manera:

IV.

— ¡ Gracias á Dios, queridita mía, que puedo verte! ¡ Tantos dias sin salir por acá! ¡ Cómo se conoce que tú no me quieres tanto como yo te quiero á tí!

— ¡ Jesús! ¡ Y qué cosas dice V., tia! Cualquiera diria que hace meses que no la he visitado. Y sólo hace tres dias y nada más que no la he visto á V.

— Pues hija, á mí me parece que hace un año. Y tus padres y hermanas ¿ cómo están?

— Buenos. ¿ Y todos Vds.?

— Muy bien, por ahora, gracias á Dios. Sólo una espina me queda, ¡ y clavada en el corazón, Elisa mía! ¿ Qué debe ser de mi hijo Daniel? Hace dias, muchos dias, que no me ha escrito. ¡ Malhaya la guerra, que nos roba á los hijos del alma!

— No se apesadumbre V., tia. ¡ Quién sabe si muy pronto le va V. á ver!

— ¿ Sabes tú alguna cosa? Díme, díme, por Dios, todo cuanto sepas, hija mía.

Entonces Elisa, volviéndose á una de sus amigas, le dijo:

— Cuéntale, Cármen, cuéntale á mi tia lo

que te ha escrito tu hermano, que es camarada de Daniel.

—Pues se lo voy á decir, contestó la interpelada. Ayer recibimos carta de mi hermano, el cual nos dice, entre otras cosas, que de un dia á otro vendrá con toda su fuerza á V...

—¿Y nada dice de Daniel? preguntó la pobre madre.

—Nada dice en particular, contestó Cármen. Aunque, eso sí, añade que todos sus amigos no tienen novedad.

—Dios lo quiera, y quiera tambien que vengan pronto.

—Creo que no van á tardar. ¡Qué hermosos *sagrados Corazones* les tenemos preparados! ¿Verdad, Elisa, que el que hemos bordado para Daniel es el más hermoso de todos? La verdad es que lo merece.

—Gracias, hijas mias. Que el sagrado Corazon de Jesús me guarde al hijo de mi alma, y guarde tambien á todos los demás, que no dudan en exponer sus vidas para defender todo lo bueno.

—Yo no lo sé, dijo aquí Elisa; pero el corazon me dice que no van á tardar.

—Tambien á mí, añadió Cármen. Y además de eso (continuó, bajando la voz), además de eso, esta mañana he observado en el pueblo cierto desusado movimiento entre los *peseteros*. Todo era ir y volver, reunirse y disputar entre

sí, moviéndose y charlando más que todos, por supuesto, aquel vanidosote y calavera á quien no en balde le han apodado *Fachenda* los mozos del pueblo.

— ¿Todo eso has visto? agregó la tia de Elisa. Pues marchaos, hijas mias; volveos al pueblo, no sea caso que... En fin, no conviene que os esteis más tiempo aquí, porque se hace tarde. Id y coged, si quereis, algunas flores.

— Sí, tiene V. razon, tia; dijo Elisa levantándose. Vamos á coger flores y nos marchamos en seguida.

Efectivamente. Despues de despedirse de la dueña de la huerta, y no sin componer antes en el jardin un pequeño ramo de flores cada una, las tres muchachas se dirigieron paseando á la poblacion.

V.

Mientras la tia de Elisa se quedó rezando el santo Rosario bajo el dintel de su puerta, y distribuyendo sus pensamientos y afectos entre la santísima Vírgen de los Dolores y el hijo de su alma, Elisa y sus amigas se acer-

caban á la poblacion ; departiendo confiada y amigablemente por el camino.

— ¡Qué hermoso es tu ramo ! exclamó Cármen dirigiéndose á Elisa. Creo que habria muchos que se lo disputarian.

— Pues mejor es el tuyo , Cármen , y más digno de ser disputado , contestó Elisa.

— ¡Más digno ! ¡Más digno ! Así lo dices tú ; pero pregúntalo eso á Daniel , á D. Pepito , á Juan , á *Fachenda* y á tantos otros , y verás lo que te contestan.

— Pues ¿quieres que te hable francamente ? Me importa muy poco la opinion que de mi ramo puedan tener todos esos jóvenes , algunos de ellos , por otra parte , muy buenos , y , más que todos , creo que mi primo Daniel.

— ¡Ah ! vamos. La opinion de Daniel acerca de tu ramo ya debe parecerte otra cosa. ¿Verdad , amiguita mia ?

— Andas muy equivocada , Cármen.

— Pues hay muchos que se equivocan , Elisa. Segun se me ha dicho , aquel infatuado de *Fachenda* está desatinado. Hasta ha jurado vengarse , y pronto , de Daniel , porque supone que tu primo es el rival afortunado.

Aún no acabó Cármen de pronunciar estas palabras , cuando , corriendo á todo escape , vieron salir de las últimas casas de la poblacion á un grueso peloton de hombres armados. Cármen distinguió entre ellos á *Fachenda*,

que agitando un largo sable desenvainado, parecía gritar á los suyos, aunque procurando inútilmente pasar delante de todos ellos.

Al ver esto, las muchachas apresuraron el paso, y tras breves momentos entraron en la poblacion, cuyo movimiento, alegría y algazara anunciaban algun fausto acontecimiento.

VI.

Las huestes tradicionalistas acababan de entrar, en número respetable y sin ninguna resistencia, en la importante poblacion de V...

Hijos de la misma eran muchos individuos de aquella fuerza, por cuyo motivo no podia ser más grande la alegría que experimentaban innumerables familias que, despues de mucho tiempo, se veian inesperadamente visitadas por los hijos, padres y hermanos.

Además, y ya se deja comprender, la inmensa mayoría de la poblacion simpatizaba con la hermosa bandera que defendian aquellos heróicos voluntarios, como con harta claridad lo manifestaban la bulliciosa algazara y

público regocijo, las músicas y los cantares que resonaban por calles y plazas.

Grupos de alegres y regocijadas muchachas habian acudido presurosas á la plaza, á dar la bienvenida á los que, más que nunca interesantes y bellos, se ofrecian á sus complacidas miradas.

El glorioso polvo de recientes combates, que antes honraba que manchaba el gracioso uniforme de los voluntarios; el sudor que corría por sus rostros tostados por el sol; el aire marcial y guerrero que habian adquirido en el campo del honor; todo esto, en vez de perjudicar á su juvenil gallardía, le añadía nuevos atractivos, si hemos de creer á las muchachas de la poblacion, que deben ser voto en la materia.

Paréceme que mis lectores buscan, entre los grupos de muchachas que andan por la plaza, á su conocida Elisa; por lo cual me apresuro á participarles que, si de veras la quieren ver, la encontrarán en su propia casa, á donde ha acudido, hace poco, su primo Daniel, excelente y bravo muchacho que pertenece á las victoriosas fuerzas recién llegadas.

Los padres de la jóven, no menos que ésta, han obsequiado y agasajado con ternura casi paternal á su querido sobrino, el cual se muestra por su parte muy contento y satisfecho de tantas y tan delicadas pruebas de afecto.

Sus ojos, sin embargo, se dirigen casi siempre á su prima Elisa, cuyo rostro bañado de alegría y cuyo corazon abierto confiadamente á dulces y nobles afectos, deleitan por todo extremo á Daniel.

Entre tanto han acudido á la casa muchos parientes y amigos; algunas amigas de Elisa, sin faltar Cármen; y más apresurada que nadie, sudosa, palpitante, ha venido corriendo de la huerta la buena y amorosa madre del valiente voluntario, á quien ella abraza y besa derramando abundantes lágrimas.

Todos le dirigen preguntas á Daniel acerca de los combates que acaban de reñir en Cataluña con el enemigo, y á todos contesta el intrépido soldado con una discrecion, un aplomo y una exactitud de pormenores tan grandes, que su auditorio queda pendiente de sus labios sin cansarse de oirle.

— Cuéntanos ahora, Daniel, le dijo su tío, cuéntanos vuestra entrada en Igualada.

Y el soldado tradicionalista empezó de esta manera.

VII.

— Despues de la toma y accion de San Quirse, en donde los que acababan de robar y profanar el templo de Dios recibieron su merecido castigo; despues de conseguir en Alpens la victoria más señalada que se consiguió por nuestras fuerzas en Cataluña, en la cual reñidísima lucha sucumbió Cabrinety, jefe de las fuerzas enemigas; aprovechando nuestro entusiasmo y el pánico del enemigo, el valeroso Príncipe que nos mandaba, quiso entrar en la importante poblacion de Igualada.— Imposible contarles á Vds. lo peligroso de aquella empresa y lo terrible y sangriento de aquella lucha. Nuestros enemigos eran españoles, y lucharon con la bravura y tenacidad propias del soldado español. Solamente los nuestros podian vencerlos. El combate, sostenido dentro de la poblacion, duró por espacio de treinta y seis horas. Multitud de cadáveres llenaban las calles y plazas. El batallon de Zuavos no desmintió el renombre justamente adquirido. Su heroismo en ese dia es digno de una epopeya. ¡ No, no lo olvidaré jamás! (exclamó aquí, emocionado, Daniel). Al ver el

intrépido jefe del batallón, el holandés Wils, que los republicanos defendían con gran tenacidad una barricada, mandó, para animar á los suyos, que se desplegara la bandera del batallón en cuyos pliegues brillaba la imágen del sagrado Corazón de Jesús. Mas ; ay ! el abanderado es herido mortalmente por una descarga que le hacen los republicanos. Entonces el heróico Wils recoge en sus manos la bandera teñida en sangre, muéstrala á sus soldados, y con heróico valor se dirige al enemigo. Mas ; ay ! que otra bala enemiga atraviesa aquel corazón de héroe. Pero antes de morir, arroja la bandera á la barricada donde estaban los republicanos ; los Zuavos, para que aquellos no la manchen con sus manos, desafían todos los obstáculos y se precipitan como leones á la barricada, la toman y recobran la bandera del Sagrado Corazón. ; A Él y sólo á Él debimos esta insigne y señaladísima victoria! —

VIII.

Con vivísimo interés y con creciente entusiasmo escuchaban todos la relación que de recientes combates les hacía el voluntario

tradicionalista, cuya voz simpática y gesto expresivo comunicaban admirable colorido á sus sencillas palabras.

Pero el verídico é interesante episodio que les acababa de contar no pudo menos de conmover á todos aquellos corazones, especialmente á Elisa y Cármen, que no supieron impedir que algunas tiernas lágrimas se desprendieran de sus ojos.

La amiga de Elisa, sacando un paquetito de su bolsillo y dirigiéndose á Daniel, le dijo, al enjugarse una lágrima, estas palabras :

—Toma, toma para tí este *sagrado Corazon*, que bien merecido lo tienes.

— Lo acepto con muchísimo gusto, dijo el soldado.

Y descubriendo el objeto bendito, lo besó, añadiendo estas palabras :

— ¡ Precioso regalo ! ¿ Se podrá saber qué manos han hecho este bordado ?

— ¿ Y qué importa saberlo ? ¿ No es verdad, Elisa ? repuso la jóven.

Elisa se sonrió dulcemente por única respuesta.

A duras penas podia la hermosa jóven ocultar el torrente de tiernos y cariñosos sentimientos que bullian en el fondo de su pecho y pugnaban por abrirse paso, envueltos ora en la blanda luz de sus bienhechoras miradas, ora en la hechizadora y magnética corriente

de sus sonrisas, miradas y sonrisas que, á pesar de la resistencia que les oponia su voluntad, dejaban adivinar algo siquiera de los misteriosos combates que se reñian en los secretos senos de su corazon.

Hermosa y noble era ciertamente la figura de Daniel, y, sin embargo de ello, nunca habia hecho en el corazon de Elisa aquella impresion tan dulce como profunda y avasalladora que se apellida con el tantas veces falsificado y desprestigiado y escarnecido nombre de amor.

¿ Es que ese sentimiento empezaba ahora á despertarse entre los misteriosos repliegues del corazon de la jóven? Eso sí que no me atreveré yo á asegurarlo á mis lectores, si he de contarles la verdad, y solo la verdad como les tengo prometido.

Cierto que las buenas partes y las naturales prendas de su primo aparecian ahora, por maravillosa manera, realzadas ante los ojos de la virtuosa y sensible jóven; cierto que la nobleza de sentimientos del intrépido voluntario, el brillo de sus heróicas hazañas, el sacrificio de su vida por una causa tan noble y tan santa, la pureza é integridad de su fe sostenida y vigorizada entre el fragor de los combates; cierto que todo eso, en una palabra, podia ser parte para aficionar una voluntad ge-

nerosa y para prender un corazón noble y delicado como el de Elisa.

Pero no es menos cierto también que, admirando, comprendiendo, amando todo eso, hasta sintiéndose cautivada por tanta grandeza y elevación, Elisa podía experimentar, allá en el más escondido seno de su alma, deseos infinitamente más elevados y apenas comprendidos por los hombres de mundo.

Tal vez nos den la clave de ese misterio las palabras concisas pero expresivas que la joven dirigió á su primo, al querer saber éste quién había bordado el *sagrado Corazón*.

— Solamente Dios, dijo Elisa, te podrá pagar, y te pagará, tus presentes trabajos y sacrificios. ¡Que te lo recuerde siempre ese *sagrado Corazón* que Carmen y yo hemos bordado para tí!

IX.

A la mañana siguiente el grueso de la fuerza había salido de la población con dirección á un pueblo inmediato. Daniel se había quedado con su compañía en el mismo punto. El vecindario estaba tranquila y pacíficamente dedicado á sus cotidianas tareas. Los volunta-

rios, hijos de la poblacion, andaban recorriendo las huertas y visitaban las heredades propias ó de la familia, como si enemigos no tuviesen en toda España.

Tiempo hacia que los padres de Elisa tenian proyectado el ir á visitar un famoso Santuario de la santísima Vírgen edificado á algunas horas de la poblacion. Difícilmente podrian encontrar en adelante ocasion más oportuna que aquella para realizar los piadosos deseos de toda la familia, sin exceptuar á Elisa, que desde muy pequeña no habia visto el Santuario.

Daniel fué invitado, como era regular, á acompañarles, y creo que no extrañarán mis lectores si les digo que, previo el permiso de sus jefes, el gallardo primo de Elisa aceptó con grandísimo gusto la invitacion.

Hasta me atreveré á añadir que Daniel cifraba en aquel proyectado viaje yo no sé qué soñado mundo de hermosas y sonrientes esperanzas.

¿Quién podrá poner límites á los inmensos horizontes y risueñas perspectivas que en ciertos momentos se desarrollan ante las miradas de un alma jóven y entusiasta?

Cuanto á Elisa, preciso es que sepan mis lectores que aquella mañanita pasó más tiempo que de ordinario en la iglesia, dedicada á sus devociones.

Su oracion fué más larga y fervorosa que los días anteriores.

¿Acaso la piadosa jóven creia ver peligros allí mismo donde Daniel esperaba hallar tanta ventura, y por eso se apercibia al combate templando y fortaleciendo su espíritu en la fragua de la oracion?

Ello es que volvió á su casa cuando todo estaba dispuesto y preparado para marchar. De ahí es que Daniel le dirigió sonriendo estas palabras:

—¿Verdad, Elisa, que no has oido tocar á llamada?

—Te aseguro que no, Daniel.

—Claro está; hablando con santa Teresa creo que se te pasa el tiempo en un soplo, y no hay voz ni sonido de corneta que te dispierte.

—Es muy buena capitana, Daniel, y es preciso escuchar su voz, la dulcísima voz de mando de santa Teresa.

—¿Tambien santa Teresa es capitana? Y tú, por supuesto, deberás militar en su compañía. ¿No es verdad?

—¡Ojalá mereciese la dicha de pertenecer á la Compañía de santa Teresa!

X.

Aunque las mañanas empezaban á ser frescas, sin embargo, el sol naciente templaba ya la atmósfera, y los tibios ambientes venian á acariciar los rostros de Daniel, Elisa y los padres de ésta, que subidos en un carro se dirigian, alegres y satisfechos, por espaciosa carretera al famoso Santuario de la Vírgen.

Sentado frente de Elisa estaba el ahora galante soldado, contento de poder contemplar, á su placer y de cerca, á su hermosa prima, de poder hablar detenidamente con ella, y hacerle todos los pequeños pero codiciados obsequios á que da márgen un viaje algo largo.

¿Largo? No, de ninguna manera parecia largo aquel viaje á Daniel, el cual, sin que eso sea levantarle ningun falso testimonio, estoy seguro hubiera retardado indefinidamente dicho viaje, si hemos de dar crédito á las palabras que dirige á su prima.

— ¡ Hermoso dia es este, Elisa! Parece que Dios nos le haya preparado.

— ¿Y quién duda que es así? Lo que importa es que sepamos agradecérselo.

— Claro está. Y además, el carro no puede ir mejor. ¿Querrás creer que ni en coche ni en carril iríamos tan bien? Te aseguro que no he hecho un viaje más feliz. ¿Verdad, Elisa?

— No vamos mal, gracias á Dios, contestó la jóven.

— ¿Estás acaso triste? añadió Daniel.

— ¿Triste? ¿De qué?

— Paréceme como si tu sonrisa no fuese tan franca como otras veces, ni tus miradas tan alegres, ni tus palabras tan...

— Lo que parece es que pases revista á tus soldados, segun lo minucioso de tus observaciones.

— Pero son acertadas, segun creo.

— Creo que no. Estoy contenta, y muy contenta de ir á visitar á la Vírgen en tan buena compañía.

— Ya lo creo. ¿Qué mejor compañía que la de tus padres?

— Y la de un soldado tan bravo como tú ¿no vale nada, Daniel?

— Creo que vale muy poco para quien yo quisiera valer mucho.

— ¿De veras?...

Aún no habia Elisa acabado de pronunciar su última palabra cuando al llegar á un recodo que hacia la carretera, oyeron á muy corta distancia el disparo de un arma de fuego,

viendo al mismo tiempo como de una márgen cercana escaparon corriendo dos hombres.

Elisa lanzó un ¡ ay ! que llenó de espanto á sus padres y á Daniel.

—¿Qué tienes, hija mia? le dijeron aquellos.

— No sé... Creo que estoy herida.. Siento aquí en el costado un dolorcillo... Algo tambien como humedad...

—¿Pero qué es esto , hija mia ? ¡ Si tienes tanta sangre ! ¡ Si tienes manchado el vestido ! ¡ Mi hija está herida ! ¡ Está herida ! ¿ No lo veis ? decia la pobre madre cogiendo en brazos á su hija , que , pálida como la cera , iba desmayándose por momentos.

Es imposible de todo punto contar lo que pasó por el corazon de Daniel en aquellos dolorosos momentos. Su primer impulso fué el de correr en persecucion de los infames asesinos, á uno de los cuales habia conocido perfectamente.

Pero antes de todo era preciso asistir á Elisa, indudablemente herida, aunque ignoraba cuál fuese su gravedad.

— Esto no será nada , dijo el voluntario, fingiendo más serenidad de la que tenia ; no hay que temer ; el susto la ha desmayado ; ya verán Vds. cómo le pasa pronto.

Y mientras el amante primo corria á buscar un vaso de agua para la pobre jóven , los pa-

dres de ésta examinaban la herida causada en un muslo por la bala.

Aunque arrojaba mucha sangre, sin embargo, el padre creyó que la herida no ofrecía ningun peligro por entonces.

No lo creia así la madre, que, abrazando entrañablemente á Elisa, se esforzaba, y no podia, en disimular la profunda afliccion de su alma.

Daniel aplicó á los labios de la jóven el vaso de agua, con lo cual pareció reanimarse. En seguida empezaron á desandar el camino andado, mientras el animoso jóven se dirigia, con toda prisa y á pié, hácia la poblacion, para dar aviso de lo sucedido y preparar todo lo conveniente.

XI.

Hubo momentos en que los padres de Elisa creyeron que su hija se les quedaba muerta por el camino. Pero una vez llegaron á su casa, y fué la herida examinada por los médicos, éstos declararon que el caso no ofrecia por entonces ninguna gravedad, y que el postramiento de la enferma no era debido sino á la pérdida de tanta sangre.

— Dígame V. toda la verdad, preguntaba Daniel con grande inquietud á un inteligente médico: ¿está de cuidado ó no?

— Por ahora no lo está, respondió el interpelado; se lo aseguro á V. Pero tambien debo asegurarle á V. otra cosa.

— Diga V., se apresuró á añadir Daniel con visible emocion.

— Le aseguro á V. que si de esta herida no muere Elisa, y creo, estoy seguro de que no morirá, ya puede decir con toda verdad que la bala que iba á matarla, que debia sin remedio matarla, fué detenida en mitad de su camino.

— ¿Por quién fué detenida?

— ¿Por quién? Por Dios, amigo mio.

Y dirigiéndose el médico, no tanto á Daniel como á los padres de Elisa, Cármen y otras personas que entonces se acababan de presentar, añadió:

— Sí, lo vuelvo á repetir. La bala que irremisiblemente iba á dar la muerte á Elisa encontró un obstáculo insuperable.

— ¿Qué obstáculo fué ese? preguntaron todos.

— ¿Qué obstáculo? Aquí lo tienen Vds., dijo el facultativo sacando de su bolsillo un objeto cuidadosamente envuelto en un pañuelo.

— ¡A ver! ¡A ver! exclamaron todos, acercándose al mismo tiempo al médico.

Y éste, descubriendo poco á poco el misterioso é interesante objeto, lo presentó á la vista de todos, diciendo :

— ¡Aquí está! ¿Lo ven Vds.? A este libro debe Elisa la vida.

— ¡Si es su devocionario! ¡Si es el libro en que mi hija leía todos los días! exclamó la madre de la enferma vertiendo lágrimas de alegría.

— ¡Es el libro de santa Teresa, el devocionario de las teresianas! dijo Cármen contemplando el libro.

Y efectivamente, queridos lectores. El libro que el médico enseñaba á los circunstantes era un devocionario completa y verdaderamente teresiano. Empastados formando un grueso tomito, estaban allí el «Cuarto de hora de oracion,» obrita esencialmente teresiana; el «Reglamento de la Archicofradía teresiana,» y además «El espíritu de santa Teresa de Jesús.»

Este era el libro que Elisa no soltaba de las manos, y en cuyas páginas el alma de la jóven se nutria y vigorizaba, empapándose en las lecciones de celestial sabiduría que le daba todos los días su Madre santa Teresa de Jesús.

Pero aquel libro estaba entonces bañado en sangre, y además terriblemente agujereado por una bala.

— ¿Lo ven Vds.? seguía el médico hablando con los circunstantes. La bala perdió aquí gran parte de su fuerza, y no sólo eso, sino que tomando otro sesgo, no hizo otra cosa que herirla superficialmente en la carne, sin lesionar el hueso para nada. Sin el libro ese, de seguro que la herida hubiera sido grave, y la muerte de la jóven era inevitable, según mi parecer.

Entonces la madre de Elisa y su amiga Cármen, tomando ésta el libro, se fuéron corriendo al aposento donde se hallaba la enferma.

— ¡Hija mia! exclamó gozosa la madre: santa Teresa de Jesús te ha salvado.

— ¡Amiguita mia! añadió Cármen: la Santa de nuestro corazón te ha conservado la vida. ¿Ves este librito? ¿Lo ves? Pues mira, ese ha sido tu escudo. Aquí están las «Reglas de la Archicofradía,» que, como sabemos bien nosotras, salvan á tantas jóvenes. Aquí está «El cuarto de hora de oración,» que, según nos dice santa Teresa, es el arma poderosa para vencer á toda suerte de enemigos. Aquí, finalmente, tienes el «Espíritu de santa Teresa,» que es espíritu de dulzura, de gracia y de fortaleza.

— Sí, amiga mia, contestó la enferma; ¡santa Teresa de Jesús me ha salvado! ¡Ella

me ha salvado, y no de una, sino de muchas maneras!

—¿Qué dices, Elisa? preguntó Cármen.

—Que me ha salvado de muchas maneras. Hasta me atrevo á decir, amiguita mia, que la herida que he recibido me dará la vida. Así lo espero.

XII.

Dos meses habian pasado desde el dia en que sucedió el triste suceso que acabo de referir á mis lectores, cuando Elisa, completamente restablecida de su enfermedad, se complacia en mostrar su agradecimiento á todos cuantos habian tomado tanto interés por su salud.

—Nunca, le decia á su amiga Cármen, nunca os podré pagar lo que por mí habeis hecho.

—¡Mira quién habla! exclamó la aludida. ¡Como si ella no lo tuviese bien merecido! Aunque, eso sí que lo diré: yo no he visto interés y simpatía como los que tú has despertado en toda la poblacion. No se oian sino estas palabras: «¡Pobrecita Elisa! ¡Pobrecita Elisa!»

— ¡Muchísimas gracias á todos! mi querida Cármen. Yo le pediré á santa Teresa que lo pague bien á todos, en mi nombre.

— Y ¿me permites, Elisa, que lo diga? Pues mira, no te olvides de Daniel, que bien lo tiene merecido el pobre muchacho. ¡Lo que él sufría cuando tú estabas en cama! ¡Lo que él se ha desvivido y cansado por tu salud! Por poco que él pueda, aunque sea caminar una noche entera, aquí le tienes en seguida, como tantas veces lo ha hecho.

— Ya lo sé, ya lo sé... Santa Teresa, que es mi poderosa madre, lo pagará muy bien á todos, estoy segura de ello, pues ahora no le pido otra cosa. ¡Ah! Otra cosa le pido también á la Santa de mi corazón.

— ¿Se podrá saber qué es lo que le pides ahora?

— ¡Qué le he de pedir! Que acabe su obra, amiga mía; la obra de mi santificación, que ella ha empezado.

— Vamos, no comprendo bien lo que tú dices; pero sé franca con tu amiga: ¿es que quieres ponerte monja?

— Yo le digo á Dios todos los días, y se lo digo mil veces con todo mi corazón:

Vuestra soy, para Vos nací:

¿Qué quereis, Señor, de mí?

Y luego á santa Teresa le digo tambien :

¿ Qué quereis , Madre , de mí ?

¿ Te parece, Cármen, si no es éste buen punto de meditacion ?

— Ya lo creo. Pero ¿ y si luego la Santa te llama ?

— La seguiré.

— ¿ A cualquier parte ?

— A donde ella quiera.

— ¡ Ay, pobres de nosotras ! Estoy segura que vamos á perderte.

— ¿ Tambien tú serás boba ? ¿ No ves que santa Teresa me ha señalado por suya , y ese sello no se puede borrar sino con la muerte ?

XIII.

Nos hallamos en el dia 15 de Octubre de 187..., ó sea, en la gloriosa fiesta de santa Teresa de Jesús.

En el fondo de la capilla interior de un naciente Instituto religioso acaba de celebrarse una solemne é interesante ceremonia religiosa.

A cuatro bellas y piadosas jóvenes se les acaba de investir el hábito religioso propio del naciente Instituto.

Las personas que han acudido á la interesante ceremonia, enternecidas por el acto que acababan de presenciar, exclaman :

— ¡ Dichosas y valientes doncellas ! El Señor las proteja en su santa empresa.

— Ya lo necesitan—respondió otra persona, —pues son ellas las primeras, las fundadoras, las piedras angulares del nuevo edificio.

— ¡ Elisa ! ¡ Elisa ! exclamó una joven al salir todos de la capilla.

— ¡ Hola, Cármen ! ¿ Tú también por aquí ?

— Sí, he venido con tus parientes á ver tu toma de hábito.

— ¿ Te ha gustado ?

— He llorado mucho, mucho, Elisa de mi alma. Has de saber que te tengo envidia. Pide por mí á santa Teresa de Jesús.

— Lo haré con mucho gusto. ¿ Y mis padres ? ¿ Estaban muy tristes ?

— Todos lloraban, pero creo que de alegría. Hasta á Daniel se le han saltado las lágrimas... Mírale, aquí viene...

En aquel momento se presentó delante de Elisa el bravo joven á quien ya conocen mis lectores. Al verle Elisa, le dijo sonriendo :

— Señor capitán : me alegro de que V. haya sido testigo de mi jura de bandera. ¿ Qué le

parece á V. del uniforme que acabo de vestir?

— ¡ Ay, Elisa ! dijo suspirando su primo. Muy bien me parece ; pero ¡ qué sorpresa nos has dado !!

— ¿ Sorpresa ? Pues ya te lo dije en cierta ocasion.

— ¿ Cómo ? ¿ Cuándo ?

— « ¡ Ojalá , te dije , pueda pertenecer á la Compañía de santa Teresa de Jesús ! » ¿ Lo recuerdas ?

— Creo que sí ; pero...

— Pues sabe , Daniel , que mis deseos acaban, por dicha mia , de cumplirse. Desde hoy pertenezco , aunque sin yo merecerlo , á la « Compañía de santa Teresa de Jesús. »



DISCURSO

SOBRE

SANTA TERESA DE JESÙS

CONSIDERADA COMO ESCRITORA





DISCURSO

SOBRE

SANTA TERESA DE JESÚS

CONSIDERADA COMO ESCRITORA



A LOS muchos y magníficos títulos con que se viene honrando y glorificando á santa Teresa de Jesús, nadie habrá que no se apresure á agregar otro que, siquiera fuese de poca estima para la humildísima Santa, eslo sin embargo de muy mucha para España, su patria; lo es para la Iglesia católica, su amadísima Madre; lo es, en fin, para todas las naciones cultas, que se complacen en rendir á Teresa de Jesús, y de-

positarla á sus piés, la no despreciable corona de eminente escritora, además de las resplandecientes que, como á grande Santa, insigne Doctora, admirable Reformadora y Maestra de todas las virtudes, le han sido y son con harta justicia tributadas.

Si todo es en Teresa grande, la santidad, las virtudes, las obras, el alma, el corazón, el sentir, los talentos; ¿cómo no debiera ser asimismo grande la expresión de esas grandes y bellas cosas? El estilo, la palabra escrita, que revela el interior de las almas y es limpio reflejo de los sentimientos que se anidan en el corazón, ¿no debió también andar revestida en Teresa de Jesús de ese carácter de grandeza?...

Se ha dicho que «el estilo es el hombre,» por cuanto la personalidad del escritor aparece como dibujada en sus escritos. Si, pues, tratamos de estudiar y conocer á santa Teresa, ¿quién duda que en su estilo encontraremos brillantes huellas de su grandeza personal? Si eso acontece con todos los escritores, con mucha más razón deberá suceder con santa Teresa, la cual, no para granjearse gloria, ni para captarse estimación, ni guiada por otros mezquinos móviles escribía sus libros, sino que lo hacía obligada de santa obediencia y por inspiración de Dios, derramando, por lo mismo, todo su corazón en sus escritos, como si

estuviese en la presencia del Señor, y desahogando su amante pecho con la ingenua confianza y el amable candor de un alma sencilla y humilde.

Y siendo esto así, ¿quién no comprende que en el estilo de la Santa debe de reflejarse, como en un grande y clarísimo espejo, todo el maravilloso conjunto de perfecciones y gracias que forman la encantadora fisonomía de santa Teresa?

¡Y cosa extraña! Ese carácter literario que, venido de Alemania, tanta boga ha alcanzado hoy, y al cual se ha dado en llamar *subjetivo*, sin duda porque descubre, con más ó menos fingida espontaneidad, las intimidades del alma del autor, y nos introduce en el secreto de su pecho, al pintarnos, con estudiado abandono y simulada confianza muchas veces, no tanto los espectáculos de la naturaleza como las recónditas perspectivas del espíritu; esa literatura es la literatura de Teresa de Jesús, despojada empero del espíritu de orgullo y soberbia que oscurece y afea las obras literarias de muchos escritores, y adornada, eso sí, de los preciosos esmaltes de una humildad y modestia tan admirables, que sorprenden y enamoran á los lectores, y de una espontaneidad y candor tales, que hacen el hechizo de cuantos tienen alma y corazón.

De todo esto se desprende que podemos des-

cubrir el alma hermosísima de Teresa de Jesús, á través del puro y trasparente cristal de sus obras literarias. Tengo para mí que el delicado acento de sus labios y el timbre melodioso de su voz, nos pueden revelar los mundos de santidad encerrados en su alma sublime y poética, y los inefables ardores de su corazón apasionado y delirante por las eternas hermosuras.

Acaso mis palabras contribuyan por otra parte á despertar aficion y gusto á las obras de la esclarecida vírgen, en cuyas páginas parece como columbrarse el subido esplendor de un alma santísima, y como si en él se oyeran las palpitations de un corazón ardoroso y entusiasta.

La expresion literaria de santa Teresa, aparte de otras consideraciones, hállase como impregnada del aroma de su santidad, no de otra manera que el cincelado vaso conserva la fragancia de las olorosas esencias que encerraba.

Lo que yo no sabré perdonarme, pero que, sin embargo, deseo se me dispense, en gracia de mi objeto, que no es otro que la gloria de la Santa, es el atreverme á tratar á la ligera un asunto que, tratado por persona más competente, estoy seguro que serviria de grande enseñanza no menos que de edificacion para las almas.

Se ha dicho hasta la saciedad que la religion católica era enemiga de las luces y contraria al desarrollo y progreso de las ciencias y las artes; que cortaba las alas al espíritu humano, ávido de dilatar las fronteras del pensamiento; que apagaba la hermosa llama del genio, — ¡ bendita llama, que á lo alto se dirige siempre!

Mas tan graves aseveraciones, que la historia imparcial se encarga de desmentir por completo en todos los siglos y en todas las naciones, de suerte que no deja ningun lugar á la duda, todavía formuladas en España y por españoles, demuestran la más supina ignorancia y la falta de sentido comun.

¡ Cómo! ¿ Quién aquí no sabe que las ciencias, las artes, la literatura, la poesía, son eminentemente cristianas, como criadas al calor del cariñoso regazo de la Religion, por ella amamantadas y sustentadas, engrandecidas y glorificadas por ella? Preguntad á ese siglo tan grande en la historia de la civilización verdadera, siglo en que dominaban afortunadamente las ideas religiosas, y en que las instituciones católicas ejercian la más poderosa influencia; preguntad al siglo décimosexto, siglo de oro de nuestra literatura, así como fué el siglo de nuestro esplendor social y grandeza política, preguntadle si fueron cerradas al espíritu anchurosas vias por don-

de poder espaciarse, y si fué dado al genio desplegar sus alas de oro por los mundos del pensamiento.

Y para responderos cumplidamente, presentará delante de vuestros ojos la brilladora pléyade de escritores que son todavía, y serán siempre, glorias de la ciencia y modelos del buen decir y de la elegancia literaria. Leon, Garcilaso, Oliva, Granada, los Argensolas, Zurita, Morales, Saavedra, Cervantes, Juan de la Cruz y tú, oh gran Teresa, ¿cómo os pudísteis levantar á tan sublime altura en aquel siglo bárbaro y oscurantista, al decir de algunos? ¿Quién comunicó tan soberano aliento é imprimió tan poderoso empuje á vuestros espíritus para lanzaros con nobilísima independencia á esas elevadas regiones de la ciencia, del sentimiento y de la poesía? ¡Oh! míseramente se engaña y es ciego voluntario quien, mal avenido con el solemne fallo de la historia, se atreve á decir que la religion católica se haya opuesto jamás al legítimo desarrollo de las ciencias y las artes.

Y sino, os diré, ved, entre otros muchos, ved á la insigne Teresa de Jesús; releed sus obras, estudiad su estilo, adivinad su genio; y os convenceréis en seguida de lo que os acabo de decir, bebiendo de paso la más pura

y celestial doctrina envuelta en las más dulces y atractivas formas.

Pocas palabras me bastarian para hacer el elogio más cumplido de santa Teresa de Jesús, considerada como escritora. Sus escritos pasaron, antes de imprimirse, por las manos de los más eminentes literatos de aquel siglo, en tanta manera grande, y todos ellos prodigaron mil elogios y encarecimientos, no sólo á la sublimidad de la doctrina, sino también á la manera maravillosa de exponerla. Juan de Ávila, corazon de apóstol; Fr. Luis de Leon, alma mansísima, llamado el divino por la suavidad y dulzura de sus versos; Juan de la Cruz, pecho abrasado en el amor de Dios, de cuyos encendimientos sacaba su pluma, entre raudales de lozana y vírgen elocuencia, rico tesoro de celestiales ternuras; Fr. Luis de Granada, escritor de majestuosa pompa y elegante ropaje cubierto; todos ellos y otros muchos más nos han legado los testimonios más auténticos del alto aprecio y estima en que tuvieron las obras de la elegante Escritora castellana.

Pero merece ser citado singularmente fray Luis de Leon, ya que á este insigne escritor fuéle confiado el encargo de revisar las obras de la esclarecida vírgen y restituirlas á la pureza de su original.

«En la forma del decir — dice, hablando

de los escritos de santa Teresa, á vuelta de otras consideraciones y elogios, — en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.» Y más adelante añade que «el ardor grande que en aquel pecho santo vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan.» Y dirigiéndose á los copistas que, por descuido ó malicia, mudaron alguna cosa ó palabra de la Santa, dice: «Porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia.»

Al ver y oír el juicio que de tales obras estampó la pluma de tan célebre y juicioso escritor, honra de España y gloria de la Orden de san Agustín, no parece sino que los más distinguidos literatos modernos no se atreven á hablar de cosa con tanto conocimiento y discreción alabada. Sin embargo, se puede asegurar que ningún verdadero literato sabe dispensarse de rendir un tributo de admiración á nuestra santa Escritora.

El notable escritor francés, P. Bouix, dice que es santa Teresa «una de las más grandes glorias de la Iglesia y uno de los más bellos genios de la humanidad.»

Viardot, también francés, afirma que «santa Teresa de Jesús ha sido decorada con el triple honor de ser propuesta como modelo de santidad á los fieles, de dechado de estilo y de doctrina ortodoxa en sus escritos.»

Los sabios Bolandistas no han vacilado en escribir en las Actas de la Vida de santa Teresa — el más bello y grandioso monumento elevado por la mano del hombre á la gloria de la Reformadora del Carmelo,— que «nada hay más tierno ni más sublime que los coloquios del alma de Teresa de Jesús para con su divino Esposo.»

Nuestro Piferrer dice que «su naturalidad se enlaza con la facilidad de tal manera, que parece brotan los pensamientos y las palabras con doble velocidad que las manos las escribian.»

Capmany no acaba de alabar «su ingenuidad, gracia, viveza, concision y energía.»

Balmes se extasia ante tan hermosas páginas, pareciéndole difícil «encontrar algo tan bello, expresado con tan vivo colorido y con tan amable sencillez.»

Mayans, por fin, dice, que «si los Ángeles hubiesen de hablar con los hombres, no usarían otro lenguaje que el de la Santa.»

¿Puede elevarse un concierto de elogios más armonioso que éste á favor de la Escritora avilesa?

Mas no basta todo esto. Es necesario que vosotros mismos gustéis, por así decirlo, esa bondad y belleza atestiguadas, como acabais de ver, por tan altas reputaciones literarias. Conviene que hojeemos los libros de la insigne Doctora, y parándonos en alguna página, notemos, aunque no sea sino de paso, sus encantadoras bellezas; tarea en extremo fácil, porque de tal suerte hállanse aquellas esparcidas por sus obras, que la única dificultad está en saber cuáles son las que se han de elegir.

El angelical candor, la ingenua espontaneidad, el seductor abandono con que la Santa cuenta su vida, interesan vivamente y cautivan la atencion del lector.

Encantadora por demás es la descripción que nos hace del hermosísimo Serafin que con un dardo de oro vino á atravesarle el corazón. Pero ¡cómo sabe ser grandiosa y brillante cuando trata de pintarnos la sabiduría de Dios!

«Digamos ser la Divinidad (dice) como un muy claro diamante muy mayor que todo el mundo, ó espejo, á manera de lo que dije del alma en otra vision, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de

esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados.» (*Vida*, XL, 7).

¿Queréis ver cómo la Santa posee el secreto de declarar las cosas más abstractas y difíciles, dando, al mismo tiempo, recreacion y deleite al ánimo, con embelesadoras imágenes? Oid á Teresa en el cap. XI de su *Vida*.

«Habré de aprovecharme (dice) de alguna comparacion, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan... Ha de hacer cuenta el que comienza (la vida de oracion), que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á hacer oracion un alma, y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que dén de sí gran olor, para dar recreacion á este Señor nuestro; y ansí se venga á deleitar muchas veces á esta huerta, y á holgarse entre estas virtudes.»

¡Qué bella y fresquísima alegoría! ¡Por qué gallardísima manera sabe desenvolverla en esas páginas, que al lector le parecen siempre cortas, y que no las pasa sino poseído de gustosísima avidez!

Habla en otra parte la Santa de las potencias que en la oracion se distraen, y las compara á «unas palomas que no se contentan con el cebo que las da el dueño del palomar, sin trabajarlo ellas, y van á buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan, y así van y vienen á ver si les da la voluntad de lo que goza.»

¿De dónde saca la Santa ese tesoro de hechizadoras comparaciones que, al tiempo que esclarecen las misteriosas oscuridades del alma, tan sabrosamente la enamoran y deleitan?

Enseñando, como buena y discreta madre, á sus hijas, en el *Camino de perfeccion*, libro escrito expresamente para ellas, no parece sino que juega con ellas al tratar de corregir sus indiscretas penitencias.

«Cosa donosa (dice) es las que andan con este tormento, que ellas mismas se dan. Algunas veces dáles un frenesí de hacer penitencias sin camino ni concierto, que duran dos dias á manera de decir: despues pónelas el demonio en la imaginacion que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que

manda la Orden, que ya la probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido á la imaginacion que nos duele la cabeza cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un dia porque nos dolió, y otro porque no nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno ni lo otro.»

Yo de mí sé decir que no he visto ni oido corregir á nadie con más gracioso desenfado que éste de la Santa.

Y si vosotros quereis entrar ahora en el santuario del alma de santa Teresa, si quereis enteraros de las Memorias más íntimas y secretas de su vida oculta en Dios, venid á hojear el libro de *Las Moradas*, cuyo argumento, método y hasta el mismo lenguaje se los inspiró el Señor, al decir del Ilmo. Sr. Yepes. Testigos jurados afirman que, al escribirlo la Santa, resplandecia su rostro, del cual salian unos como dorados rayos.

En la morada quinta declara la oracion de union, comparando el alma á la simiente de la seda, que «con el calor en comenzando á haber hoja en los morales, comienza esta simiente á vivir... y con hojas de moral se crián, hasta que despues de grandes les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de

sí mismos hilando la seda , y hacen unos capuchillos muy apretados, á donde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo , y sale del mismo capucho una mariposica blanca muy graciosa... Pues ea , hijas mias (añade), priesa á hacer esta labor y tejer este capuchillo... ¡Oh, pues ver el desasosiego desta mariposita con no haber estado más quieta y sosegada en su vida!... Ya no tiene en nada las obras que hacia siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho ; hánle nacido alas, ¿ cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? »

Esta delicadeza tan dulce, tan suave y femenina , digámoslo así, con que hace Teresa comprender los subidos arcanos de la mística teología , yo creo que no hay ningun escritor que pueda igualarla.

¿Y qué dirémos del libro titulado «Conceptos sobre algunas palabras de los Cánticos,» del cual supo decir Arnaldo que nunca habia leído cosa más hermosa? Habla en el cap. iv de la oracion de quietud, y dice la Santa :

«En esta suavidad parece que todo el hombre interior y exterior se conforta, como si le echasen en los tuétanos del alma una uncion suavísima , á manera de un gran olor; como si entrásemos en una parte de presto donde le hubiese grande, no de una cosa sola, sino muchas, ni sabemos qué es, ni donde

está aquel olor, sino que nos penetra todas. Ansí parece es este amor suavísimo de nuestro Dios : se entra en el alma y es con gran suavidad , y la contenta y satisface , y no puede entender cómo ni por dónde entra aquel bien... Y está, cuando está en este gozo, tan embebida y absorta, que no parece que está en sí, sino con una manera de borrachez divina, que no sabe lo qué quiere, ni qué dice, ni qué pide.»

Aún adelanta más la dulcísima Teresa :

«Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en sí, que como una persona, que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada á aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos : no sabe más de gozar, sustentada con aquella leche divina con que la va criando su Esposo, y mejorándola para poderla regalar, y que merezca cada dia más.»

Despues de estas regaladísimas palabras... ¡ ah ! balbuciente , muda mi boca no las tiene para poder expresar la deleitosísima suavidad que destilan en el corazon, aunque ese sea tan frio como el mio.

Permitidme, oh vosotros, corazones levantados á esas alturas: permitidme invocar vuestra ayuda ; decid á mi pobre corazon los íntimos

y secretísimos deleites que estos místicos acentos despiertan en vuestros corazones.

¡Ah! y no he dicho nada aún, ni puedo decir casi nada acerca de sus *Exclamaciones*, libro de oro, en donde se acierta á ver un perfectísimo y vivísimo trasunto de aquella alma seráfica, de aquel entendimiento esclarecido, de aquel corazon abrasado, de aquel decir tan agradable, tan puro, tan encendido, que en un punto hace presa en las almas y las enciende en el amor de Dios. Al menos me agradaría poder decir algo de sus *Cartas*, que fray Juan de la Cruz llevaba siempre consigo, juntas con la Sagrada Biblia. En ellas se descubre en su hermosa y casta desnudez el alma de santa Teresa, alma bella si las hay, fina y elegante más que ninguna otra; alma que rebosa donaire y gracia, y que descubre, si me permitís la palabra, la más inocente, la más espiritual y seductora coquetería. ¡Ah! Es que en su corazon, y en su rostro, y en su habla puso el Señor el ignorado secreto de hechizar las almas para llevarlas á Dios. ¡Hechizo venturoso!

La carta que escribió la Santa á su confesor D. Alfonso Velazquez, y en la cual contesta, por santa obediencia, á algunas preguntas sobre la oracion, es cosa notabilísima, en donde no se sabe qué admirar más, si la humildad profunda del Obispo, ó la discrecion,

la altísima sabiduría y la noble elegancia con que la Santa sabe responder á su Prelado.

Mas, si quereis acabados modelos de cartas en donde la nobleza é hidalguía de sentimientos compiten con lo finísimo de la frase, leed las rotuladas con los números 56 y 57 del segundo tomo; billetes delicadísimos que, dirigidos á distinguidas señoras de la Corte, respiran tal aire de religiosa cortesanía; tienen un laconismo de tan buen gusto; son, finalmente, tan aristocráticas, en el sentido más elevado de la palabra, que, sin haber pisado su autora los cortesanos salones, nos muestran á la Santa iniciada con su culto lenguaje, embellecido, empero, con los esmaltes preciosísimos de su elevada santidad y maravillosas virtudes.

Siento no poder entretenerme dándoos á conocer la carta número 56 del primer tomo, llamada «del vejámen,» en donde Teresa de Jesús quiere hacer de la enojada. Y lo hace con infinita gracia, al haber de fallar sobre unos escritos que, redactados por sabios y espirituales varones, le fueron presentados á la Santa con el objeto indicado. Cierto es allí de ver cómo á todos delicadamente hiere y deja á todos grandemente honrados, cuando, con gentil desenfado y donaire, dice al concluir:

«Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplacion perfecta.»

Y luego añade:

«Todos son tan divinos esos señores, que han perdido por carta de más.»

Lo que yo no sabré hacer, es no decir alguna cosa siquiera acerca de la carta dirigida á D. Francisco Salcedo, á quien santa Teresa llamaba «el caballero santo.» Dícele la Santa que se consuela con sus cartas y prosiga en escribir, «con condicion (añade) de que no la diga tanto que es vieja, que (prosigue) en todo mi seso me da pena.»

Y despues:

«Dios le dé vida hasta que yo me muera, que despues, por no estar ella sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.»

Este caballero santo escribiendo, sin duda, á la Santa, le habia dicho que daria seis ducados por verla. Mas la Santa, que en achaque de amor, gallardía, donaire y gracia, nadie se la hacia que no se la pagase, y bien pagada, le escribió una cláusula que yo no he sabido leer nunca sin la sonrisa en los labios, y que dice así:

«No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados: mas harto más pudiera yo alargarme en dar, por ver á vuestra merced. Verdad es que merece más precio; que una monjilla pobre, ¿quién la ha de apreciar? Vuestra merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto y sé es

él el mozo para traer manzanas, algo más es de preciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo á Francisco de Salcedo, no sabemos á qué sabe, ni lleva arte de saberlo.»

Finezas tan galantes como estas ¿no recuerdan, por su espíritu y áun por la forma, las inefables del libro de los *Cantares*?

Pero no sólo fué Teresa de Jesús una gran prosista, sino que supo además componer sublimes y armoniosos versos.

«Yo sé persona (harto la podia conocer cuando era ella misma); yo sé persona (dice) que, con no ser poeta, le agrada hacer de presto coplas muy sentidas, no hechas de su entendimiento, sino que, para gozar más la gloria que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella á Dios.»

Dulcísimo rui señor que al declinar de la tarde lanza desde el fondo de la umbría enramada donde se oculta, sonidos impregnados de suavísima dulzura, viniendo á henchir el alma de secreta languidez é inefable melancolía; tal me parece *la Poetisa*, como la llaman los franceses, cuando permite que de su corazon, lleno como está de amorosos gemidos, se exhale sus inspiradas rimas, verdaderas saetas de amor lanzadas al corazon de su divino Esposo Jesús.

¿Quién no advierte en las notas desprendi-

das del corazon de Teresa centellear el fuego de inexplicables y santísimos amores, el sagrado fuego que inspiró á David, á san Francisco de Asis, á san Juan de la Cruz? Más que todo os lo dirá la historia de la más larga y más notable de las poesías que nos han quedado de la Santa.

Era el dia de Pascua del año 1571 cuando, en los momentos de inocente recreacion y honesto solaz, una grande amiga de Teresa, sor Ana de Jesús, hubo de recitar estos versos:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos
y muéráme yo luego.

Al oir estos acentos, cae desmayada santa Teresa. Su corazon, que por otra cosa no suspira que por romper la estrecha cárcel de su pecho, y, como cándida paloma, desea volar, volar sin descanso por los infinitos espacios de la claridad y del amor eternos; su corazon, no pudiendo ya soportar el grave peso de tan mortales dulzuras, desfallece, y ya sin aliento, la derriba al suelo sin sentido y presa de amorosos deliquios. Despierta ya de este sueño de vida y deleites, quiere desahogarse; pero la pluma no le sirve: toma su cítara de oro, y canta aquellas estrofas incomparables que

componen una preciosísima elegía, acaso la mejor que existe en nuestra lengua.

Oid los armoniosos gemidos que exhala su corazón :

¡Ay qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!

Y despues, como si sobre su frente viese cómo se abren los radiantes cielos, exclama fuera de sí :

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera ;
hasta que esta vida muera
no se goza estando viva.

Y luego, como dichosamente desatinada por el divino amor, y sintiendo los efectos de aquella divina embriaguez que ella pintó antes, conjura á su Esposo que se la lleve, prorumpiendo en estas palabras :

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida.
No me tengas impedida
en este lazo tan fuerte.
Mira que muero por verte
y vivir sin Ti no puedo ;
que muero porque no muero.

Estas estrofas nos revelan un abismo de santidad, de amor, de heroísmo, de fuego, de poesía, de todo lo grande y todo lo bello, sobre cuyas celestiales corrientes se ve flotar el alma de santa Teresa. ¿Qué extraño que nuestros corazones se sientan dulcemente atraídos hácia tan deliciosas y casi divinas profundidades?

A impulsos de mi admiración, de mi entusiasmo y amor hácia la Santa, yo no puedo menos de exclamar ante tan soberana belleza: ¡Oh divina religion de Jesucristo! ¡Cuán grande, cuán hermosa eres! ¡Yo te saludo! Inextinguible sol, perpetuo engendrador de soberanas energías con las que todo lo fecundas y embelleces, has sido y serás siempre en todos los siglos. Tocas con tu lumbre la frente de Saulo, y de repente brota un apóstol; tocas la frente de Vicente, y brota en seguida un gran Santo; tocas la frente graciosa de Isabel, y brota una gran Reina; tocas la frente de Colon, y brota un nuevo mundo; tocas la frente de Miguel Angel, y brota el Vaticano; tocas las frentes de Rafael y Murillo, y brotan vírgenes celestes; tocas la frente de los artistas españoles, y brotan las catedrales de Burgos y Toledo; tocas la frente del Dante, y brota la *Divina Comedia*; tocas, en una palabra, la frente de Teresa de Cepeda y de Ahumada, y con admiración y pasmo del

cielo y de la tierra brota santa Teresa de Jesús.

Una de las más gigantes figuras, una de las más celestiales bellezas que hizo germinar el divino sol de la religion católica, es la que he pretendido mostraros al través del estilo de las obras literarias de santa Teresa. Despues de citar el juicio que de esas obras han emitido insignes escritores y juiciosos críticos, yo no podia hacer otra cosa que poner ante vuestros ojos algunos párrafos tomados casi al azar de los libros de la Santa. Si con esto he logrado persuadiros, como no lo dudo, de que santa Teresa es una escritora insigne, porque en su estilo se hallan vivamente reflejados la grandeza y hermosura de su alma; y, sobre todo, si con esto he conseguido el que de hoy en adelante cobreis aficion decidida á sus obras, ¡qué gran dicha para mí!

Tortosa 16 de Octubre de 1873.





CÁNTICO

DE LA

COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS

CORO.

De Teresa el pendon levantemos,
Y esforzados sigamos en pos ;
El reinado de Cristo ensanchemos,
Las batallas librando de Dios.

ESTROFAS.

1.^a

No se olvida Teresa de España
Cual no olvida la madre á sus hijos,
Y advirtiendo sus males prolijos,
Madre tierna los quiere curar :

Aún su pecho, de amor abrasado,
Sacro fuego dó quiera desprende,
Y en sus llamas mil pechos enciende
Que se aprestan con brio á luchar.

2.^a

Satanás iracundo suscita -
Cada dia nefandas legiones,
Que atizando insensatas pasiones,
Borrar quieren virtudes y fe.
Mas Teresa que vela y no duerme
De la Iglesia en el alta muralla,
Nuevas huestes ordena en batalla,
Que hollarán del infierno el poder.

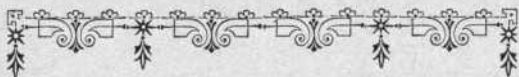
3.^a

«Venid, dice, las almas reales;
«Venid, pechos, de Cristo amadores;
«Ya mi enseña, radiando fulgores,
«Desplegada á los vientos mirad.
«Jesús, Rey inmortal de los siglos,
«Os ciñó de invencible armadura:
«¡ De Satán destruid la impostura!
«¡ Brille el sol de la fe y la verdad! »

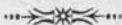


APÉNDICE





APÉNDICE



LA COMPAÑIA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Asi se llama una Asociacion de doncellas que no sólo pretenden atender con todo ahinco á la propia salvacion y perfeccion con la gracia de Dios, sino que aspiran á celar con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús, María, José y Teresa de Jesús, extendiendo por todo el mundo el reinado de su conocimiento y amor por medio del Apostolado de la oracion, enseñanza y sacrificio. Se consagra con preferencia al Apostolado de la enseñanza para procurar mejor la

regeneracion de la sociedad actual , formando el corazon de la mujer segun el acabado modelo de la mujer fuerte y española santa Teresa de Jesús.

Concebido el proyecto de esta obra de celo, junto á las corrientes del Ebro , en la ciudad Mariana de Tortosa, en dos de Abril de mil ochocientos setenta y seis , que tres años antes habia visto nacer la «Archicofradía tere-siana,» y nacido en Tarragona el dia del sagrado Corazon de Jesús del mismo año , ha ido creciendo este granito de mostaza con la bendicion de Jesús y su Teresa, que es un alabar á Dios. Hoy cuenta casas ó colegios en Jesús de Tortosa, casa matriz , donde existen unas setenta novicias ó educandas , en Tarragona, San Carlos de la Rápita, Aleixar, Roda de Bará, Rubí, Gracia, Barcelona (calle Arcos de Junqueras) y en el Ensanche (calle de la Diputacion esquina á la de Gerona), y para las niñas pobres en la calle de Valencia (Ensanche), en Maella , Almunia de D. Godina, y Portugal (diócesis de Vizeu), teniendo ya dispuesta otra fundacion en Oran (África), y siendo solicitadas de otros puntos de España y del extranjero. El número de Hermanas se aumenta cada dia , y la mayor parte tienen título profesional. Educa en sus colegios á más de mil niñas, en cuyos tiernos corazones se nota luego la influencia celestial de la

educacion teresiana, por la mejora de sus costumbres.

Creemos hacer un buen servicio copiando de una hoja impresa las siguientes

INSTRUCCIONES PARA LAS DONCELLAS QUE PRETENDAN INGRESAR EN LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS.

La Compañía de santa Teresa de Jesús se consagra á la enseñanza, para procurar la regeneracion del mundo por medio de la educacion de la mujer, tomando por guia y maestra á la sin par heroína española y Doctora santa Teresa de Jesús.

CONSTA DE AYUDANTES Y PROFESORAS.

Las Ayudantes se dedican á las faenas domésticas y oficios en los colegios y residencias, y ayudan, segun sus luces y el tiempo que les queda libre de sus quehaceres propios, á las Profesoras.

La pension por los años de prueba es de trescientas pesetas.

Las que ingresan para Profesoras se dedican al estudio y enseñanza, ó caso que por su

edad ú otras circunstancias no puedan estudiar ó enseñar, se dedican al ramo de administracion general de los colegios. Los estudios abrazan los programas oficiales de enseñanza elemental, superior y de párvulos.— La pension por los años de probacion y por los estudios es de trescientos duros, y debe entregarse por adelantado en uno ó más plazos.— Si por cualquier motivo la postulante tuviese que abandonar la Compañía de santa Teresa de Jesús durante este tiempo de probacion y estudios, se le descontará de la cantidad entregada á razon de seis reales diarios.

Si la postulante tiene ya el título oficial de Profesora, es menor la pension.

NOTE.

El dote que deben entregar las postulantes, tanto si ingresan para Ayudantes como para Profesoras, debe ser el correspondiente á su clase y condicion, en la forma ó modo previamente convenida con las Superiores de la Compañía de santa Teresa de Jesús.

CONDICIONES GENERALES.

Las postulantes deben tener buen entendimiento, contar quince años de edad, y ser hijas de legítimos padres.

Deben presentar á su ingreso: 1.º Las fes de Bautismo y Confirmacion. 2.º Atestado de buena conducta y frecuencia de Sacramentos de su confesor ó cura-párroco. 3.º Consentimiento de los padres por escrito, firmado por dos testigos, en el caso que no tuviere aún la edad competente. 4.º Certificado del médico de no padecer enfermedad crónica ni contagiosa ni ella ni su familia.

La fe de Bautismo y el consentimiento de los padres deben extenderse en papel sellado: lo demás en papel de oficio.

Para más detalles dirigirse á la Directora del Colegio de la Compañía de santa Teresa de Jesús (Tortosa), Jesús.

DISCURSO SOBRE SANTA TERESA DE JESÚS.

Como quiera que esté dedicado á estudiar y descubrir, aunque ligeramente, el espíritu de la Santa, no ya reflejado en hermosísimas almas, como sucede en las *Historietas teresianas*, sino á través del admirable estilo de la misma insigne escritora, me atrevo á creer que este *Discurso* no sólo no hará desairado papel al lado de las *Historietas*, sino que, por el expresado motivo, será leído con tanto gusto como interés por mis queridos lectores.

Coleccionadas las *Historietas* de este tomito, advierto que, aparte de otras mil faltas que tendrán sin duda, tienen una de capital, á saber, que las jóvenes protagonistas que figuran en dichas *Historietas* acaban todas por hacerse monjas.

¿Cómo arreglarlo, si sucedió así, y no de otra manera?

Aunque tambien es cierto que las *heroínas* de los dramas y novelas que andan por ahí acaban tambien por casarse todas, y nadie les va á la mano ni les pone ningun reparo por eso.

Por lo cual, el mal está, si acaso, en haber yo elegido para mis dibujos á las almas escogidas y sublimes que no se contentan con otra cosa que con Dios, dejando olvidadas á un lado las que, demasiado numerosas, cifran toda su dicha en el amor, no siempre puro y delicado, de los hombres.

Creo que mis lectores me perdonarán de buen grado todo el mal gusto que en eso haya podido yo tener.



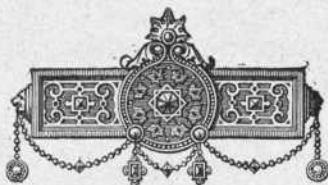


ÍNDICE



	<u>PÁGS.</u>
Al lector.	7
Lucila y Amelia.	11
I.—Ensueños.	12
II.—Hermosuras de un alma.	17
III.—Un baile de máscaras.	22
IV.—Perfumes de Cuaresma.	26
V.—Flores y esperanzas.	31
VI.—Lágrimas dichosas.	39
VII.—¡Una carta suya!	43
VIII.—Nobles propósitos.	48
IX.—Lucha de dos corazones deli- cados.	55
X.—Lenguaje mundano.	62

XI.—El divino consolador.	71
XII.—Un rayo de sol.. . . .	78
XIII.—A la mesa del casino.	84
XIV.—La peregrinacion teresiana.	92
XV.—Preocupaciones del mundo.	101
XVI.—Nidos de amor.	109
XVII.—Ha hecho usted tarde.	118
XVIII.—Epílogo.	123
Beatriz.. . . .	125
Concepcion.	145
La hermana del militar.. . . .	157
La última y la primera.	169
Elisa.	181
Discurso sobre santa Teresa de Jesús considerada como escritora.	215
Cántico de la «Compañía de santa Te- resa de Jesús.»	241
Apéndice.	243



OBRAS DEL MISMO AUTOR



La Huida de Teresa, ó SEA LA VOCA-
CION DE SANTA TERESA DE JESÚS AL MARTI-
RIO.—Dramita religioso para niñas, en un
acto y en verso.—Precio: 3 rs. ejemplar.

Un ramo de violetas consagrado al ex-
celso Patriarca san José. Lectura en prosa
y verso.—A 2 rs. el ejemplar.

El triunfo de María.— Cuadro religioso
dramático en verso para representarse por
niños y niñas durante el mes de Mayo.—
Precio: 2 rs. el ejemplar.

El Trovador de santa Teresa.—For-
ma un elegante tomito en 8.º, con tipos
elzevirianos y multitud de viñetas, á 5 rs.
el ejemplar.

Cuentos y Cuadros teresianos.—
Forma un tomo en 8.º de cerca de 300 pá-
ginas, papel satinado y multitud de viñetas,
que se vende á 6 rs. el ejemplar.

EN PREPARACION

VIAJE TERESIANO

Este nuevo librito contendrá interesantes relatos, encaminados todos, como los otros ya publicados, á difundir más y más el amor y devoción á la excelsa vírgen española santa Teresa de Jesús.

Se hallan de venta en la *Propaganda catalana*, Paja, 31; en la *Librería y Tipografía católica*, Pino, 5, y en la residencia del Autor, Seminario conciliar de Tortosa.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	2308	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»



2



2308.

